

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Guerra de privamera, vol.1 y 2

Hay gente perversa que no tiene inconveniente en humillar y masacrar al mundo, aunque sea a cambio de poder o dinero. Algunos de estos personajes se inventa una guerra cuyo objetivo secreto consiste en arrasar Corea del Sur hasta dejar este país convertido en escombros que serán recogidos por Corea del Norte.

Lou Carrigan

Guerra de primavera, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 300

Brigitte en acción - 301

ePub r1.0

Titivillus 27.08.2019

Lou Carrigan, 1980
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Brigitte
EN ACCION



A orillas del lago Sonri

Sentado ante el volante de su coche, el agente de la CIA Wilson Dover fumaba aburridamente otro cigarrillo, mirado con obsesiva frecuencia el precioso chalé cerca del cual estaba estacionado. No muy cerca. Ni muy lejos. Simplemente, a la distancia que se consideraba adecuada en los más prudentes cánones del espionaje.

El chalé estaba casi a la orilla del Lago Sonri, en Pusan, Corea del Sur. Para llegar allí, Wilson Dover había tenido que recorrer cuatrocientos veintiocho kilómetros en coche, por la autopista Seúl-Pusan, en pos del general norcoreano Sun Man Kim.

Cosas del espionaje.

El general Sun Man Kim, hombre muy agradable, de trato refinado, dotado de gran inteligencia, era sin la menor duda adicto a la presencia norteamericana en Corea. Las relaciones entre él y las fuerzas norteamericanas eran cordiales y bien entendidas. Sun Man Kim era un hombre importante en Corea del Sur. Nunca había habido problemas con él, de ninguna clase. Sin embargo, la CIA lo vigilaba. Dicho de modo más diplomático, lo… custodiaba amablemente. Costumbre de la Casa. Nadie escapaba al ojo de la CIA. Aunque fuese por norma, por rutina.

Nada que oponer a esto. A fin de cuentas, Wilson era un espía profesional, y sabía que esto implicaba momentos de grandes riesgos y también momentos de gran aburrimiento.

El general Sun Man Kim, que residía en Seúl en compañía de su encantadora hija, jamás ocasionaba problemas. Seguro. Pero, a Wilson Dover le tenían ya fastidiado aquellos viajecitos continuos a Pusan. Oficialmente, el general Kim acudía a Pusan periódicamente para disfrutar de las aguas termales de Tongnae, al pie del Monte Kuwol, cerca del lago Sonri. Esto, oficialmente; cosa que habría preocupado grandemente a las personas afectas al general Kim (ya que el hecho de visitar con tanta frecuencia el balneario de Tongnae

implicaba una salud precaria) si no hubiese sido porque esas personas afectas al general sabían muy bien que la salud de este era excelente…

Tan excelente, que acudía con gran frecuencia a disfrutarla en compañía de la bellísima Shima, la muchachita coreana a la que hacía algún tiempo Kim había instalado en el chalé, con todas las comodidades y refinamiento. A cambio de esto, Shima recibía las visitas del general, con el que, no cabía dudarlo, debía de mostrarse complaciente hasta el más refinado extremo. Era un buen entendimiento el de ambos. Hasta hacía algunos meses, Shima había sido una de tantas *kiseng*, en Seúl. Muy bonita, pero, a fin de cuentas, había muchas *kiseng* tan bonitas como ella, e incluso más bonitas[1]. El general la había conocido en la casa de Kiseng Dobongsan-chang, en el 405 de Dobong-dong, en Songbuk-ku en Seúl. La vio allí, volvió a esa casa de Kinseng para volver a verla, y, a los pocos días, la bella Shima desaparecía de Seúl. El general Kim era un hombre muy discreto. Viudo, con una hija, de familia muy bien reputada, de comportamiento personal siempre intachable, a Kim le pareció que tener una amiguita privada quedaba poco serio para un general de su importancia y prestigio. Así que instaló a Shima en Pusan, nada menos que a cuatrocientos veintiocho kilómetros de Seúl. Discreción y tacto, sí señor.

Nada que oponer. Un hombre tiene derecho a esas pequeñas satisfacciones, sobre todo cuando, como era el caso del general Kim, a nadie perjudicaba.

No señor, nada que oponer.

Salvo que, mientras el agente de la CIA se aburría mortalmente, pensaba que el general Kim lo estaba pasando de maravilla, y eso siempre irritaba al espía norteamericano. ¿Por qué demonios tenía él que seguir siempre a Kim cuando sabían todos perfectamente que todo lo que hacía el buen general era expansionarse con su pequeña *kiseng*? Eran ganas de tocarle a uno las narices, sencillamente. ¿Que el general Kim se iba a Pusan a darle gusto al cuerpo? *Okay*, ¡feliz viaje y buen disfrute, mi general!, aquí le esperamos.

Pero no. No señor, había que ir siempre tras los zapatos de Sun Man Kim. Norma de la Casa. Rutina. Protocolo.

—Ganas de tocarle a uno los pimientos, digo yo —mascullaba siempre Wilson Dover a su regreso a Seúl, donde informaba a su

jefe en la capital Surcoreana.

En fin, paciencia. Allí estaba él, cansado, aburrido, esforzándose en convencerse a sí mismo de que no debía dormirse… Y mientras tanto, el general Kim… ¡Ah, demonios, lo que habría dado Wilson Dover por ver lo que hacía en aquellos momentos el general Sun Man Kim!

Al pensar esto, el agente de la CIA sonrió.

Sí señor: ¡habría dado cualquier cosa por poder ver aunque solo fuese por un agujerito al general Kim y a la bella Shima!

Sentado con las piernas cruzadas sobre la esterilla, Sun Man Kim miraba con encomiable impasibilidad oriental a la bella y dulce Shima, que, convenientemente vestida de acuerdo a las normas más sofisticadas y elegantes, se disponía a servir el té de Ginseng. Naturalmente, el general Kim no iba a tomar té chino, por ejemplo, existiendo el Ginseng coreano, de fama universal. El Ginseng es una bebida-medicina de hierbas, y que está considerado como una panacea para multitud de dolencias, como puede ser la anemia, la postración nerviosa, astenia, anorexia, hipertensión, falta de vigor en el hombre o en la mujer para sus relaciones íntimas… Eso, sin contar con que tomar Ginseng garantiza una larga y juvenil vida. Así pues, ¿por qué no tomar Ginseng, aunque fuese solo en forma de extracto de té?

A decir verdad, Sun Man Kim, a sus escasos cincuenta años, no necesitaba panaceas rejuvenecedoras, ni afrodisíacos; pero, simplemente, el té de Ginseng le gustaba.

Le gustaba casi tanto como Shima.

Shima tenía diecinueve años, y era una auténtica muñeca, una preciosidad, un juguete de la más delicada porcelana. Ojos negrísimos, brillantes como estrellas; reluciente cabello negro larguísimo, pero recogido en aquel momento. Su boquita redonda y carnosa era como una joya en su precioso rostro ovalado. Sus manos parecían mariposas. Ella se movía en silencio, descalza, por supuesto. Sus pies se deslizaban como flotando sobre el *ondol*, recibiendo directamente el calor de este [2]. Tan solo verla moverse, ya era un regalo para la vista de cualquier hombre.

El té fue servido, y ambos lo tomaron, en silencio. Sima miraba con juvenil sonrisa radiante a su protector. Y cuando este terminó el

té, preguntó, muy cortésmente:

—¿Tuviste buen viaje?

—Muy bueno, gracias —asintió el general Kim—… La primavera está llegando, y es hermoso viajar por la autopista, disfrutando de los bellos paisajes. ¿Has estado feliz estos días?

—Sí, gracias. Muy feliz. ¿Más té?

—No, gracias.

—¿Quieres que salgamos al jardín?

—La primavera está cerca, pero aún no ha llegado —sonrió el general—. Pienso que estaremos más confortables aquí dentro, Shima.

—Así es. ¿Deseas que cante?

—Me gustaría escuchar tus trinos de ruiseñor, sí.

Shima rio dulcemente, y él sonrió. Inevitablemente, las viejas formas se iban perdiendo. Las costumbres americanas se introducían como cuñas inevitables en las coreanas. Todo se relajaba, las relaciones entre hombre y mujer se hacían menos protocolarias, más espontáneas, se llegaba a un entendimiento más racional, a una compenetración mayor.

A Sun Man Kim no le molestaba esto en absoluto. Al contrario, lo prefería así, porque de otro modo, en los grandes momentos, Shima habría continuado siendo urna muñequita rígida, sofisticada, mecanizada. Del modo actual, era más mujer, al compartir mejor, con más naturalidad, los placeres del hombre.

Uno de los placeres de Sun Man Kim era, precisamente, escuchar a Shima. Tenía una voz que, si no era de ruiseñor, se parecía bastante. Se acompañaba de una cítara, que a Kim le parecía menos melodiosa que la voz de la muchacha. Canciones de amores, de alegrías, de hermosos sueños… Kim tenía prohibidas las tragedias, los dramas… La vida no era un drama, sino una divertida comedia, y Shima así lo había aceptado.

Inmóvil sobre el almohadón colocado en el *ondol,* Sun Man Kim estuvo escuchando algunos minutos a la muchacha. Afuera, la noche, que comenzaba a perder el frío del invierno. Cierto, pronto llegaría la primavera. ¡Ah, la primavera…!

—Shima.

—¿Sí?

Sun Man. Kim no dijo nada más, pero ella le entendió. Dejó la

cítara, preparó la esterilla en un rincón de la perfumada estancia, y apagó algunas de las luces. Luego, procedió a desnudarse delante del general, lentamente, con movimientos estudiados. Había un gran silencio en torno a ellos. Un silencio hecho de perfumes. Y como siempre que Shima efectuaba aquel ritual, Sun Man Kim comenzó a notar cómo su sangre se calentaba, y circulaba más aprisa por todo su cuerpo. No, él no necesitaba afrodisíacos de ninguna clase.

Cuando la muchacha estuvo completamente desnuda, tendió las manos hacia él, y Kim se puso en pie. Tomó las manos, las besó, y luego fue deslizando sus labios por un brazo, de auténtica porcelana… No, de terciopelo. En aquel momento era de terciopelo dorado. La boca de Kim llegó al cuello de Shima, que echó la cabeza hacia atrás, ofreciendo la garganta casi infantil. Allí, ávidamente, se posaron los labios del general, mientras sus manos apretaban los pequeños, tiesos, endurecidos senos de la muchacha, y luego se deslizaban por el vientre, hasta llegar al vello sexual, en el que enroscó sus dedos suavemente… Un suspiro brotó de la boca de Shima cuando los dedos de Kim penetraron, siempre con suavidad. Y su boca fue tomada por la de Sun Man Kim, y su cuerpo fue atraído hacia el vigor masculino…

—Acostémonos… —murmuró Shima.

Sun Man Kim continuó acariciándola íntimamente, sin dejar de besar sus labios, de apretar sus pechos, sus caderas, su mórbida espalda tierna y dura a la vez, las pequeñas nalgas redondas… Llegaron hasta la esterilla dispuesta por Shima, y Kim la tendió allí, siempre besándola, siempre acariciándola íntimamente. A Sun Man Kim le latía no solamente el corazón, sino también la cabeza, todo el cuerpo. Siempre era igual cuando tenía junto a él el tierno cuerpo de Shima. Ella le rodeó el cuello con sus bracitos, y suplicó:

—Ya… Ya, por favor… ¡Qué deseo siento!

Sun Man Kim se quitó la ropa rápidamente, volvió a acariciar a la muchacha, y luego, con suavidad, se colocó sobre su vientre tenso y palpitante, iniciando enseguida la penetración… Shima emitió un gemido, se tensó, murmuró algunas palabras…, y acto seguido alzó su vientre, acudiendo al encuentro de Sun Man Kim, que se dejó caer.

El quejido de Shima no fue, ciertamente, de dolor, cuando el

hombre penetró completamente en ella…

Wilson Dover apagó otro cigarrillo en el cenicero, y miró su reloj de pulsera. Soltó un bufido al ver la hora que era. ¡Todavía le quedaban muchas horas de estar allí! Y menos mal que se acercaba la primavera, dejando atrás el frío riguroso del invierno. Un frío que el agente de la CIA había tenido que soportar durante los meses anteriores…

La portezuela de su lado se abrió de pronto. Wilson Dover respingó, comenzando a volverse mientras, por instinto, llevaba la mano derecha hacia la axila izquierda. Pero se detuvo en seco al ver la pistola provista de silenciador que le apuntaba a la cabeza. Alzó la mirada, y vio al hombre. Un coreano joven, de rostro atractivo, impenetrable.

—Tú pones las manos en tu cabeza —dijo el coreano—, o si no, yo pongo una bala en tu cabeza. ¿Tú comprendes?

El súbitamente pálido agente de la CIA asintió. Claro que comprendía. Así que colocó sus manos, entrelazados los dedos, sobre su cabeza. El coreano utilizó la mano izquierda para alzar el cierre de la portezuela izquierda de atrás, y enseguida, esta se abrió. Por el retrovisor, Wilson Dover vio la sombra de otro hombre entrando en el asiento de atrás del coche. Luego, una mano, llegando por atrás, buscó en su axila, y retiró de la funda la pistola.

—¿Tienes más armas? —preguntó el coreano de la pistola.

—No.

—Si tú dices mentira, peor para tú. ¿Tú comprendes?

—No tengo más armas —gruñó Dover.

El hombre que había entrado a la parte de atrás alzó el cierre de la portezuela delantera derecha. Esta se abrió, y apareció el tercer coreano, que se sentó junto a Dover, apuntándole con una pistola también provista de silenciador.

—Si tú no haces cosas que te decimos, nosotros matamos a tú. ¿Tú comprendes? —dijo el primero.

—Sí, comprendo.

—*Okay*. *Okay*, ¿está bien?

—Sí, está bien: *okay*. ¿Qué tengo que hacer?

—Manos en el volante. Tú ves, miras, oyes, y eso nada más. Nada más. No hablas, no te mueves. Solo manos en el volante.

¿*Okay*?

—*Okay*.

El coreano emitió un silbidito, y acto seguido entró en la parte de atrás del coche, con el que le había quitado la pistola a Wilson Dover. Este permaneció inmóvil, desconcertado durante unos segundos. Muy pocos, porque pronto vio aparecer a cinco coreanos más, por delante del coche, caminando rápidamente, casi corriendo, hacia el chalé donde estaba el general Sun Man Kim…

Una bola de frío se formó en la garganta del agente de la CIA, que la tragó; le cayó al estómago como si realmente existiese tal bola. Estaba petrificado, helado. Hasta el más tonto de los tontos comprendería que aquellos hombres iban a por el general Sun Man Kim, el hombre a quien él debía «custodiar». ¡Y qué mal lo había hecho, santo cielo! Aunque… ¿quién podía haber esperado aquello? En realidad, la vigilancia del general Kim era rutina, norma, protocolo. No se esperaba que ocurriese nada. También la CIA vigilaba a otros militares y personalidades políticas de Corea.

¿Estaría sucediendo algo parecido en otros sitios?

¿O solo querían al general Kim?

¿Para qué? ¿Qué pensaban hacer con él?

Las figuras de los cinco hombres se habían confundido ya con la silueta de la casa. No podía verlos. Wilson Dover cerró los ojos, y volvió a tragar saliva. Hubiese querido hacer algo, pero ¿qué podía hacer, teniendo tres pistolas apuntando a su cabeza? Lo único que podía hacer era morir.

Y eso era lo más estúpido que haría un espía.

Lo más estúpido, lo más inútil. A juicio de Wilson Dover, la muerte era lo que más podía esperar. De morir, siempre había tiempo.

Y si moría, le quedaba un último consuelo. Pequeño consuelo, pero consuelo al fin: la persona o personas que le asesinasen a él, a Wilson Dover, agente del Grupo de Acción de la CIA, habrían firmado, al mismo tiempo, su propia sentencia de muerte.

Porque cuando el cadáver de Wilson Dover fuese hallado, la noticia volaría desde Corea a Estados Unidos. A Washington. Es decir, a Langley, a la Central de la CIA. Y desde la Central, avisarían a la agente «Baby».

Y cuando la agente Baby supiese que habían asesinado a uno de

sus Simones, las cosas se pondrían muy mal para los asesinos.

Era un pequeño consuelo.

Pero consuelo, al fin y al cabo.

Capítulo primero

—El único consuelo que me queda —dijo Brigitte Montfort— es que algún día agotarás tu repertorio de chistes malos, Frankie.

Frank Minello, periodista, jefe de la Sección Deportiva del diario neoyorquino *Morning News*, frunció el ceño y miró muy enfadado a su amiga del alma, a su eterno amor.

—¿Eso quiere decir que no te ha gustado mi chiste del conejito?

—Es muy malo —dijo Brigitte—. Y además, lo encuentro indecente.

—¡Indecente! —protestó Minello—. ¿Cómo se te ha podido ocurrir semejante cosa?

—Y tú sabes muy bien que a mí las indecencias no me gustan. No por tonto pudor o cualquier clase de tonta actitud, sino porque los considero de mal gusto. Y si algo hay que me desagrade profundamente, es el mal gusto.

—Lo sé —asintió Minello—… ¡Por eso, los ángeles te hicieron tan bella!

—Eres muy amable, Frankie, pero sabes muy bien que a mí no me hicieron los ángeles, así que no digas tonterías.

—¿No te hicieron los ángeles?

—Claro que no.

—Entonces… ¿quién te hizo?

Brigitte frunció el ceño. ¿Que quién la había hecho a ella? ¡Vaya pregunta tonta! Aunque no… No era una pregunta tonta, y Frankie lo sabía. La miraba con gesto malicioso, mientras Peggy, el ama de llaves de Brigitte, que acababa de servir champaña, hacía esfuerzos por no reír.

—Está bien —admitió Brigitte—… ¡Pero eso no fue ninguna indecencia, ni nada de mal gusto!

—¿Cómo había de ser indecente y de mal gusto hacerte a ti? —Se escandalizó Minello—. ¡Pero si eres la primera maravilla del

mundo, el milagro de la Naturaleza, la expresión del ser angelical, la…!

Peggy ya no pudo contenerse más, y soltó la carcajada. Inmediatamente, y como era frecuentísimo en ella, se ruborizó. Acto seguido, para intentar disimular su turbación, bebió un trago de champaña. Y como había bajado la mirada, no vio la mirada de complicidad que cambiaron Brigitte y Frank Minello, el cual dijo:

—Estás bebiendo de la copa de Brigitte, rubia Peggy.

La muchacha respingó, se atragantó, tosió, enrojeció…, y miro con expresión desorbitada la copa. Porque una cosa era que la señorita Brigitte fuese de lo más democrática, amable y hasta cariñosa con ella, y otra cosa era que ella se bebiese el champaña de la señorita…

La señorita Montfort. Brigitte Bierrenbach Montfort, periodista, Premio Pulitzer de periodismo, directora de la Sección Internacional del *Morning News*, famosa en el mundo entero por sus siempre sensacionales, impresionantes artículos. Brigitte Montfort…, alias «Baby», la secretísima Baby, la espía de lujo de la CIA. Alta, esbelta, elegante, de cuerpo espléndido y armonioso, de piel dorada, formas bellísimas, grandiosos ojos azules, boquita sonrosada con el labio superior un poco alzado por el centro, como en un gesto de muñequita mimosa y dulce que desmentía su barbilla firme y delicada al mismo tiempo, con un encantador hoyuelo vertical en el centro. Brigitte Montfort, la divina. La persona más dulce del mundo en la vida normal. La espía más peligrosa, astuta, implacable del mundo cuando alguien se salía del camino de la convivencia humana…

—Pe-pero… No… E-e-esta es… es mi co-copa…

—No, no —insistió Minello—: es la de Brigitte.

—Pe-pero si… si la copa de… de la señorita está en… en la mano de ella…

—¿Ah, sí? —Se sorprendió grandemente Minello—. ¡Zambomba, pues tienes razón! ¡No me había dado cuenta!

Brigitte, que en efecto sostenía su copa de champaña en la mano, se echó a reír. Sentada en el centro del sofá, parecía, como siempre, una reina. Y había sido reina, a fin de cuentas [3], así que no tenía nada de extraño que lo pareciese. Estaba sentada en el sofá del salón de su apartamento, en el piso veintisiete del Crystal

Building, en la Quinta Avenida de Nueva York…, pero si hubiese querido, habría estado todavía ocupando el trono de Atlantic Kingdom, con el nombre que le pusieron sus provisionales vasallos: *Blueyes Queen* [4] …

Pero ¡qué lejos quedaba ya aquella aventura de la agente Baby!

—¿Cómo es posible, querida, que Frankie todavía te sorprenda? —dijo Brigitte, todavía riendo.

—No sé… ¡Es un… un bobo!

—¡Zambomba! ¡Me llama bobo a mí! —Aulló Minello—. ¡Yo, al menos, sé cuándo tengo mi propia copa en mi propia mano!

—¡Antipático!

—Seamos justos, Peggy —intervino de nuevo Brigitte—: Frankie es todo lo que quieras, menos antipático. Es un pelmazo de primera categoría, un atolondrado, un… Bueno, yo qué sé… ¡Pero no un antipático!

—Gracias, gracias, gracias, reina de mi vida —canturreó Minello —… ¡Y para premiarte tu buena opinión sobre mí, te voy a contar otro chiste!

—¡Horror! ¡No! ¡Por favor, otro chiste, no, Frankie!

—¡Pero si este es muy bueno…! Verás, un tipo que…

—Frankie: si no es bueno, te irás inmediatamente —amenazó Brigitte.

—De acuerdo. ¡Es más bueno…! Pues eso: un tipo que la palma, se va a…

—¿La… qué?

—La palma. Que la pringa, vamos. Que estira la pata.

—Ah… Que se muere.

—Eso es. Bueno ese tipo se muere, y tiene la desfachatez de ir al cielo. Y digo desfachatez porque el tipo, en vida, había sido un jugador empedernido, un vicioso del juego. Así que cuando llega a las puertas del cielo, se tropieza allá con san Pedro, que le dice: «¡Alto ahí! ¡En el cielo no pueden entrar los jugadores! ¡Y menos aún, los jugadores tramposos como tú!». Imaginaros el disgusto que se lleva el pobre hombre, que le asegura a san Pedro que muy bien, que él ha sido un gran jugador, pero que solo ha hecho trampas a otros tramposos peores que él. Total, que convence a san Pedro de que es poco menos que un ángel. Pero san Pedro insiste en que no puede dejarlo entrar en el cielo. Así que el jugador le dice: «Bueno,

hagamos un trato. Vamos a jugarnos mi parte del Paraíso en tres partidas. Si gano, entro en el cielo; si pierdo, me voy al infierno». Naturalmente, san Pedro protesta, dice que él no quiere jugar, etcétera…, pero finalmente, el jugador lo convence. Y cuando se disponen a iniciar el juego, san Pedro advierte muy seriamente al jugador: «¡Pero nada de trampas conmigo, ¿de acuerdo?!». El jugador dice: «De acuerdo… Pero por su parte… ¡nada de milagros!».

Evidentemente, el chiste había terminado, porque Minello se quedó muy serio y callado.

Fue mirando de Brigitte a Peggy, y de Peggy a Brigitte. Las dos permanecían impasibles, mirándolo a él.

—Bueno… ¿Os ha gustado?

—Ah —se sorprendió Brigitte—. ¿Ya está? ¿Ya has terminado?

—¡Es un buen chiste! —Se indignó Minello—. ¡Lo que pasa es que vosotras nunca los entendéis! ¡Y el chiste está bien claro, vamos, digo yo! San Pedro le dice al jugador que no haga trampas, y el jugador dice que bueno, pero que él no haga milagros… ¿Comprendéis? Es por eso que dicen de que los santos hacen milagros… ¿Está claro?

—Yo no he entendido nada —aseguró Peggy, muy seria.

—¡Porque tú no sabes lo que es un santo, ni sabes lo que es un milagro, ni sabes…!

El sonido del gong salvó a Peggy. Es decir, el sonido del carillón de la puerta del apartamento, que se expandió musicalmente por este, con delicioso campanilleo. Peggy dejó rápidamente su copa, y se puso en pie.

—¡Voy a abrir! —Casi gritó.

—¡Así huyen todos los cobardes! —Graznó Minello—. ¡Pero ya seguiremos tú y yo esta conversación!

—No deberías indignarte tanto —sonrió Brigitte—: no es bueno para el sistema nervioso.

—¡Estoy seguro de que tú sí has entendido el chiste, pero no te da la gana de reírte!

—Quizá sea un chiste de efectos retardados —sugirió cándidamente la divina espía.

—¡De efectos endemoniados! ¡Vamos a ver, si san Pedro…! ¡Oh, no! —Se llevó las manos a la cabeza—. ¡Dios nos proteja, han

llegado los cuervos del desierto de Manhattan!

Esta vez, Brigitte sí se echó a reír, porque la idea de que Manhattan era un desierto tenía su gracia. Quien no rio fue Charles Alan Pitzer, que entraba en el salón acompañado por Simón-Floristería y seguido por Peggy.

—Si llego a saber que estaba aquí este chiflado, no vengo —masculló Pitzer.

—Pues ya lo sabe ahora —saltó Minello—… ¡Así que media vuelta, y regrese a revolotear en busca de carroña! ¡Aquí todos estamos vivos y sanos!

Pitzer le dirigió una furibunda mirada, se acercó a Brigitte, y se inclinó para tomar su mano y besarla. Pero, cuando iba a hacerlo, Brigitte tiró de su mano, y le ofreció la mejilla.

—¡Y encima eso! —Vociferó Minello—. ¡Ten cuidado, que va a picarte con su sangriento pico y te arrancará un pedazo de carne!

—¿Qué tal, tío Charlie? —saludó Brigitte, sonriente—. Hola, Simón… ¿Usted no quiere besarme?

—¡¿Cómo que no?! —Respingó Simón-Floristería.

Se inclinó también para besar a Brigitte, mientras Minello rezongaba:

—El aprendiz de cuervo oliendo carne fresca… ¡Carroñeros!

—Ojalá fuésemos buitres carroñeros —farfulló Pitzer—… para devorarlo a usted. ¿No aprenderá nunca a estar callado, Minello?

—Bueno, bueno —apaciguó Brigitte—, tengamos la reunión en paz, caballeros. Por favor. ¿Sí, Frankie?

—Sí, Reina de los Celestes Imperios.

—¿Eso es Reina de China? —preguntó Simón.

—¡Un momento! ¡Si me van a provocar…!

—Tranquilo, Frankie. Peggy, querida, sírveles champaña a tío Charlie y a Simón. Y a Frankie también.

—Sí —aprobó Pitzer aviesamente—… A ver si se emborracha y se queda dormido.

—¡Puedo beberme diez botellas de champaña sin que…!

—Ya está bien —pidió Brigitte—… Estoy segura de que tío Charlie ha venido a hablar de cosas más serias que tu resistencia al champaña, Frankie… ¿Es así, tío Charlie?

Se quedó mirándolo fijamente. Y Charles Alan Pitzer no se sorprendió en absoluto por el poder de penetración de la espía.

Hacía muchos años que la conocía, que estaba a sus órdenes en el Sector New York de la CIA. Sabía muy bien, por experiencia personal incluso, que nada escapaba a la mirada o la intuición de Brigitte Baby Montfort. Desde el momento en que ella le había visto entrar, había sabido que su visita no era de cortesía…

—Así es —murmuró—: he venido a hablar de cosas serias.

Brigitte no dijo nada.

Esperó a que Peggy sirviese champaña a Pitzer, y a su joven ayudante de Sector, al que Baby llamaba Simón, como a todos los agentes de la CIA. Nada de nombres auténticos: Simón a secas. Aunque al que tenía frente a ella lo llamase Simón-Floristería, debido a que el control del Sector New York de la CIA estaba instalado en una floristería…

Pitzer bebió un sorbo de champaña, y musitó:

—Ha desaparecido un agente de la CIA.

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

—¿Desaparecido, o…?

—Desaparecido. No nos consta que haya muerto. Pero a decir verdad, tenemos pocas esperanzas de que siga con vida.

—¿Dónde ha sido eso?

—En Corea.

—¡En Corea! —exclamó Minello—. ¡Maldita sea su estampa, viejo buitre…! ¡Ya ha venido a enviar a Brigitte a Corea!

—¿Algo que oponer? —Lo miró agresivamente Pitzer.

Minello abrió la boca. Luego, miró a Brigitte, y la cerró. Nada que oponer. Nada que oponer, porque sabía que si algo movilizaba Brigitte en dirección a cualquier parte del mundo era la desaparición o asesinato de un agente de la CIA, de un «Simón». Y sabía también que en momentos como el presente, Brigitte no estimaba en modo alguno sus bromas. Así que la boca de Minello permaneció cerrada.

—¿Y qué hacía mi compañero en Corea? —preguntó Brigitte.

—Estaba destinado allí hacía ya tiempo. Digamos que era un experto en cuestiones coreanas.

—Ya… ¿Acaso está ocurriendo algo allá, en Corea?

—Nada. Bueno, lo normal. Pequeñas cosas, todo dentro de un orden. No hay problemas…, pero quizá vaya a haberlos.

—Entiendo. Supongo que prosiguen sin contratiempos los

preparativos para la retirada definitiva de nuestras fuerzas en Corea del Sur.

—Así es. Y también prosiguen las conversaciones entre las dos Coreas, para decirlo de un modo sencillo, encaminadas a un entendimiento razonable para ambas partes. Todo normal. Sin embargo, ha desaparecido uno de nuestros hombres…, y el general Sun Man Kim, al que custodiaba.

Los párpados de Brigitte se entornaron un instante.

—¿Ha desaparecido un general surcoreano? —susurró.

—Al mismo tiempo que Simón —asintió Pitzer—. El general Sun Man Kim era un hombre muy apreciado en todos los ambientes. Pero, como es de rigor y rutina, la CIA le vigilaba, como a otros personajes importantes…

—¿Por nada especial? ¿Seguro?

—Nada especial. Segurísimo. Rutina, ya le digo. Simón era el encargado de mantenerlo bajo control. Discretamente, sin darle importancia al asunto. El general Kim llevaba una vida normal dentro de su cometido en el ejército surcoreano. Ningún problema de ninguna clase. Vive en Seúl, con una hija. Es viudo. Todo normal…, ya que supongo que usted no va a considerar anormal que un hombre de escasos cincuenta años, sano y fuerte, tenga una amiguita.

—Físicamente normal —admitió Brigitte—. Y supongo que nuestros compañeros de Seúl habrán interrogado a la amiguita.

—Ella también ha desaparecido.

—¡Zambomba, aquí todo el mundo desaparece! —exclamó Minello.

—Todo el mundo, no —gruñó Pitzer—: solamente el general Sun Man Kim, su amiguita, y nuestro agente encargado de controlar al general. Nadie más…, por el momento.

—¿Hay algún motivo plausible por el que podamos temer que los hayan matado? —preguntó Brigitte.

—¿Motivo plausible? No, ninguno. Bueno, le explicaré todo lo que sabemos sobre el general Kim, y cuál era su sistema de vida en Seúl, y en Pusan, donde estaba su amiguita. Bien, el general Kim…

Pitzer explicó lo referente a Sun Man Kim, su vida en Seúl, sus visitas a Pusan, el control rutinario que sobre él ejercía Simón… Y terminó:

—... De modo que cuando Simón-Seúl comprendió que algo había ocurrido, ya que no recibía noticias de Simón-Pusan, envió a dos hombres a Pusan, a investigar discretamente en el chalé de la muchacha. No había allí mi rastro de Simón, ni del general Kim, ni de la muchacha. Todo estaba en orden. La única pieza de la casa que presentaba señales de presencia humana era una salita que da al jardín de la parte de atrás: la mesita del té estaba preparada; había dos tazas utilizadas, quedaba té en la tetera; cerca de la mesita, una cítara; en un rincón, una esterilla... Había solamente dos luces encendidas, al parecer desde hacía tiempo; eso nos hace pensar que fuese lo que fuese lo que ocurrió, fue de noche.

—¿Y ya está? ¿Ni siquiera han encontrado el coche de Simón?

—Ni el de Simón, ni el del general, ni el de la muchacha, obsequio del general.

—¿Qué sabemos de la muchacha, de esa Shima?

—Ya le digo: una *kiseng* retirada por el general. Oportunamente fue rastreada, y no se encontró nada especial en su vida. Una chica corriente, muy bonita, eso sí. Bueno, todos los detalles de esta clase se los explicará muy bien Simón-Seúl..., si es que usted piensa aceptar este... viaje.

Brigitte permaneció pensativa durante casi un minuto antes de preguntar:

—¿A qué se dedicaba exactamente el general Kim?

—Era uno de los altos mandos surcoreanos que atendía con nuestras fuerzas la cuestión de la evacuación. Cuestiones estrictamente militares, de orden logístico en su mayor parte. El servicio secreto de nuestro ejército está atendiendo el asunto de la desaparición del general, pero la Central opina que, puesto que también ha desaparecido uno de nuestros hombres, precisamente el que custodiaba al general...

—... También la CIA tiene derecho a *seguir* metiendo sus narices en el asunto —terminó Brigitte.

—No está dicho con su habitual delicadeza, pero es así —sonrió prietamente Pitzer.

—El nombre del general Kim me suena, pero no le conozco..., ni creo haber visto ninguna fotografía de él.

—Si usted hubiera visto alguna fotografía de Sun Man Kim, lo recordaría. No porque él sea un hombre peculiar en ningún sentido,

sino porque todos sabemos aquí que su memoria es excepcional.

—Muy amable —tendió una mano Brigitte.

Pitzer le puso un sobre en ella. Del sobre, Brigitte sacó unas cuantas fotografías del general Sun Man Kim, tomadas en diversos planos y distancias; en unas aparecía de uniforme, y en otras con traje de paisano. Era un hombre muy correcto siempre, clásico. Rostro algo alargado, enérgico, grandes ojos inteligentes, boca de labios finos, cabellos cortos y lacios… Incluso parecía más joven de cincuenta años.

—Visto —murmuró Brigitte, devolviendo las fotografías.

—He traído también unas fotografías de Simón —murmuró el jefe de la CIA. en New York—. Si ha de buscarlo…

Brigitte asintió, en silencio, y tomó el siguiente sobre. No le hacía ninguna gracia, pero se enteró del nombre de Simón-Pusan. Se llamaba… o se había llamado Wilson Dover. Cabellos castaños, ojos del mismo color, atractivo, unos treinta y cinco años… Un Simón. También devolvió las fotografías, preguntando:

—¿Y fotografías de la muchachita coreana?

—¿Shima? Simón-Seúl habrá conseguido algunas para usted cuando llegue allá…

Brigitte alzó las cejas.

—¿Algún problema… especial?

—Bueno… Últimamente, la CIA estaba en más que aceptables relaciones con el servicio secreto coreano, pero…

—¿Cuál es el problema ahora?

—Woo Young Paek.

—¿Qué clase de plato coreano es ese? —saltó Minello. Pitzer ni lo miró.

—Woo Young Paek es un importante miembro del servicio secreto surcoreano. Sabemos de él que es un hombre joven, agresivo, dinámico. Digamos que ha llegado a tener una cierta amistad personal con Simón-Seúl, nuestro jefe en Corea. Se han estado entendiendo bien. Pero, a raíz de la desaparición del general Kim, Woo Young Paek se ha puesto… digamos en plan un tanto huraño. Naturalmente, Woo Young Paek sabía que la CIA vigilaba al general Kim y a otras personalidades coreanas, pero hacía la vista gorda.

—¿Y ahora no hace la vista gorda? —sonrió Brigitte.

—La verdad es que está presionando mucho a Simón-Seúl, con muchas exigencias respecto a la desaparición del general Kim. Parece ser que el señor Paek tiene la impresión de que tal desaparición puede ser algún manejo de la CIA. En otras palabras: le está haciendo la cosa muy difícil a Simón-Seúl. Así que la Central ha pensado que quizá la agente Baby sabría cómo… tranquilizar al señor Paek y encauzar de nuevo por el camino de la amabilidad las relaciones entre ambos servicios secretos.

—¡Cómo habla usted, zambomba! —exclamó Minello.

—No se puede negar que tío Charlie lo dice todo muy claramente. De acuerdo, hablaré con el señor Paek. —Brigitte hizo una pausa—… Pero, por supuesto, bajo mis condiciones.

—Las radiaremos inmediatamente a Seúl —asintió Pitzer—. ¿Qué condiciones son esas?

2

—Condiciones inadmisibles, Grant —dijo Woo Young Paek—, pero no me he opuesto a ellas para que usted no insista en decir que mi postura es demasiado exigente e intransigente.

Robert Grant, cuarenta y cinco años, jefe de la CIA en Corea del Sur, refunfuñó:

—No me siga llamando Grant. Mi nombre a partir de ahora es simplemente Simón, ya se lo he dicho. Ella no querrá escuchar otro nombre.

—Si llega. ¿Está usted seguro de que va a venir?

Una expresión irónica apareció en los claros ojos de Robert Grant.

—Me gustaría saber con tanta seguridad que alguien va a regalarme hoy mismo un millón de dólares. Tranquilícese. ¿Acaso no le gusta el *whisky*?

—Me gusta el *whisky*.

—Pues siga bebiendo. Ella no tardará. Ya debe de estar aquí.

Woo Young Paek frunció el ceño, y miró a su alrededor. ¿Ella estaba ya *aquí*? ¿Dónde? Y si estaba ya en Corea, concretamente en el Aeropuerto Internacional de Kimpo, cerca de Seúl… ¿por qué no se presentaba a ellos? Todo era una tontería. Aunque, en el fondo, Woo Young Paek reconocía que la agente Baby demostraba una cautela muy conveniente. Sí, seguramente había llegado ya a Kimpo. Incluso era posible que hubiese llegado horas antes. Pero entonces… ¿por qué realizar el encuentro en el aeropuerto? Condiciones de contacto con la agente Baby: los señores Simón y Paek se instalarían en una mesita del bar del aeropuerto a las seis de la tarde, tomando algo, y dejando entre ambos, en posición vertical, un paquete de cigarrillos. Entonces, aparecería la agente y diría la contraseña: ¿a qué hora sale el primer tren rara Siberia?

¡Un tren para Siberia en un aeropuerto…! ¡Qué tontería! Pero, claro está, Paek no se llamaba a engaño con respecto a la agente Baby. Tendría que ir con mucho cuidado con ella. Con mucho cuidado, sí. Porque si tenía tanta fama…

—Perdonen —sonó la voz femenina, en inglés—… ¿Serían tan amables de darme un cigarrillo?

Los dos espías miraron a la muchacha que hacía la petición. Alta, rubia, de ojos verdes, preciosa, elegante, sonriente. Estaba entre los dos, junto a la mesita, señalando el paquete de cigarrillos. El primero en reaccionar fue Simón-Seúl, alcanzando el paquete.

—Cómo no —lo ofreció—. Con gusto, señorita.

—Muchas gracias. Es que se me han terminado los míos, y no sé dónde adquirir más.

—Encontrará usted una máquina expendedora en aquella dirección —señaló Grant, sonriendo irónicamente—: no tiene pérdida. ¿Puedo ofrecerle también fuego?

—Oh, no… ¡De eso ya tengo, gracias!

Sacó un bonito encendedor de platino y brillantes, encendió el cigarrillo, y miró a Paek, que la contemplaba un tanto hoscamente. La mirada del coreano bajó hacia las espléndidas piernas de la rubia, y luego, con curiosidad, se posó en el gracioso maletín rojo con florecillas azules estampadas que esta portaba.

—Usted es coreano, ¿verdad? —preguntó la muchacha.

—Sí —gruñó Paek.

—Entonces, quizá pueda informarme a qué hora sale el primer tren para Siberia.

Robert Grant se limitó a mantener una apretada sonrisa irónica en sus labios. Woo Young Paek se irguió vivamente, por sus ojos pasó un destello de sorpresa, y, acto seguido, se puso en pie. Era casi tan alto como la rubia, atlético, elegante en su sobriedad, muy atractivo su rostro de líneas enérgicas, fulgurantes sus negros ojos. No debía de tener más de treinta y cinco años. Un bello ejemplar.

—El tren para Siberia no parte de Kimpo —gruñó.

—Entonces, me quedaré en Seúl —sonrió la muchacha rubia de los verdes ojos—…, siempre y cuando usted no tenga inconveniente, señor Paek.

—De momento, no.

—Muy amable.

Grant había acercado una silla, y la rubia se sentó. Paek ocupó de nuevo su silla, sin dejar de mirar a la agente Baby. ¿Realmente era la agente Baby aquella jovencita de dulce aspecto?

—¿Cuántos años tiene usted? —preguntó abruptamente. La rubia se quedó mirándolo con incredulidad.

—¡Vaya una pregunta para hacerle a una mujer que ni siquiera le ha sido presentada! —exclamó—. ¡Qué gran descortesía, señor Paek!

—Usted no puede ser Baby.

—¿Por qué no?

—Por la lógica de las matemáticas. Cuando yo empecé a… a dedicarme a este trabajo, hace diez años, ya se hablaba de usted. Y si usted es Baby, hace diez años solo podía ser una niña.

La rubia quedó como pasmada unos segundos.

Luego miró a Robert Grant, que conseguía no reír, y lo amenazó con un dedito encantador.

—Estoy muy enfadada con usted, Simón —dijo.

—¿Sí? —Aceptó el juego el espía norteamericano—. ¿Por qué motivo?

—Según su informe, el señor Paek era un hombre más bien adusto, de postura actualmente hostil a nosotros, y, básicamente, antipático. Incluso descortés, desmintiendo así la reconocida cortesía y amabilidad oriental. ¿Cierto?

—Bueno… —comenzó a mascullar Grant.

—Y, sin embargo, lo primero que hace el señor Paek conmigo es halagarme, con una gentileza encantadora, al exponer bien claramente que me encuentra tan joven que ni siquiera cree que yo sea yo. ¿No cree que eso es delicioso por su parte?

—Sin duda —volvió a sonreír Grant, aliviado.

—Y a un hombre tan delicioso hay que decirle la absoluta verdad. ¿Cuántos años tengo? Pues, señor Paek, los que represento. Así que decídalo usted mismo.

—Si yo decido su edad —sonrió el coreano, de pronto—, usted no puede ser Baby.

—Vaya… He aquí que, nada más llegar, me encuentro ante un dilema inesperado. Podríamos dedicarnos a jugar a las adivinanzas, pero quizá sería más práctico ponernos a trabajar. Respecto a si soy o no soy Baby… ¿le parece que esperemos a que se presente una

oportunidad para demostrárselo?

—¿Es ella? —Miró Paek a Grant—. ¿Realmente?

Simón-Seúl hizo un gesto de impotencia.

—Concedámosle un margen de confianza, Paek —sugirió—. Vamos a ponerla al corriente de todo, y si nos resuelve el problema ya no tendremos dudas.

—¿Y si no lo resuelve?

—Si no lo resuelvo —dijo la rubia—, podrá usted cortarme el cuello, investigar en mi cadáver, y calcular, por el estudio de mis células, cuál es mi auténtica edad.

—Trato aceptado —sonrió de nuevo Paek, dejando pasmado a Grant—… Bien: ¿por dónde empezamos?

—Primera pregunta: ¿alguna novedad?

—Ninguna en ningún sentido.

—De modo que todo sigue igual. Tres personas desaparecidas y ustedes no han encontrado nada.

—Somos lo que se llama unos ineptos profesionales —asintió amablemente Woo Young Paek.

—¿Me han traído alguna fotografía de la muchacha, de Shima?

Paek sacó su billetera, de la cual retiró dos fotografías, una en blanco y negro y otra en color, y las tendió a la rubia. Esta miró las fotos, y alzó las cejas.

—Encantadora muchachita —murmuró—… ¿Tiene familia?

—No.

—¿Ninguna persona con la que relacionarla?

—Estamos buscando, pero no tenemos nada por el momento.

—Fantástico. Pero el general Kim sí tiene familia, ¿verdad?

—Solo su hija, la joven Mian.

—¿Nadie se ha puesto en contacto con ella?

—Claro que sí. Amigos de su padre que…

—No, no, no, señor Paek. Me refiero a alguien relacionado con el secuestro… o el asesinato.

—Ah… No. Ya le hemos dicho que en ese sentido todo sigue igual.

—¿Se conoce ya oficialmente la desaparición del general Kim?

—Ha sido inevitable.

—Claro. ¿Qué decía usted de amigos del general Kim?

—Están visitando a la señorita Kim, continuamente. Nos parece

muy natural… El general Kim es… o era una persona muy estimada en diversos círculos importantes coreanos, así que gran cantidad de amigos se están ofreciendo en todos los sentidos a la señorita Kim.

—¿Cuál es la versión oficial sobre la desaparición del general? ¿Se ha mencionado la palabra secuestro o muerte?

—Y también la palabra «accidente». Se han hecho muchas cábalas en todos los sentidos. Los periodistas, tanto nacionales como extranjeros, tienen un buen tema para elucubrar. Hay teorías pare todos los gustos.

—Sí… Los periodistas son unos bichos siniestros —sonrió la rubia—. Me imagino que la señorita Kim está actualmente bien… custodiada, señor Paek.

—Por supuesto. Además, siempre está con amigos, ya le digo. Y con el británico, que no la deja ni un momento desde que la cosa trascendió.

—¿Qué británico?

—Se llama Oliver Bannion —intervino Grant—. Un periodista británico con residencia en Hong Kong. Vino aquí hace tiempo, para hacer unos reportajes… Conoció a Mian Kim…, y se quedó. Actualmente, es corresponsal fijo en Seúl de su periódico, el *Hong Kong Journal*.

—¿Una historia romántica? —sonrió la rubia.

—Sin la menor duda.

—¿Lo sabemos todo sobre el señor Bannion?

—Creemos que sí. En cuanto se le vio con la hija del general Kim nosotros empezamos a interesarnos por él…, y parece que es lo que dice y quien dice.

—¿Debo entender que la señorita Kim… estima al señor Bannion?

—¿Lo estima? —exclamó Grant—. ¡Todo Seúl sabe que esa muchacha está loca por el británico!

—Y él por ella, claro.

—Así es. De todos modos, siempre se puede profundizar más en una investigación personal, de modo que si usted lo ordena, volveremos a dedicarnos a Oliver Bannion. Puedo llamar a Hong Kong y pedir que realicen una investigación más a fondo todavía.

Baby quedó pensativa unos segundos. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—Por el momento, lo dejaremos. Vamos a esperar a que yo conozca a esa romántica parejita. ¿Hay posibilidades razonables de que yo pueda ser admitida en la casa del general Kim sin dificultades y sin llamar demasiado la atención?

Grant miró a Paek, que sonrió de nuevo, pero frunciendo el ceño.

—Puedo arreglar que la reciban —dijo—, pero no que usted no llame la atención.

—Esa es otra amabilidad por su parte, señor Paek —sonrió a su vez la rubia—. Supongo que alguno de ustedes ha tenido la atención de reservarme alojamiento en alguna parte.

—Yo puedo disponer siempre que quiera de una habitación en el hotel Chosun —asintió Paek—. Pero quizás usted prefiera un lugar más discreto.

—¿Más discreto? ¿Qué tiene de indiscreto el hotel Chosun?

—Bueno, tiene quinientas cuatro habitaciones, y en sus pisos hay oficinas de toda clase: agencias de viaje, embajadas, líneas aéreas…

—O sea, que entra y sale muchísima gente diariamente de ese hotel.

—Exactamente. También tiene piscina, y…

—¡No me diga más! —exclamó graciosamente la rubia—. ¡Piscina! ¡Me encantan las piscinas! Aunque menos que el mar, claro… Apuesto a que debe de ser un hotel simpático.

—Es de primerísima categoría, yo diría que el mejor de Seúl. Todos los servicios y comodidades… Y está muy cerca de la Embajada de los Estados Unidos. Estoy seguro de que usted no se merece menos. Lo de su embajada lo digo porque si llego a enfadarme con usted siempre tendrá el recurso de salir corriendo, cruzar la calle, y escapar de mis garras. Cuestión de un centenar de metros.

La rubia sonrió una vez más, encantadoramente. No era de extrañar que Paek estuviese poco menos que turulato.

—Como suele ocurrir, todo han sido exageraciones, señor Paek: no es usted antipático, sino todo lo contrario.

—Gracias. Para ser sincero, yo también esperaba que usted fuese muy distinta. Al parecer, los dos hemos salido ganando.

—Sí —Baby le tendió la mano—… Me encontrará en el Chosun

esperando su llamada para conducirme a la casa del general Kim. Pregunte por Lili Connors, periodista americana. Ha sido un placer conocerle, señor Paek.

Woo Young Paek aceptó la mano, desconcertado.

—¿Se va usted? Tengo mi coche ahí fuera, y había pensado…

—No me voy yo, sino usted. Yo tomaré otra copa con Simón… Espero su llamada en el Chosun… cuanto antes. Mañana por la mañana temprano, por ejemplo.

Paek parpadeó. Miró a Grant, de nuevo a la rubia… Por fin asintió, y se puso en pie, despidiéndose con un gesto de los dos espías norteamericanos. Cuando Grant estuvo seguro de que Paek ya no podría oírlos, dijo:

—A la CIA le costará mil quinientos wones prescindir del coche de Paek y tomar un taxi.

—¿Cuánto son mil quinientos wones, en dólares?

—Cuatro dólares —sonrió Simón—… Perdidos irremisiblemente. Porque usted, lo sé bien, va a preguntarme si puedo decirle algo nuevo ahora que estamos solos…, y la respuesta es negativa. Todo lo que sé podía habérselo dicho perfectamente delante de Paek.

—Quiero la verdad: ¿hay algún motivo, algo… especial por lo que debamos temer que alguien tuviera interés en asesinar a Wilson Dover?

—No. En absoluto.

—Entonces, invíteme a un *whisky*… Espero que la CIA pueda soportar también el gasto de esta celebración.

Diez minutos más tarde, los dos espías abandonaban el aeropuerto, al que Grant dio la dirección del hotel Chosun en Seúl:

—Sokong-dong, Chung-ku.

—Chosun Jotel?

Simón-Seúl asintió. En realidad, dar la dirección del Chosun a un taxista era innecesario. Se sentó junto a la rubia, y durante los dos primeros minutos de marcha, permanecieron silenciosos. Había todavía en el cielo un resplandor de sol, rojizo, llameante. Por la autopista que unía Kimpo con Seúl se cruzaron con coches de todas las marcas. A lo lejos, se divisaban ya las luces de los rascacielos.

—Estableceremos una onda especial —dijo de pronto Baby—. Quiero que todos nuestros compañeros la sintonicen en sus radios de bolsillo, y que estén atentos a mi llamada…, mientras se dedican

a descansar.

—¿Qué quiere decir?

—Que todos ustedes, por el momento, van a desaparecer de escena.

—Si yo desaparezco nuestro colega Paek se va a poner muy nervioso.

—Si se pone nervioso, es un mal espía; y si es un mal espía, lo podremos manejar a nuestro antojo. De modo que saldremos beneficiados. Y hablando de malos espías… ¿no se le ha ocurrido pensar que el chófer del taxi puede estar entendiéndonos?

Simón-Seúl consiguió salir de su pasmo.

—Claro que no —masculló por fin—: ya tendría la indicación de que habla inglés, si fuese así.

—Me imaginé algo parecido —sonrió Lili Connors—… ¡Bueno! Vamos a ver si realmente el hotel Chosun es de tanta categoría.

Lo era.

Diecisiete pisos componían un bello edificio ligeramente curvado de modo que dentro de esa curva quedaba la piscina, redonda, rodeada de una terraza-anillo con parasoles, y un hermoso porche sobre el que ondeaban banderas de muchas nacionalidades.

Ya sin la compañía de Robert Grant, la señorita Lili Connors fue amablemente atendida en recepción, donde el encargado de esta asintió a su petición: en efecto, hacía unos minutos habían recibido una llamada informando que la señorita Connors llegaría al hotel, y que podía ocupar determinada habitación siempre reservada para unos caballeros de negocios.

Dejando su pasaporte en manos del recepcionista, Lili se fue en pos del botones, siempre portando personalmente el maletín rojo con florecillas azules, mientras el joven coreano se hacía cargo de la única maleta, recogida por Grant en el aeropuerto antes de abandonarlo ambos. Puesto que la señorita Connors todavía no había cambiado moneda americana por coreana, dio al botones una propina de veinte dólares USA, lo que mereció una hermosa y centelleante sonrisa de agradecimiento.

Pese al cansancio del viaje, Lili procedió en primer lugar, como siempre, a examinar muy detenidamente la habitación, en busca de micrófonos o cualquier otro pequeño truco que pudiera haber ideado el apuesto Woo Young Paek. Pero, si Paek había ideado algo,

Baby no fue capaz de descubrirlo…, lo que considerando la calidad y categoría de la espía, y su veteranía, hacía suponer que, en principio, el espía coreano estaba jugando limpio. Mas valía así.

Lili colocó todas sus cosas ordenadamente en el armario, se bañó, se vistió con sencilla elegancia, y bajó a cenar al restaurante del hotel, donde, por supuesto, causó el pasmo entre la concurrencia, tanto masculina como femenina. Era del todo imposible que su belleza pudiese pasar desapercibida. Pero esto, que años atrás había merecido una desfavorable opinión en el Consejo de la CIA a la hora de admitir a la señorita Montfort directamente como elemento del Grupo de Acción, no preocupaba ya en absoluto a Brigitte: estaba demostrado que su belleza jamás había sido un obstáculo para sus misiones de espionaje. Si acaso, todo lo contrario. Solo era cuestión de, además de ser bella, ser inteligente.

Hacia las once de la noche, la señorita Connors, ataviada con un encantador pijama de seda azul, había leído todos los periódicos editados en inglés que había podido conseguir en el hotel. Tiempo perdido, porque no obtuvo más información de la que tenía.

Y como el tiempo es oro, y la espía más peligrosa del mundo estaba cansada, decidió aprovecharlo descansando. Se acostó, apagó las luces, y diez segundos después dormía profundamente.

Lejos de allí, en aquel mismo momento, el general Sun Man Kim abría los ojos y salía de su inquieta duermevela. Colgado de la pared junto a la puerta de entrada a aquella habitación había un quinqué encendido, y a su luz, el general pudo ver una vez más su entorno. El agente de la CIA se había despertado antes que él, o tal vez ni siquiera había estado dormido; le miraba fijamente, y, al ver que Kim le miraba, susurró:

—Es un helicóptero.

Kim pareció comprender entonces qué era lo que le había despertado: el rumor del helicóptero, precisamente. Asintió, y miró otra vez a Shima, que, como él y el espía americano, tenía las manos atadas sólidamente a una argolla clavada en la pared a una altura de un metro aproximadamente; como quiera que, además, las cuerdas eran lo bastante largas, los tres se podían tender en el duro y sucio suelo, sin que esto los importase demasiado. Estaban tan cansados que el simple hecho de tenderse en el suelo ya era un gran

descanso.

Shima dormía, tenía el sueño más profundo que el espía norteamericano y el militar coreano. Los dos habían sido golpeados repetidamente, pero no así Shima, cuya belleza se conservaba todo lo intacta que permitían aquellas setenta y dos horas de cautiverio en condiciones no precisamente confortables…

El rumor del helicóptero, tras haberse oído con fuerza, cesó de pronto, y los dos prisioneros se miraron, comprendiéndose sin necesidad de decir una sola palabra: alguien llegaba. Nuevos personajes iban a intervenir en el juego. Hasta entonces, se las habían estado viendo con coreanos. Coreanos del Norte, según había asegurado Sun Man Kim a Wilson Dover cuando quedaron solos.

El silencio era total ahora. No sabían dónde estaban, pero, evidentemente, tenía que ser un lugar aislado, o cuando menos, muy discreto, en el que los coreanos se sentían seguros, a salvo de cualquier investigación. O quizás estaban en Corea del Norte, más arriba del paralelo 38. ¿Cómo saberlo? Al general Kim y a la bella Shima los habían narcotizado en la casa junto al lago, y a Dover lo durmieron también cuando los dos anteriores estuvieron cargados en el maletero de su coche y él hubo conducido hacia el Norte hasta bastante lejos de Pusan. A partir de aquel momento, Wilson Dover perdió toda orientación. Y menos orientados aún podían estar Sun Man Kim y su joven amante.

Todavía persistió el silencio unos quince o veinte minutos, durante los cuales el general Kim pareció a punto de dormirse de nuevo. Era un hombre fuerte, cierto, pero no tanto como el americano, no ya por cuestiones musculares, sino simplemente, de edad. Era lógico que Dover fuese el más resistente de los tres… Pero, en el momento en que el general daba una de sus cabezadas de agotamiento, la puerta de la habitación se abrió, y entraron rápidamente cuatro hombres.

Esta vez no eran todos coreanos. Había dos coreanos y dos hombres blancos, altos, de hombros anchos, jóvenes, de rostro adusto, expresión hosca, hostil. Ambos se acercaron a Sun Man Kim, y uno de ellos le dio un inofensivo golpe con un pie en un costado.

—Póngase en pie —dijo en inglés.

Simón-Wilson Dover tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzar

una exclamación al identificar el leve acento de aquel hombre. Salvo que él estuviese muy equivocado, era un ruso. Dover conocía bien este idioma, debido inicialmente a sus estudios en la academia de la CIA y más adelante en su práctica como estudiante en Moscú. Luego, después de ser destinado en Corea, había estado en Vladivostok tantas veces que para él no era ya sorpresa alguna oír hablar en ruso; y por supuesto, lo hablaba perfectamente… Es decir, tan perfectamente como aquel hombre hablaba inglés: con leve acento, americano, en su caso. ¿O había sido imaginación suya que el acento de aquel hombre era ruso?

—¡Vamos, vamos! —exigió el otro—. ¡Póngase en pie rápidamente! Tenemos por delante una larga conversación.

Wilson Dover ya no tuvo la menor duda al oír hablar al otro hombre de raza blanca: era ruso. Ambos eran rusos. Pero… ¿qué estaban tramando los soviéticos?

Sun Man Kim se había puesto en pie. Con las voces, Shima se había despertado, y, todavía en el suelo, contemplaba con ojos muy abiertos, asustada, la tardía visita de sus captores.

—General Kim —dijo el que primero había hablado—, ya hemos tenido suficiente paciencia con usted y con sus amigos. Pero, al parecer, es usted lo bastante terco para no tener suficiente con unos cuantos golpes. De modo que nuestra paciencia se ha terminado.

—Ya les he dicho a sus amigos norcoreanos todo lo que podía decir —murmuró roncamente Sun Man Kim.

—¡Está usted mintiendo! —intervino el otro hombre, que parecía más irritable e impaciente—. Nosotros sabemos perfectamente que los coreanos del Sur y los americanos están preparando algo especial, ¡y queremos saber de qué se trata!

—Nadie está tramando nada especial —suspiró, cansado, el general Kim—. Ya lo he dicho muchas veces. Simplemente, los mandos militares americanos y los nuestros estamos realizando los estudios logísticos adecuados a la retirada de las fuerzas norteamericanas de Corea. Eso es todo.

—General Kim —dijo el primer ruso, más reposado y frío—: todos nosotros estamos metidos en un asunto de índole estrictamente militar, puesto que tenemos la certidumbre de que los ejércitos de Corea del Sur y de Estados Unidos están tramando algo. Considerando esta característica militar del asunto, estamos

haciendo lo posible por tratarlo a usted y a sus acompañantes de un modo… razonable, con cierta caballerosidad adecuada al honor militar. Sin embargo, como bien ha dicho mi compañero, esperamos una larga… y sincera conversación con usted. De lo contrario, tal como yo mismo he dicho, nuestra paciencia va a agotarse. ¿Lo entiende?

—Sí —musitó Kim—. Pero todo cuanto tenía que decir, lo he dicho ya. Vuelvo a repetir que nadie está tramando nada. Ustedes están mal informados, están trabajando con una base errónea.

—¿No piensa variar de actitud?

—¡Es que no puedo hacerlo! ¡Les repito de nuevo que les he dicho la verdad!

—Muy bien. —Los labios del ruso se apretaron un instante—. Tenemos el historial de usted, general, y sabemos que es un hombre leal a los suyos, de gran valor…, y muy duro. Pienso que sometiéndole a usted a tortura no íbamos a adelantar lo rápidamente que deseamos, así que, lamentándolo, vamos a recurrir a otros procedimientos.

—¿Qué quiere decir? —Palideció Kim—. ¿Qué procedimientos?

El otro sonrió secamente, se volvió hacia los dos coreanos y les hizo una seña. Los coreanos se adelantaron hacia Shima, agarraron su ropa, y tiraron de ella, desgarrándola, arrancándola completamente en pocos segundos, dejando desnuda a la muchacha, que se encogió, muda de miedo, desorbitados los ojos.

—¿Seguimos adelante, general? —Le miró el ruso.

—Les juro —jadeó Kim—… les juro que los he dicho la verdad… ¡No estamos tramando nada, nada puedo decirles, a menos que les interesen las decisiones de índole logística de la retirada americana!

—Eso lo sabe todo el mundo.

—¡Pero es que no puedo decirles otra cosa!

El ruso miró entonces a Wilson Dover, que también estaba pálido.

—¿Qué dice usted, yanqui?

—Lo mismo que el general —murmuró Dover.

—Podemos ser más pacientes con usted, ya que, como simple agente de la CIA, admitimos que por el momento no esté al corriente de esta cuestión puramente militar. Pero cuando hayamos agotado otros procedimientos también nos ocuparemos de

interrogarlo a fondo.

—No conseguirán nada, por la sencilla razón de que nada sé sobre lo que ustedes creen que está ocurriendo.

—Está bien. ¿Ninguno de los dos se aviene a razones?

—¡Son ustedes los que no se avienen a razones! —exclamó el general.

—Ustedes nos están obligando a abandonar definitivamente la actitud amable que hasta el momento hemos sostenido. Lamentablemente tenemos órdenes de no seguir con tantas contemplaciones.

Hizo otra seña a los dos coreanos, y uno de estos salió del cuarto, regresando a los pocos segundos con un largo bastón y un látigo. Sin más contemplaciones, en efecto, el del látigo lo alzó, y lo descargó con seco trallazo sobre el cuerpo de Shima, que lanzó un chillido de dolor y espanto. A continuación del látigo, cayó el palo sobre el hermoso cuerpo de porcelana, con seco impacto en una cadera. Shima volvió a gritar, retorciéndose de dolor, encogiéndose y retrocediendo como si intentase fundirse con la pared a la cual estaba atada por medio de una argolla…

—¡No! —gritó Kim—. ¡No hagan eso, ella no tiene culpa de nada, no sabe nada de nada…!

—Por supuesto que la jovencita no sabe nada —admitió uno de los rusos—. Estamos seguros de eso, ya que usted no es un pobre hombre que iría contando asuntos de importancia a su amante. Es usted quien sabe. Y si usted no dice lo que sabe, ella irá pagando las consecuencias.

—¡Pero es que no sé nada de eso! ¡Les aseguro…!

El látigo chascó de nuevo, dejando otro lívido surco en la delicada piel de Shima, sobre la que a continuación volvió a caer el palo, ahora en el vientre. La muchacha lanzó alaridos de dolor, pero el látigo y el palo volvieron a funcionar, una y otra vez, dejando sus señales en el bello y fino cuerpo… De nada servían los gritos de Sun Man Kim asegurando que nada podía decir, pidiendo que le golpeasen a él y no a la muchacha… El látigo y el palo seguían funcionando, los gritos de Shima eran ya de una histeria impresionante… Wilson Dover, demudado el rostro bajo su barba de noventa horas, había optado por cerrar los ojos, eludiendo así la visión de aquella brutalidad.

Pero los abrió de pronto cuando oyó otro grito de Shima. Un grito diferente en su contenido emocional… Y lo comprendió cuando, al abrir los ojos, vio a uno de los coreanos encima de la muchacha, mientras el otro le ayudaba a introducirse entre sus piernas…

—¡No pueden hacer…! —empezó a gritar Dover, iniciando el gesto para ponerse en pie.

Ni acabó el gesto, ni la frase, porque uno de los rusos se acercó a él de un salto, y le propinó un tremendo puntapié en el vientre. Wilson Dover tuvo la impresión de que acababa de ser disparado al espacio, donde todo era negro, frío, amargo, dolorosísimo; su cabeza dio vueltas, las náuseas invadieron su cuerpo… De un modo lejano, oía los gritos de Sun Man Kim, que intentaba soltarse de sus ligaduras dando fortísimos tirones; y también los alaridos de Shima, a la cual vio como a través de un tupido velo negro en el momento en que era brutalmente violada por el primer coreano.

La muchacha gritaba y gritaba, pero sobre su cuerpo lleno de señales de dolor el coreano proseguía su acción con una brutalidad escalofriante, lanzando a su vez gritos de complacencia a cada furioso ataque de más y más penetración en el cuerpo de Shima.

La cual estalló en llanto. Se debatía cuanto podía, pero sus fuerzas eran ya muy escasas en su dolorido cuerpo tan salvajemente violentado, no solo por el hombre que tenía encima, sino por el otro, que ayudaba al primero. Este lanzó finalmente un rugido de placer, pareció aplastar a Shima, incrustarla en el suelo, y finalmente quedó inmóvil, jadeante.

Luego, despacio, se incorporó, y el otro, relucientes los ojos, ocupó rápidamente su lugar. Estaba mucho más excitado que su compañero, sin duda por haber presenciado lo ocurrido, y su agresión fue aún más brutal, más salvaje. El otro se dedicó a ayudarle, pero casi no hacía falta, porque la bella muñequita de porcelana parecía como rota en el suelo, sin fuerzas ya para nada cuando se produjo la segunda violación.

Sun Man Kim había caído de rodillas, y su cabeza caía sobre el pecho. Se estremeció al oír el rugido de placer del coreano, y eso fue todo.

Pero, un instante más tarde, alzó sobresaltado los ojos cuando oyó gemir a su amante:

—No… ¡Ya no más…! ¡No más…!

Pero el primer coreano había vuelto a saltar sobre ella, manoseándola rudamente, y procediendo de nuevo a la violación. Y el otro hizo lo mismo poco después, de modo que cuando hubo terminado, Shima había sido violada cuatro veces, y yacía como muerta, ya en silencio, inmóvil.

Antes de que la puerta del cuarto se cerrase, Sun Man Kim oyó la voz de uno de los rusos:

—Volveremos por la mañana, general Kim. Piense en ello…, porque las cosas no van a ser tan fáciles de soportar por usted, cuando volvamos… muy bien acompañados.

3

Todavía no eran las nueve de la mañana cuando, desde la terraza de su habitación, la señorita Connors miraba la piscina, bello círculo azul rodeado de parasoles de colores nueve pisos más abajo. Y más allá, rascacielos destacando de otras edificaciones. Demasiados rascacielos. Como Hong Kong, como Tokio, como Singapur, como tantas ciudades orientales, Seúl había caído en el gigantismo, en el amontonamientc humano. La pregunta era: ¿hasta cuándo? Porque si de algo estaba tristemente segura la señorita Connors era de que, no tardando mucho, cuando el número de seres humano en el planeta Tierra comenzase a parecerle excesivo a determinados señores, estos tomarían sus propias medidas…

La llamada a la puerta de la habitación la distrajo de sus sombríos pensamientos. Recordó que había cerrado con llave antes de acostarse, así que fue a abrir, cosa que hizo sin recelo alguno. Y enseguida, alzó las cejas, con gesto de leve sorpresa.

—Señor Paek… ¿Ocurre algo?

—Buenos días —sonrió Woo Young Paek—… ¿Algo? Supongo que no. Simplemente, he venido a buscarla, como convinimos.

—¿Lo convinimos así? Me pareció que habría bastado una llamada telefónica indicándome que podía ir a la casa del general Kim.

—Eso habría sido demasiado frío…, y hasta descortés por mi parte, señorita Connors.

—Ya. Y ahora soy yo quien está siendo descortés con usted, ¿no es eso? Está bien —sonrió—: pase, señor Paek.

—Gracias. —El coreano entró, y se volvió a mirar a la bella rubia—… ¿Está bien instalada? ¿Hay algo que necesite y que no se le haya facilitado?

—Solamente el desayuno. ¿Ha desayunado usted ya?

—Así es. Quizá soy inoportuno, pero me pareció entender que

usted dijo que esperaba hoy por la mañana, «temprano», poder visitar a la señorita Kim. Y son las nueve.

—Fantástica reprimenda —rio Lili—. Puedo prescindir del desayuno, y vestirme en un minuto, si realmente tiene usted prisa.

—De ninguna manera. Esperaré.

—Muy bien. ¿Me permite hacerle una observación, señor Paek?

—Naturalmente. ¿De qué se trata?

—Su corbata no hace juego con su traje.

—¿Demasiado llamativa?

—Por el contrario, un tanto fúnebre para un hombre que viste con tanta elegancia juvenil y que resulta tan atractivo.

—Ah —Paek sonrió, relucientes los ojos, que recorrieron con simpático descaro las hermosas formas sugeridas bajo el pijama de seda azul—… Es usted muy amable. Y tendré en cuenta su sugerencia, se lo aseguro. Gracias por el aviso.

—Todos podemos equivocarnos —casi rio Lili.

—Sin duda. ¿Me permitiría, a mi vez, hacerle una pequeña observación, señorita Connors?

—Por supuesto que sí.

—Supongo que el cabello rubio es teñido. Le queda bien. Pero tengo la impresión de que sus ojos azules no encajan con el cabello.

Lili Connors tuvo un brevísimo gesto de sobresalto, mientras su mano derecha ascendía hasta el rostro. Luego, sonrió, se fue al cuarto de baño, y se colocó expertamente las lentillas blandas de contacto, de color verde. Así era el espionaje. Y así era ella: humana, al fin. Solo que esa humanidad, que da lugar a pequeños descuidos, puede costar a veces muy cara.

Cuando se reunió con Paek en la terraza, el coreano estaba fumando un cigarrillo. La miró, sonrió, y dijo:

—Francamente, me gustaban más los ojos azules.

—A mí también —rio Lili.

—¿De modo que por eso nos hizo esperar en Kimpo? Llegó usted a Corea con su verdadero nombre y aspecto, y acto seguido, en algún lugar, procedió a teñirse el cabello y colocarse esas lentillas…

—Pequeños trucos a los que estoy acostumbrada. ¿Sabe usted, señor Paek, que sus vecinos chinos ofrecen unos cuantos dólares por mi cabecita rubia?

—Creo recordar que su última cotización estaba en los diez

millones de dólares americanos. ¿Qué tiene usted dentro de la cabeza? ¿Uranio?

—No podría decírselo, porque nunca he mirado dentro de mi cabeza.

Se quedaron mirándose, y, de pronto, se echaron a reír. Paek señaló frente a ellos.

—A lo lejos, nuestro río Jan. A la izquierda, y algo más cerca, el Instituto de Música Clásica Nacional. A la derecha, el famoso Estadio Yochang… Aunque, desde aquí, realmente, no puedo apreciarse ninguna belleza. Sin embargo, con gusto la llevaré a ver el Palacio Real Kyongbok, para lo cual tendrá que pasar por la bellísima Puerta de Kwangjuamun. Por supuesto, no dejaremos de visitar el Museo Nacional, ni el Edificio de Piedra del Palacio Real de Doksu, algo realmente hermoso, con sus parterres y sus estanques. Y de noche, naturalmcnte, a fin de que la vea iluminada, iremos a ver la Gran Puerta del Sur, Namdaemun. Si el tiempo sigue tan apacible, iremos en coche a visitar la Fortaleza Namjansan… Es algo así como la Muralla China, pero muy modesta, ya que sus murallas solamente tienen ocho kilómetros de longitud…, pese a lo cual, representa el símbolo de la resistencia coreana a las incursiones extranjeras en tiempos pasados. ¡Y naturalmente, la Casa de Corea! ¿Le gusta a usted el juego?

—No.

—Lástima. La llevaría al Hotel «Walker Hill», con su famoso casino. No está demasiado lejos, en unas hermosas colinas junto al río Jan… ¿Y la música, le gusta?

—Muchísimo.

—Ah, espléndido. En ese caso, espero poder invitarla al lnstituto. Sin duda le gustará la interpretación de cualquier pieza de A-ak, nuestra música cortesana. Con suerte, podemos coincidir con la Orquesta Clásica Coreana. Claro que la A-ak le resultará quizás un tanto sorprendente…

—Menos que usted —sonrió Lili.

—¿Le resulto sorprendente?

—Así es. No sé cómo será en cuanto a espía, señor Paek, pero como guía turístico me parece muy bueno.

—Ah, esa es la idea, señorita Connors. Resulta que en este hotel, y para todos los efectos, yo soy precisamente lo que aquí llamamos

un agente de viajes. Un agente de viajes se lo soluciona todo al turista: viajes, cambio de monedas, compras, diversiones, placeres diversos… Todo. Y esa es la idea, repito: a todos los efectos, usted es una periodista interesada en el turismo que me ha contratado.

—Entiendo. Lo que significa que no piensa usted perderme de vista.

—Además de un placer, considero que es mi obligación. Voy a ser absolutamente sincero con usted: no me gusta la CIA, no confío en la CIA. ¿Está claro?

—Está clarísimo. Y además, estamos de acuerdo, señor Paek.

Woo Young Paek tardó bastante en salir de su asombro. Para entonces, llegó el desayuno de la señorita Connors, que dio cuenta de él rápidamente, sin hacer comentario alguno. Sentado en una butaquita, Woo Young Paek la miraba impasible; pero comprendiendo perfectamente que la señorita Connors, si era necesario, podía comer absolutamente cualquier cosa.

Terminado el desayuno, y tras una breve estancia en el cuarto de baño, Lili procedió a vestirse, contando con la delicadeza de Paek, que se volvió de espaldas sin que hubiese mediado palabra alguna.

Y finalmente, cerca de las diez de la mañana, la periodista señorita Connors y su agente de viajes Woo Young Paek abandonaban el Hotel Chosun, directos al pequeño estacionamiento exterior donde el coreano había dejado su coche.

La casa del general Sun Man Kim estaba sita en Chongun Ro, hacia la parte alta de la ciudad, alejada del río Jan; era una avenida no muy amplia, pero muy agradable, con sus casas independientes, con pequeños jardines en los que había algunos pinos y arbustos de flores que ya presentían la primavera, apuntando diminutos brotes. Había varios coches estacionados delante de la casa, de modo que Paek tuvo que detener el suyo algo alejado. Paró el motor, reflexionó unos segundos, y dijo:

—Sin embargo, comprendo que militar en determinado organismo no significa que se tengan las mismas características que definen de modo general a ese organismo.

Lili Connors se quedó mirándolo estupefacta, sorprendida por aquella frase tras el viaje realizado en completo silencio.

—¿Se supone que debo saber a qué se refiere, señor Paek?

—Sí. Estoy hablando de usted, y de lo que dije antes sobre la

CIA. Yo podría admitir que un agente de la CIA fuese, personalmente, digno de confianza.

—Ah… Muchas gracias. ¿Ha oído usted hablar de mí, señor Paek?

—Por supuesto. Y mucho. Y tantas cosas… sorprendentes que me ha parecido que debía justificarme un poco por lo que he dicho antes en el hotel. Quiero que entienda que no tengo nada personal contra usted, ni contra G… contra Simón. Es solo que no me gusta la CIA.

Lili asintió, y se dispuso a salir del coche. Segundos después, los dos caminaban hacia la casa del general Kim. Les abrió la puerta una vieja criada coreana, de rostro arrugado e impenetrable: parecía que fuese de madera. Escuchó a Paek en su idioma, asintió, y señaló hacia el interior de la casa.

Paek se volvió hacia Baby para decirle que sería cortés por su parte quitarse los zapatos, pero se encontró con que la señorita Connors ya se había descalzado.

La criada los condujo hasta delante de una puerta, frente a la cual esperaron ambos mientras ella la descorría y desaparecía cerrando de nuevo tras ella. Una liviana puerta, tras la cual ya habían oído ambos voces de hombre y de mujer, en coreano. La criada reapareció a los pocos segundos, y se apartó.

Entraron en una amplia estancia típicamente coreana, deliciosamente simple, ligera, elegante. Una muchacha muy joven, bellísima, se acercaba a ellos, sonriendo con forzada cortesía. Lili la identificó inmediatamente: Mian Sun Kim, la hija del general desaparecido. Vestía con sencilla elegancia a la europea, pero, de todos modos, encajaba perfectamente en el exótico ambiente de la sala. Mientras la muchacha y Paek cambiaban unos rápidos saludos en coreano, Lili miró a los hombres que había allí: dos coreanos y un blanco, los tres sentados en almohadones. En el acto, comprendió que el blanco debía de ser el británico Oliver Bannion, el periodista que había llegado a Corea para hacer unos reportajes…, y se había quedado a contemplar los hermosos ojos negrísimos de Mian Sun Kim.

Era en verdad atractivo, apuesto. Rubio, con algunas pecas, rostro enérgico, pero de expresión amable, simpático. Su barbilla era un auténtico prodigio de firmeza, grande, ancha, sólida…, como

su boca de gesto amable. Tenía las manos bellas y grandes, los hombros anchos… Fantástico. La estaba mirando a ella haciendo lo posible por contener cierta sorpresa admirativa…

—Señorita Connors —oyó a Paek en inglés—, permítame presentarle a la señorita Kim, la hija del general Kim.

Baby miró a la muchacha, que le tendía la mano con gesto natural, y sonreía amablemente.

—¿Cómo está usted, señorita Connors? —se interesó en un inglés perfecto, muy británico.

—Muy bien, gracias —aceptó la espía aquella diminuta mano de porcelana—. Celebro conocerla, señorita Kim…, aunque habría preferido que fuese en otras circunstancias.

—Es muy amable de su parte. Me dice el señor Paek, que es usted una periodista americana… en la que deberé confiar absolutamente.

—En tal caso, el amable es el señor Paek…, y usted si así lo hace, señorita Kim.

La muchacha asintió, sonriente, pero mirándola con no poca curiosidad en el fondo de sus ojos. Lili comprendió que Mian Sun Kim sabía que Paek era un agente del servicio secreto coreano, y que, por lo tanto, la estaba clasificando a ella debidamente.

—Le presentaré a unos amigos —dijo Mian Sun, acercándose a los tres hombres, que se pusieron rápidamente en pie—… Todos hablamos inglés, así que no se preocupe. El señor In Suk Yi, el señor Jung Pyo Song, muy buenos y queridos amigos de mi padre…, y el señor Oliver Bannion…, periodista, como usted. La señorita Connors, americana.

Los dos coreanos aceptaron la presentación con inclinaciones de cabeza; y el británico tendió la mano.

Una mano grande, cálida, firme, en la que desapareció la de la espía americana.

—De modo que americana… y periodista —sonrió Bannion.

—Así es, señor Bannion —sonrió también Lili—. Espero que no le molesten los periodistas.

Se quedaron todos estupefactos. Luego, hubo algunas sonrisas, como obsequio al humor de la señorita Connors. Mian Sun Kim batió palmas suavemente, la puerta se descorrió, y apareció la vieja criada de facciones de madera. Escuchó las instrucciones de Mian

Sun, asintió, y desapareció de nuevo.

Bannion colocó un almohadón para Lili y otro para Paek. Los caballeros esperaron a que las damas se sentaran, y lo hicieron acto seguido, rodeando todos la mesita en la que estaba el servicio de té.

—He pedido dos servicios más —dijo Mian Sun—… Espero que le guste a usted nuestro té, señorita Connors.

—A mí me gusta todo…, menos molestar a mi prójimo. Quizá mi visita ha sido inoportuna, señorita Kim.

—De ninguna manera —aseguró la muchacha.

—Estábamos hablando, como es natural, del general —dijo el británico—. Y pienso ahora que quizá su colaboración pueda sernos de utilidad.

—¿Mi colaboración? ¿En qué sentido?

—Quizá pueda decirnos cosas que nos ayuden a comprender esto.

—¿Yo? —Se sorprendió de nuevo Lili—. Señor Bannion, espero que entienda que si estoy aquí es para que me digan cosas ustedes, que sin duda saben más que yo. ¿Qué supone usted que yo puedo saber?

—Bueno… Usted viene de Estados Unidos, ¿no es así? Cabe la posibilidad de que esté en conocimiento de detalles militares que nosotros desconocemos. ¿Me comprende?

—La verdad, no muy bien.

—El señor Bannion —intervino reposadamente Jung Pyo Song— debe de estar considerando la posibilidad de que antes de venir aquí usted haya conversado con militares norteamericanos que le hayan facilitado alguna información… no excesivamente secreta, pero que nos haría comprender lo sucedido.

—Perdonen —estaba en verdad desconcertada Lili—, pero sigo sin comprender.

—Nosotros —intervino ahora In Suk Yi— hemos intentado profundizar en los círculos militares coreanos respecto a qué podía saber o quizá planear el general Kim, nuestro querido amigo Sun Man, que justificase un secuestro o un asesinato en su persona. Todas las respuestas indican que Sun Man no estaba planeando nada, ni sabía nada que no supiese el último soldado, prácticamente. Su labor actual, como uno de los coordinadores de la retirada norteamericana de Corea, era diáfana. Puede uno saber en

qué consiste leyendo cualquier periódico. Pero, claro está, cabe pensar que tanto los periódicos, como nosotros, no hemos recibido la información correcta.

—Me parece que ahora empiezo a comprender —asintió Lili—. Ustedes piensan que el general Kim ha sido secuestrado por cuestiones militares.

—Naturalmente —se desconcertó Jung Pyo Son—… ¿Por qué otras cuestiones, si no?

—No irá a discutir usted la lógica de nuestras deducciones, supongo —dijo Bannion.

—No, no… Todas las deducciones pueden ser buenas. Pero yo creo, sinceramente, que el secuestro o el asesinato del general Kim no va a servirle de nada a nadie. No voy a facilitarles a ustedes la fuente de mi información, pero les aseguro que el general Kim no sabe nada especial, en efecto. Todo está claro. A efectos militares, lo mismo habría sido que hubiesen secuestrado a un soldado.

—Entonces… ¿por qué lo han secuestrado? —musitó Mian Sun.

—Podría ser por dinero, ¿no?

Las miradas estupefactas que le dirigieron todos los presentes hizo comprender a Baby que, cuando menos en apariencia, acababa de decir una tontería. Eso pensaban, al menos.

—¡Por dinero! —Exclamó In Suk Yi—. Señorita Connors, si alguien quisiera conseguir dinero por medio de un secuestro, debería haberme secuestrado a mí, o a mi amigo el señor Song, por ejemplo. Nosotros sí somos ricos.

Y otros varios amigos nuestros y de Sun Man. Tenemos grandes negocios, industrias, empresas de diversas manufacturas… Sin ánimo de impresionarla, le diré que Sun Man tiene muchos amigos millonarios.

—¿Pero él no es millonario?

—En absoluto. Es un hombre que, indudablemente, vive bien. Ya ve usted su casa, como simple muestra. No cabe duda respecto al confort de la vida del general Kim…, pero de eso a pedir un rescate importante por él, hay un abismo. Pienso que quizá no podría reunir más de veinte o treinta mil dólares. Es poco por un general, ¿no le parece?

—Claro está —habló ahora Jung Pyo Song— que si la cuestión fuese económica, no tendríamos por qué preocuparnos, ya que

nosotros pagaríamos el rescate. Por ese lado, no hay problema…, pero los secuestradores no pueden saber que Sun Man tiene amigos que pagarían mucho dinero por su vida. Y sin duda, saben que no es millonario. Por lo tanto, hemos descartado la cuestión dinero en este asunto.

—Queda por lo tanto la cuestión militar —machacó Oliver Bannion—… El general no ha sido secuestrado como persona, sino como militar.

—Yo no lo creo así —negó firmemente Lili.

—Entonces… ¿qué cree usted?

La criada apareció con dos servicios de té, que depositó en la mesita, retirándose a una seña de Mian Sun, que se encargó de servir el té al silencioso Paek y a Lili. Esta murmuró las gracias, tomó un sorbo de té, y fue mirando de uno en uno a los presentes. Jung Pyo Song debía de tener unos sesenta años, sus cabellos eran blancos y tiesos, su rostro sorprendentemente terso, sus ojos vivos e inteligentes, penetrantes; In Suk Yi era más joven, quizá tenía cincuenta años, y no tenía una sola cana en su redonda cabeza; ojos diminutos, astutos, y boca muy grande, de labios tan delgados que eran solo una raya. Los dos muy serios, sobrios, elegantes, sin duda alguna inteligentes…, y millonarios.

—Bueno —casi masculló Bannion—…, ¿qué cree usted?

—No creo nada, por ahora.

—Pero descartó tajantemente la cuestión militar.

—¡Esto es sorprendente! —exclamó Song—. ¡Han secuestrado a un general, y usted dice que descarta *tajantemente* la cuestión militar!

—¿De qué puede servir a nadie un hombre que no sabe más que cualquier soldado? —preguntó Lili.

—¡Tiene que haber algo!

—Señor Song, si hubiese alguna cuestión militar de por medio *a mí me lo habrían dicho*. Así que busquemos otros móviles. Por ejemplo, una venganza.

—¿Una venganza? —Se pasmó Yi—. Venganza… ¿de qué?

—Debo suponer que aunque entonces no fuese general, este intervino en la guerra entre las dos Coreas, señor Yi.

—Claro que intervino. —Yi no salía de su pasmo—… ¡Y nosotros también! ¡Y muchos más! Pero a quien se han llevado, ha sido a él.

Han elegido a un general. ¡Usted tiene que comprender esto!

—En cuanto a venganzas —deslizó Song—, le recuerdo a usted que la guerra terminó hace veinte años largos. Y por otra parte, puestos a realizar venganzas, no tendrían por qué contentarse con una. Eso sin contar con que Sun Man Kim fue siempre un militar intachable, que respetó siempre nuestro código de honor. Mire, conocemos algunos que… Bueno, hicieron algunas cosas poco agradables. Y por ahí andan, tan tranquilos. ¿Sun Mam Kim objeto de una venganza? ¡Absurdo! ¡Y después de veinte años!

—Y otra cosa —reflexionó Oliver Bannion—: si fuese una venganza ya sabríamos algo. Quizás habrían encontrado el cadáver del general, o los asesinos lo habrían enviado aquí… Ya sabe usted que la venganza es más completa cuando se puede disfrutar observando sus resultados. Para matar secretamente al general y dar el asunto por terminado, no tenían por qué llevárselo: podían asesinarlo en cualquier momento, en la calle, o aquí mismo. Pero él, simplemente, desapareció, sin dejar rastro alguno. ¿Para qué tantas molestias, y por supuesto una planificación del asunto, solo para matarlo? Yo digo que no se trata de eso.

—Quizá pedirán un rescate…

—¡Vamos, señorita Connors…! Pronto se cumplirán cuatro días de la desaparición del general Kim. ¿En todo ese tiempo no habrían hecho contacto ya con Mian para pedirle dinero o lo que fuese?

—Es por cuestiones militares —farfulló Song—. Nosotros hemos hablado mucho sobre esto, señorita Connors. Y hemos llegado a esa conclusión. Evidentemente, los mandos militares coreanos, o norteamericanos, o los que sean, saben más de lo que se dice oficialmente. Sun Man está en conocimiento de determinados asuntos que han interesado a alguien. Eso es todo.

—Y eso es precisamente —dijo Oliver Bannion— lo que yo pienso escribir para mi periódico.

—Bueno —sonrió de pronto Lili—… Yo he venido aquí a hacer algunas preguntas para el mío, señor Bannion, y la verdad, ya no necesito hacerlas, gracias a esta interesante… y tensa conversación.

—Me alegro de que le hayamos sido útiles, se lo aseguro —sonrió también Bannion—. Entonces… ¿dirá usted lo mismo que yo?

—Desde luego que no.

—¿Qué piensa decir, entonces? —Frunció el ceño el británico.
—Pues…
En aquel momento, sonó un teléfono.

4

Solamente Lili y Paek se desconcertaron un poco, mirando alrededor, en busca del teléfono. El siguiente timbrazo, igualmente amortiguado en la distancia, les hizo comprender que estaba en otro lugar de la casa. A mitad del tercer timbrazo, se detuvo. Las miradas que cambiaron unos y otros fue bien expresiva: ¿noticias del general, por fin?

A los pocos segundos apareció la criada coreana, que miró a Mian Sun y dijo algo. La muchacha, así como los otros dos coreanos, y el británico, miraron con leve sorpresa a Paek, que murmuró algo y se puso en pie, mirando a Lili.

—Es para mí —dijo Paek—. Debe de ser uno de mis hombres. Discúlpenme.

Salió de la estancia, dejando a todos sumidos en el silencio. Por fin, Mian Sun ofreció a Lili:

—¿Más té?

—No, gracias.

—Mmm… ¿Para qué periódico trabaja usted, señorita Connors? —preguntó Bannion.

—No es un periódico, propiamente: es una revista semanal.

—Ah. ¿Qué revista?

—¿Piensa usted quitarme el puesto? —rio la rubia.

Bannion se sorprendió. Luego, empezó a sonreír. Iba a dar una respuesta cuando oyeron los pasos precipitados de Paek, que apareció como disparado en la estancia, alterado el rostro.

—¡Tenemos a un hombre relacionado con esto! —exclamó—. ¡Mis hombres lo han capturado, en Pusan, en la casa de… de…! Bueno…

—¿En la casa que mi padre le puso a la bella y dulce Shima, señor Paek? —preguntó suavemente Mian Sun.

—Bueno…

—No debe considerarme tan ingenua —sonrió la muchacha—. Hace tiempo que sé eso, y por supuesto, no me molesta en absoluto. Mi padre es un hombre joven y sano. Tiene derecho a la vida…, según él la elija.

—Bien… En ese caso… Pues sí. Allí es donde mis hombres han capturado a un sujeto.

—¿Quién es? —preguntó Bannion.

—No lo sé. Dicen que ha cerrado la boca como si fuese la puerta de la cámara acorazada de un banco.

—Todas las cámaras acorazadas tienen una llave, claro está —dijo fríamente In Suk Yi.

—Supongo que ordenará usted que traigan a ese hombre a Seúl —añadió Song.

—No sé… De momento, me ha parecido más conveniente ir yo a Pusan.

A fin de cuentas, el general desapareció allí. ¡Y puede que esté en Pusan, o en las cercanías!

—Bien pensado —asintió Bannion—. Entonces ¿piensa ir allá?

—Pues… sí. Creo que es lo más conveniente.

—Espero de su amabilidad, señor Paek, que me permita acompañarle.

Paek parpadeó, y miró un instante a Lili, que se limitó a bajar los párpados.

—Está bien —aceptó el espía coreano—. Y supongo que su colega la señorita Connors también querrá venir.

—Mi jefe no me perdonaría que desatendiese mi trabajo, señor Paek —sonrió Lili—: ¡claro que me gustaría acompañarles!

—Pues en marcha. Hay más de cuatro horas en coche de aquí a Pusan…

—Pero la autopista es excelente —alzó un dedo Bannion—. ¿En qué coche vamos?

—En el mío, claro está. Bien, en marcha… Señorita Kim, le agradezco sus amabilidades. Y naturalmente, en cuanto sepamos algo respecto a su padre se lo comunicaremos.

Las despedidas, si bien matizadas por la cortesía en cuanto a Lili Connors se refería por parte de sus recientes conocidos, fueron rápidas, de modo que en pocos segundos Lili, Paek y Bannion estaban en la calle, caminando hacia donde había dejado

estacionado su coche el coreano. Este se sentó ante el volante, y Lili decidió hacerlo en la parte de atrás con el británico, que cuando ella se sentó y puso sobre sus rodillas el maletín rojo con florecillas azules, lo miró intrigado, y preguntó:

—¿Qué lleva ahí? ¿Una máquina de escribir portátil?

—No, no —rio ella—. Solamente cosas que una chica como yo puede necesitar en cualquier momento.

—Comprendo —sonrió el británico—. Pero en mi opinión, no necesita usted demasiadas… ¿Qué ocurre?

Lili estaba mirando fijamente a Paek, quien, a su vez, miraba con suma atención al espejo retrovisor.

En el momento de la pregunta, el espía coreano se volvía, para mirar hacia atrás directamente por el cristal zaguero. Bannion y Baby hicieron lo mismo.

Vieron el coche que se había detenido en doble fila delante de la casa del general Kim, y del cual salían en aquel momento dos hombres, dos coreanos, que caminaron rápidamente hacia la casa y llamaron a la puerta.

Hubo un velocísimo cambio de miradas entre los tres ocupantes del coche. La primera en reaccionar fue Lili Connors, que abrió la puerta de su lado.

—¡Vamos allá! —exclamó.

En el momento en que se apeaban rápidamente, la puerta de la casa se abrió, y los dos coreanos entraron, al parecer con cierta rudeza. Oliver Bannion palideció, lanzando una exclamación, y enseguida echó a correr hacia la casa. Paek miró un instante, vacilante, a Lili, pero también echó a correr, metiendo la mano en su axila izquierda; si Baby no podía correr como ellos, no era cosa suya… Pero para su sorpresa, la señorita Connors no solo corría tanto como él, sino que ya tenía en la mano una pequeña pistolita, con la que apuntaba hacia el coche, cuyo motor se oía de nuevo. El vehículo saltó rugiendo en dirección al británico, que era el que iba más adelantado, y al parecer no se daba cuenta, quizá porque no había visto a nadie al volante, debido al reflejo de sol en el parabrisas…

En el mismo instante en que el coche parecía a punto de arrollar a Bannion, la pistolita de Lili Connors emitía un suave chasquido, un apagado «plof», y el cristal parabrisas del coche se convirtió en

una extraña telaraña alrededor de un diminuto orificio… Los neumáticos chirriaron cuando el coche perdió la dirección, y Bannion se dio cuenta entonces de lo que ocurría, y saltó hacia un lado, demudado.

El coche pasó cerca de él, siempre rechinando sus neumáticos, dando bandazos de un lado a otro. Por un segundo, Paek había quedado como petrificado, lívido, pero enseguida apuntó su pistola hacia el vehículo, que describía una S tras otra. Paek no llegó a disparar, porque Lili se lo impidió, bajándole el brazo y gritando:

—¡Mejor si queda vivo…!

El coche pasó junto a ellos, y ambos pudieron ver, como en una emocionante secuencia cinematográfica, al coreano que iba sentado ante el volante, echado hacia atrás, crispadas las manos en el aro, muy abiertos los ojos, sobre uno de los cuales caía un reguero de sangre… De pronto, el coche efectuó una S aún más cerrada, colocándose por un instante casi perpendicular a la línea central de la calzada; giró en el aire bruscamente, con extraordinario salto, cayó sobre el techo, rebotó, quedó de nuevo sobre las ruedas, se deslizó de lado, volvió a saltar, cayendo ahora en uno de los pequeños jardines, y en el acto fue envuelto por una resplandeciente llamarada, enorme, que convertiría en suicidio cualquier acercamiento.

Lili y Paek corrían de nuevo hacia la casa. Empujaron la puerta, pasaron por encima de la criada, que yacía en el suelo con una brecha sangrienta en la cabeza, y se precipitaron hacia el interior, donde en aquel momento sonaba un disparo, amortiguado. De la sala donde habían estado tomando el té minutos antes, salió Oliver Bannion, como empujado por una gran mano invisible, rodó por el suelo, y se puso en pie como un perfecto acróbata, mirando a todos lados ansiosamente.

No parecía asustado en absoluto: solo ansioso, buscando algo…

—¡Quédese aquí! —le ordenó Lili, pasando junto a él.

Ella y Paek se asomaron velozmente un instante al interior de la sala, y vieron al hombre que acababa de disparar contra el británico, acercándose ahora al otro, que sujetaba fuertemente a Mian Sun con un brazo y tenía en la otra mano algo que, desde luego, no era una pistola.

Fue este hombre quien gritó el aviso a su compañero, y este se

volvió, alzando de nuevo la pistola.

¡Crack!, crujió la pistola de Paek. El hombre recibió la hala en el centro de la frente, y saltó violentamente hacia atrás, lanzando el arma hacia arriba con tal fuerza que causó desperfectos en el inmaculado techo blanquísimo.

El otro coreano, sobresaltado, había soltado a Mian Sun, que cayó de rodillas y luego de bruces, blandamente. Sus desorbitados ojos miraban a Paek, que le apuntaba con la pistola, fríamente; el hombre gritó algo, saltó hacia un lado, sacando su pistola…

Plof, chascó la pistolita de Baby. La bala acertó al coreano en un hombro, haciéndolo girar, pero se colocó rápidamente de rodillas, sujetando con rabia la pistola, dispuesto a disparar. La pistola de Paek crujió al mismo tiempo que se oía otro chasquido en la diminuta arma de Baby, y esta vez, el coreano cayó hacia atrás, con dos halas en la cabeza, rebotando sobre sus piernas dobladas y quedando tendido de un modo grotesco.

Bannion acababa de entrar, y, pese a que In Suk Yi y Jung Pyo Song eran quienes más cerca estaban de la entrada, caídos en el suelo, el británico se precipitó hacia Mian Sun, demudado el rostro. Pareció que fuese a abrazarla inmediatamente, pero en el momento en que Lili se disponía a recomendarle prudencia al mover a la muchacha, Oliver Bannion se calmaba, y, arrodillado junto a ella, se limitó a poner dos dedos en un lado del cuello de la muchacha. Cuando alzó la mirada, retirando los dedos, Lili estaba frente a él, también arrodillada, mirándole interrogante.

—Está viva —murmuró con voz ronca Bannion.

La espía americana asintió, y fue a examinar a uno de los hombres, el primero en caer bajo los disparos de Paek, mientras este daba vuelta al otro y comenzaba a registrarle. Ni siquiera cambiaron información sobre el estado de los dos coreanos, cuya defunción no admitía ni siquiera comentarios.

Desde la calle llegaban ahora gritos, y también llegaba hasta allí el rugido del fuego que estaba consumiendo el coche.

Acto seguido, sabiendo ya que nada se podía hacer por los intrusos, Lili se acercó a uno de los dos amigos de la casa, por los cuales no había temido en ningún momento, ya que nada más verlos había comprendido que solo habían sido golpeados.

Jung Pyo Song estaba todavía sin sentido, pero In Suk Yi se

removía en el suelo. Paek le ayudó a ponerse en pie, mientras Lili se acuclillaba junto a Song, y le reanimaba suavemente, sin brusquedades. Tenía un golpe en un lado de la cabeza, mientras que In Suk Yi mostraba el fuerte impacto de una pistola en la frente.

Al ver a Mian Sun tendida en el suelo, Yi lanzó una ahogada exclamación y quiso precipitarse hacia la muchacha, pero Paek le contuvo.

—Tranquilícese —dijo en inglés—… Solo está narcotizada, señor Yi. ¿Usted está bien?

In Suk Yi farfulló algo en coreano, y se acercó a Song, que había abierto ya los ojos, y miraba sin comprender nada a Lili, que le sonrió amistosamente.

—Todo está bien, señor Song. Quédese como está. Creo que es lo mejor. Espero que el señor Paek pueda controlar debidamente la situación, para que no se arme aquí demasiado alboroto. Y desde luego, convendría que les viese un médico.

Song había visto a Yi mirándole, junto a él; cerró los ojos y se quedó inmóvil, respirando acompasadamente. Dejándolo al cuidado de Yi, que se había recuperado bastante, Paek salió de la sala para telefonear, y Lili se acercó a Bannion, que permanecía arrodillado junto a Mian Sun. Lili recogió del suelo una gasa doblada varias voces, la olió precavidamente, y enseguida la tiró hacia un extremo de la sala.

—Querían narcotizarla…, y al parecer, lo han conseguido, aunque no completamente. Parece que empieza a despertar.

Mirándola fijamente, Bannion murmuró:

—¿Se da usted cuenta de lo que esto significa?

Lili también se quedó mirándolo fijamente.

—Pues no, no me doy cuenta… ¿Usted sí, señor Bannion?

—Está bien claro que querían llevársela viva, sin duda alguna al mismo sitio donde está el general Kim. ¡Y no me diga que no se le ocurre el motivo!

—¿Qué se le ocurre a usted?

—Mucho me temo que estén torturando al general… Pero debe de estar resultando demasiado duro, así que querían llevarse a su hija, para presionarlo con ella.

—Es una deducción muy interesante…, y a decir verdad, me parece incluso provista de cierta lógica. Pero ¿para qué están

torturando al general Kim?

—¡Para que les diga lo que sabe!

—No sabe nada —dijo tajantemente Lili Connors.

Bannion frunció el ceño.

—Su firmeza en esa postura es asombrosa, señorita Connors. Y a propósito: dispara usted muy bien.

Lili Connors movió los labios en lo que podía parecer una sonrisa. Luego, con su barbilla hendida por el hoyuelo vertical, señaló a Mian Sun Kim.

—¿La ama usted, señor Bannion? —murmuró.

—¿Le parece increíble? —preguntó a su vez el británico. En aquel momento entró Paek.

—Van a venir algunos de mis hombres para atender esto en colaboración con la policía. También vendrá una ambulancia que llevará a un hospital a los señores Song y Yi… Y supongo que deberán hacer lo mismo con la señorita Kim. ¿Cómo está?

Se acercó, y se quedó mirando a Mian Sun.

Lili le dio unos golpecitos en las mejillas, y la muchacha se agitó y parpadeó. Segundos después miraba ya consciente, pero todavía sin comprender, a quienes la rodeaban. De pronto, lanzó una exclamación, y quiso sentarse, pero Oliver Bannion la sujetó, apoyando una mano en su hombro.

—No te muevas —susurró—… Pronto vendrá una ambulancia, Mian.

—¿Qué… qué ha pasado…?

—Creo que querían llevarte con tu padre…, aunque la señorita Connors no parece estar de acuerdo con esta teoría.

Se quedaron todos mirando a Lili, en silencio, hasta que Song masculló:

—¿Cuál es su teoría, entonces, señorita Connors?

—Ninguna.

—Es usted una periodista con escasa imaginación, en ese caso —dijo con evidente intención Bannion.

—Los periodistas, señor Bannion, no debemos tener imaginación. Eso se queda para los novelistas. Nosotros debemos ser absolutamente imparciales y objetivos, y contar lo que es evidente e indiscutible, no hacer cábalas o teorías. ¿No está de acuerdo?

—Bueno —sonrió Bannion de pronto—, ¡es usted un hueso duro de roer, señorita Connors!

—Es su teoría —sonrió también Lili—. Otras personas opinan que soy una perita en dulce.

—Todo esto está retrasando mi viaje a Pusan —intervino Woo Young Paek—. Si todavía piensan ustedes acompañarme…

—Yo no —cortó Bannion—. ¡Desde luego que no! Voy a quedarme con Mian Sun, naturalmente.

—Si lo hace para protegerla, no debe preocuparse, señor Bannion: mis hombres se encargarán de eso a partir de ahora.

—A mí se me ocurre algo mejor —murmuró Song—. Después de pasar por el hospital, creo que Mian Sun no debería volver a esta casa, por ahora. Podríamos tenerla en mi casa, o en la de Yi… ¡No! ¡Se me ocurre algo mejor! ¡La casa de Moo Sik Bae!

—¡Es cierto! —exclamó Yi—. ¡Nadie se atreverá a molestarla allí!

—¿Por qué no? —se interesó Lili.

—¿Conoce usted la casa de Moo Sik Bae?

—Claro que no.

—Es… una pequeña fortaleza. Manías de viejo. Como sea, le aseguro que no es fácil entrar en ella. Y todavía es menos fácil salir. Mian Sun estará debidamente protegida allí. Ni siquiera serán necesarios sus hombres, señor Paek.

—Si realmente están convencidos de eso, por mí no hay inconveniente —aceptó Paek—. Lo cierto es que, dadas las circunstancias, creo que puedo encontrar ocupaciones adecuadas para todos mis hombres. Bien… Yo tengo que partir hacia Pusan. ¿Señorita Connors?

—Voy con usted, desde luego.

Todavía esperaron unos minutos, a que llegara la policía y los dos primeros hombres de Paek, a los que este impartió unas breves instrucciones en su idioma. Finalmente, Paek y Lili abandonaron la casa, en el momento en que llegaba una ambulancia. Seguidos por las miradas de los curiosos que se habían congregado allí, fueron a donde el coche de los coreanos continuaba ardiendo. Dentro pudieron ver el cadáver del hombre que lo había conducido. Se miraron, movieron la cabeza, y continuaron caminando hacia el coche de Paek.

Poco después, tras recorrer el III Puente sobre el río Jan, entraban en la autopista Seúl-Pusan.

5

—¿No tiene apetito? —preguntó Paek.

—Simplemente, no pienso en ello. ¿Falta mucho para Pusan?

—Algo más de una hora. Si lo desea, podemos detenernos a comer algo.

—No.

Era un día espléndido, anuncio de la ya cercana primavera. La estupenda autopista desaparecía bajo el morro del veloz coche del espía coreano, que conducía con seguridad y soltura. A ambos lados, el bello paisaje coreano, en el que, en ocasiones, a lo lejos, había destacado alguna montaña todavía con nieves en la cumbre.

Paek señaló de pronto hacia la derecha.

—Si realmente fuese usted una turista y yo su agente de viajes, no tendríamos más remedio que desviarnos pronto —sonrió—… Sería imperdonable que usted no visitase el Templo de Jae In.

—¿Por qué?

—¿Cómo, por qué? —Pareció irritarse el coreano—. ¡Para ver la Tripitaka, naturalmente!

—Ah.

—¡No me diga que no sabe lo que es la Tripitaka!

—Desconozco Corea, pero no soy tan ignorante, señor Paek: sé lo que es la Tripitaka.

—¿Qué es?

Lili se echó a reír.

—Es evidente que usted no cree que yo lo sepa. Bueno, según tengo entendido la Tripitaka es una biblioteca escrita en tablas, con un total de unas ciento sesenta mil páginas. Creo recordar que los primeros cinco mil volúmenes fueron… instalados en Jae In hacia el año mil doscientos treinta y dos, pero fueron quemados durante una invasión de los mongoles. Mientras los coreanos llevaban a cabo una heroica resistencia contra la invasión mongólica, esos

volúmenes fueron escritos de nuevo, durante veinte años. Y se añadieron otros, hasta alcanzar la cifra de ochenta mil. Luego, se fueron añadiendo más y más, hasta la cifra actual de ciento sesenta mil. ¿De qué habla una biblioteca tan curiosa y extensa?: pues de la religión de Buda. O, como le llaman ustedes, Sakia Muni. ¿Correcto?

—Muy aceptablemente correcto —sonrió el coreano—. Temí que iba usted a decepcionarme.

—Celebro que no haya sido así. Y ahora, señor Paek, como premio a mi cultura coreana, sea tan amable de poner punto muerto y apagar el motor.

—¿Qué…?

—Que ponga punto muerto y apague el motor. De este modo, el coche seguirá rodando prácticamente en silencio por esta magnífica autopista.

Young Paek parpadeó, desconcertado, pero hizo lo que le pedía la espía americana. Puso punto muerto, apagó el motor, y el coche, siguiendo el impulso de la veloz marcha, continuó rodando. Ahora solo oían el leve crujir de los neumáticos sobre la autopista…

Es decir… No.

No fue solo eso lo que oyó Voo Young Paek.

—¿Es un helicóptero? —musitó.

—Eso me pareció oír. Y ahora, estoy segura. Vuelva a poner la marcha. Y no reduzca la velocidad.

Paek dio de nuevo el encendido, puso directamente la cuarta marcha, y dio gas. El coche volvió a recuperar su velocidad. Lili bajó el cristal de la ventanilla de su lado, y se asomó, haciendo un gracioso escorzo.

—Está acercándose a nosotros por detrás —dijo, volviendo a sentarse normalmente.

—Bueno… ¿Y qué? No es nada extraordinario… ¿Qué es eso?

—Ocúpese de conducir. Solo de eso, por favor.

Lili había abierto su maletín, y de él sacó el secador de cabello a pilas, y acto seguido el pequeño trípode de patas de aluminio que, para cualquiera, era solo un auxiliar para tomar fotografías fijas. Sin embargo, el trípode quedó desmontado en pocos segundos, y luego fue ensamblado, formando un solo tubo, que Baby encajó en el secador de cabello.

—Pero… ¿qué está haciendo? —insistió Paek, que miraba de reojo los manejos de Lili.

—Siga conduciendo. Si no pasa nada, mejor.

Sus palabras parecieron una señal. Por delante del coche, en la autopista, aparecieron unas nubecillas de polvo, como diminutas explosiones, al mismo tiempo que, desde arriba, llegaba el crepitar de un arma. Paek se volvió a mirar a Lili, tenso el rostro.

—¡Nos están disparando! —gritó.

—Eso me temía. No se detenga.

—¡Pero…!

Lili había sacado tres pequeñas ampollas de color rojo, dos de las cuales se las introdujo en la boca, cuidadosamente. La otra, la deslizó por el tubo de aluminio. Luego, manteniendo este en alto, se asomó de nuevo por la ventanilla…, en el momento en que el helicóptero, tras lanzar su sombra sobre el coche, pasaba por encima de este, rebasándolo, y salpicando de balas la carretera, a su derecha. En un instante, el coche quedó atrás, mientras el helicóptero, más allá, iniciaba la vuelta.

—¡Debemos parar! —exclamó Paek—. ¡Van a hacernos pedazos si seguimos en el coche!

—Sería peor intentar huir a pie, señor Paek.

—Pero… ¡nos van a acribillar! ¡Podemos detener el coche, y correr a refugiarnos en las rocas! ¡No podrán alcanzarnos con las balas, si nos ocultamos entre rocas! ¡Ahí vuelven…!

El helicóptero, en efecto, volvía hacia ellos, directo, por encima de la autopista, que enseguida comenzó a reventar en pequeños surtidores de los que brotaban chispas. Sin vacilar, Paek desvió la marcha hacia el canal de su derecha, con suave giro de volante, de modo que la lluvia de balas trazó una línea recta de puntos en la carretera a la izquierda del coche… Con feroz rugido, el helicóptero volvió pasar por encima de ellos, ahora hacia atrás.

—¡Debemos salir del coche! —insistió Paek.

—De acuerdo. Frene.

Paek metió el pie con fuerza en el pedal del freno, y el coche, chirriando los neumáticos, se detuvo unos sesenta metros después. Salieron los dos rápidamente, y el coreano señaló hacia las formaciones rocosas que había a su izquierda.

—¡Vamos a cruzar la autopista y nos esconderemos allí! ¡Si

quieren cazarnos, tendrán que bajar, y entonces…! ¿Qué espera? ¡Corra!

Lili Connors no le hizo el menor caso. Apoyó los codos en el coche, sosteniendo el tubo-fusil, y apuntó hacia el rugiente monstruo plateado que se acercaba de nuevo a ellos. Como si su vista fuese talmente telescópica, la espía vio perfectamente al hombre que se asomaba por un lado del helicóptero, empuñando una metralleta.

Apuntó apenas dos segundos, y apretó el botón que se suponía ponía en marcha un inofensivo secador de cabello. Paek oyó un leve bufido en el tubo-fusil, y casi simultáneamente, la explosión, por encima de ellos. Desorbitados los ojos, miró hacia el helicóptero, y todavía pudo ver la bola de fuego que parecía desintegrarse en esquirlas de metal y vidrio, dejando en el centro una bola de humo que inmediatamente comenzó a estirarse hacia arriba…

Algo parecido a una bofetada de calor llegó hasta los dos espías, y el estampido atronó sus oídos, pareció una cosa tangible que tocase sus rostros. Y todavía estaba el reventado helicóptero salpicando chatarra sobre la autopista y a ambos lados cuando Lili dijo:

—Sigamos.

Y se metió en el coche.

Estuvo esperando unos segundos, y luego se echó hacia el asiento de Paek, que permanecía fuera del coche, mirando hacia la bola de humo, lívido, petrificado.

—¡Paek!

El coreano reaccionó. Se sentó ante el volante, aspiró hondo, y miró a la rubia de los ojos verdes. Pareció a punto de decir algo, pero desistió. Lili sonrió amablemente.

—Será mejor que nos marchemos de aquí antes de que tengamos que dar explicaciones. Aunque usted podría solventar cualquier dificultad en ese sentido, yo prefiero trabajar sin más contactos con la policía, si es posible. Vamos, Paek, ¡no me diga que está asustado!

—No sé —murmuró el coreano—… Por lo menos, estoy impresionado, desde luego.

—Ya se le pasará. Vámonos.

El coche partió, alcanzando en pocos segundos la máxima

velocidad, dejando atrás algunos vehículos que se detenían en el lugar de la explosión. Tranquilamente, Baby procedió a desmontar el tubo-fusil, y a guardar las dos ampollas de explosivo incendiario especial que le habían sobrado. Cuando su maletín recuperó el inofensivo aspecto, lo dejó sobre sus rodillas, y encendió dos cigarrillos, tendiendo uno a Paek.

—Avíseme cuando estemos a menos de cincuenta millas de Pusan, por favor.

—Sí, bien.

Esto sucedió unos treinta minutos más tarde. Para entonces, la rubia había manipulado ya en la pequeña radio, colocando la onda secreta normal de la CIA en Corea. Apretó el botoncito de llamada, y en el acto oyeron una voz de hombre, en coreano.

—No hablo coreano —dijo Lili, en inglés.

—¿Quién es usted? —preguntaron ahora en inglés.

—¿Lo entenderá si le digo que, recién llegada a Corea, tengo el mando absoluto de toda la zona, Simón?

—*¡Baby!*

—Exactamente. Estoy llegando a Pusan, para entrevistarme con un hombre que ha sido detenido por los agentes coreanos en la casa de la amante del general. ¿Saben algo de esto, o han estado dormiditos?

—¡Claro que lo sabemos! Hemos estado llamando a Seúl, pero nadie…

—La onda ha sido cambiada.

—Temíamos que hubiese ocurrido algo… Dos de los nuestros han partido hacia Seúl, para localizar a Simón-Seúl.

—Ha sido retirado de la circulación. Y ustedes harán lo mismo después de informarme. ¿Cómo están las cosas en la casa de la coreanita?

—Bueno, hay unos cuantos muchachos del servicio secreto coreano, y tienen al sujeto que llegó: es un muchacho coreano. Sigue ahí. Parece que están esperando algo.

—Así es. Bien, coloquen la onda de emergencia KA-3909 en sus radios y dedíquense a descansar. Si los necesito, los llamaré. Mientras tanto, con esa onda, comuniquen con Simón-Seúl, digan que todo está bien, que yo estoy en Pusan, y que oportunamente le iré informando. ¿Comprendido?

—Sí, sí. Pero si podemos…

—Si les necesito, les avisaré, Simón. ¿*Okay*?

—*Okay*.

Lili cerró la radio, la guardó, y miró a Paek, que encogió los hombros y masculló:

—Me parece que ahora empiezo a comprender algunas cosas que siempre me sorprendieron sobre su supervivencia, Baby.

—Es solo cuestión de suerte —sonrió la divina.

El coreano soltó un fuerte bufido, y no dijo nada más.

Casi una hora más tarde, tras bordear el Monte Kuwol, Paek detenía el coche frente a una hermosa casita, cercana a la orilla del lago Sonri. Paró el motor, se pasó las manos por la cara, y señaló hacia la casita, sin más, fiel a su silencio.

—Vamos allá —murmuró Lili.

Se apearon y fueron hacia la casa.

Pasaron cerca de un coche al volante del cual había un coreano, que captó la seña de Paek, y permaneció impasible ante el volante…, aunque relucientes sus ojos al fijarlos en la rubia de los ojos verdes.

La puerta de la casa fue abierta por otro coreano, con el cual cambió Paek un rápido y breve diálogo. Tras lo cual, Paek frunció el ceño, y miró a Lili.

—Parece que nuestro hombre ha soltado su lengua… Digamos que ha abierto la caja fuerte. Pero nunca adivinaría usted lo que ha dicho.

—Supongo que no —movió la cabeza Lili—. ¿Qué ha dicho?

—Que es el amante de la amante del general.

—Ya —casi sonrió la espía—… ¿Y qué sabe del general?

—Absolutamente nada. Ha dicho que él siempre sabía cuándo estaba aquí el general, y que entonces no se acercaba, naturalmente. Pero que cuando el general no estaba, venía a la casa para hacer el amor con la muchacha… ¡Qué tontería!

—¿Por qué le parece una tontería? —Se sorprendió Lili.

Paek soltó uno de sus bufidos.

—¡Naturalmente, está mintiendo! Tiene que ser del grupo que ha secuestrado al general, y ha venido a esta casa a recoger algo.

—Eso sí que sería una tontería, Paek —rechazó Lili—. ¿Cómo habían de enviar a un solo hombre a recoger algo a una casa que

tenían que saber que estaría vigilada? ¿Qué hizo el muchacho al llegar? ¿Llamó a la puerta, abrió con llave propia, forzó la puerta…?

Paek volvió a hablar en coreano con el hombre que le había informado, asintió, y miro a Lili de nuevo.

—Tenía una llave… ¡Pero muy bien pudieron llevársela cuando estuvieron aquí, o quitársela a Shima!

—Podría ser —aceptó Lili—. Vamos a hablar con él.

Entraron en la sala. Allá había otros tres hombres de Paek, y el prisionero. En cuanto lo miró, Lili Connors sonrió. Era muy joven; vestía casi pobremente, y, sin duda, estaba asustado. Pero era tan hermoso que cualquier mujer tenía que experimentar inmediatamente un hondo sentimiento de ternura hacia él. Se puso en pie al verlos entrar, y se quedó mirando a Lili, con cierta esperanza en el fondo de sus bellísimos ojos negros, grandes, inteligentes. Era un magnífico y hermoso atleta.

—¿Habla usted con él o hablo yo? —preguntó Lili.

—No tengo inconveniente en que lo haga usted, ya que yo lo tendré luego a mi entera disposición.

—Gracias —la espía se acercó al muchacho—… ¿Habla inglés?

La mirada del prisionero se desvió hacia Paek, luego hacia sus hombres, inquieta. Por fin, miró de nuevo a la rubia.

—Sí, un poco —murmuró.

—¿Cuál es su nombre?

—Hong Shong Myung.

—Bien. Vamos a sentarnos, Hong. ¿Un cigarrillo?

Una leve desconfianza apareció en los ojos de Myung. Pero aceptó el cigarrillo, y se sentó frente a Lili Connors, en otro almohadón, dejando entre ambos la mesita lacada, todavía con el servicio de té. Se dedicó a fumar, con la mirada fija en la mesita.

—Explíqueme eso de sus relaciones con Shima, Hong.

Él la miró.

—¿Quién es usted? ¿Qué está pasando? ¿Dónde está Shima?

—Le voy a contestar por orden —sonrió Lili—. Yo soy una espía americana, que ha sido enviada a Corea para encontrar al general Kim, que ha desaparecido en compañía de un agente de la CIA, un compañero mío. También ha desaparecido, creemos lógicamente que al mismo tiempo, la bella Shima. Eso es lo que está pasando.

Respecto al paradero de Shima…, y creemos que, por lo tanto, el paradero también del general Kim y de mi compañero de la CIA, no tenemos ni idea. Hemos pensado que usted sabría algo al respecto. ¿Me he explicado?

Hong Song Myung había palidecido, y al mismo tiempo estaba tan asombrado que no conseguía reaccionar. Por fin, murmuró:

—Yo no sé nada de todo eso.

—¿Qué es lo que sabe usted… de lo que sea?

—Solo sé que amo a Shima. Nos amamos. Pero ella no ha querido nunca despachar al general Kim, porque él la cuidaba bien, le daba dinero, le hacía regalos generosos… Además, tenía un poco de miedo de la reacción del general si le decía que no quería que viniese más a visitarla. Shima pensaba que el general podía… enfadarse conmigo tanto como con ella.

—Entiendo. Así que se veían cuando el general estaba en Seúl.

—Sí. Ella… ella decía que quizá muy pronto dejaría al general, y se vendría a vivir conmigo. Pero creo que estaba esperando que fuese él quien la despidiese a ella; así no tendría que temer por mí.

—Comprendo perfectamente que una muchacha como Shima tuviese la compensación que significa usted después de sus contactos con un hombre de más edad y sin duda menos atractivo —sonrió siempre muy amablemente Lili—… Esa es una situación corriente en todo el mundo. Pero… ¿realmente el general era hombre propicio a una reacción de esa clase? ¿Shima lo considera cruel, o vengativo…?

—No, no. Ella siempre dice que es un buen hombre, pero… Bueno, un hombre burlado de este modo, y más si es tan poderoso como el general Kim, pues… podría haber enviado a alguien a… molestarme.

—Ya. ¿Eso es todo?

—Sí.

—Bien. Podemos…

—¡Eso no es todo! —Intervino hoscamente Paek—. ¡Vamos, no es posible que usted se deje engañar de ese modo, Baby!

—¿Cree que el muchacho me está engañando? —Lo miró Lili, alzando la cabeza—. ¿Cuál cree usted que puede ser la verdad, Paek?

—Es mucho menos complicada que todo eso que ha contado él.

Él forma parte del grupo que ha secuestrado al general, y ha venido aquí a buscar algo. ¡No puede ser otra cosa! ¡Seguramente, este hombre ni siquiera conocía de antes a la muchacha!

—La conocía muy bien —murmuró Myung—. Sé todo sobre ella. Ella mismo me contó que había sido una *kiseng*, y que el general la sacó de la casa. Shima me contó toda su vida, su infancia miserable, su agradecimiento al general… Todo. Cuando la conocí, un atardecer, en el Parque Kumgang, yo estaba en Pusan pasando unos días por cuestiones de trabajo. Tenía que regresar dos días más tarde a Chungmu, pero me quedé… La estuve espiando, vi una de las visitas del general. Cuando él se marchó, vine a hablar con Shima, y le dije que iba a quedarme aquí, en Pusan, con ella, para siempre…

—¡Una historia de amor! —Gruñó Paek.

—Y muy bonita —sonrió Lili—. ¿Qué más, Hong?

—Shima no quiso que me quedara en Pusan. Pasamos juntos aquel día…, y la noche, aquí, en esta casa. Pero ella me dijo que no podía quedarme en Pusan… Me lo explicó todo. Y no tuve más remedio que aceptar su decisión, conformándome con venir a verla de cuando en cuando, esperando el momento de poder llevármela…

—¡Ya basta de tonterías! —Rugió Paek—. ¡Queremos la verdad, no una historia de amores desgraciados! ¡Y nos la vas a decir!

Dio un paso hacia Hong Shong Myung, y le golpeó ferozmente en el estómago con un pie. El muchacho lanzó un grito de dolor, y cayó de lado, demudado el rostro. Paek le siguió, y comenzó a patearlo furiosamente, bramando en coreano una larga serie de amenazas…, hasta que Lili, que se puso rápidamente en pie, lo apartó, casi derribándolo pese a que solo le dio un leve empujón con la palma de la mano.

—¡Basta, Paek!

—¡Este maldito perro…! ¡Está mintiendo, quiere tomarnos el pelo!

—Quizá sea así. Pero tranquilícese. Su actuación no corresponde a su categoría, Paek.

—¿Qué quiere decir?

—Guarde la violencia para cuando sea imprescindible. Y cumpla su palabra de dejarme hablar con el muchacho. ¿De acuerdo?

—Mire… Si a usted le gusta escuchar tonterías, a mí no.

—Pues no las escuche cuando sea su turno. Hasta entonces, yo dirijo el interrogatorio. O eso, o que cada cual trabaje por su lado.

—¿Acaso cree que no podremos conseguir nada sin su colaboración?

—Tómelo o déjelo. O seguimos juntos, o me voy ahora mismo.

Paek cerró un instante los ojos.

—Está bien —aceptó, de mala gana—. No pienso desobedecer órdenes de mis superiores por una tontería como esta. Ya me dirá cuándo deja a este sujeto en mis manos.

—Se lo diré —asintió Lili; se inclinó hacia Myung, y le ayudó a sentarse de nuevo frente a ella—… ¿Se encuentra bien, Hong?

El muchacho lanzó una mirada centelleante como un cuchillo hacia Paek, y luego asintió.

—Estoy bien, sí.

—Me alegro. Ya ve cómo están las cosas. Comprenda que no somos tan tontos de creernos todo lo que usted nos diga. ¿Podría demostrar de algún modo lo que me ha dicho?

—No tengo por qué hacerlo.

—¿Eso cree? Bueno, en tal caso mucho me temo que va a pasarlo muy mal en manos de mi colega. Por otro lado, si seguimos ocupándonos de usted y resulta que estamos perdiendo el tiempo, ese tiempo puede ser vital para Shima. Si nos convence de que no tiene nada que ver con lo sucedido, lo dejaremos en paz, y nos moveremos en otras direcciones. Y quizá tengamos suerte.

—¿Cómo quiere que le demuestre lo que he dicho…? No sé. Bueno… Tengo algunas cartas de Shima, que ella me ha estado enviando a Chungmu. Y algunas fotografías… ¿Sería suficiente?

—¿Dónde tiene las cartas y las fotografías?

—En mi apartamento de Chungmu, naturalmente.

—Veamos… Yo no conozco Corea tan bien como usted. ¿Qué es Chungmu? ¿Un distrito de Pusan?

—Una localidad del Sur —gruñó Paek—. Está a cuarenta millas de Pusan, en la costa.

—Ah… ¿Va usted y viene en coche, Hong?

—No tengo coche. Acostumbro venir con el «Ángel». Lili alzó las cejas, mirando de nuevo a Paek.

—El «Ángel» es un vapor hidrográfico, que hace un recorrido por entre las islas del Sur.

—¿Quiere decir que es una de esas encantadoras y veloces embarcaciones que parecen volar suspendidas sobre el agua, y que tanto gustan a los turistas? —sonrió Lili.

—Exactamente.

—Pues no quisiera perderme un paseo en el «Ángel» —sonrió de nuevo la espía—, de modo que iremos a Chungmu a ver si Hong dice la verdad.

—¿Cree usted que estamos en condiciones de perder el tiempo en esas cosas? —preguntó fríamente Paek.

Lili Connors frunció el ceño, se incorporó, y se reunió con Paek, llevándolo tomado de un brazo a un rincón de la estancia. Estuvieron conversando allí un par de minutos. Luego, la hermosa rubia salió de la sala, y Paek se acercó a Hong Shon Myung, mirándolo con expresión nada tranquilizadora.

—Tienes suerte de que hayamos hecho un trato con la CIA, perro —masculló—… ¡Pero ya caerás en nuestras manos!

—Le aseguro que yo no…

—¡Cierra la boca! —bramó Paek.

Y se lanzó contra él, como perdido el control, con una furia inaudita que incluso sorprendió a sus hombres. Volvió a golpear al muchacho con un pie en el vientre, y en un costado, y cuando Myung se decantaba, le golpeó también en la barbilla, siempre con el pie… Hong Shong Myung gimió fuertemente, sus ojos quedaron en blanco, y cayó desvanecido. Paek se acuclilló junto a él, se aseguró de esto y dijo:

—Ya está.

La señorita Connors reapareció. Se acuclilló también junto a Myung, y movió la cabeza con gesto de pesar.

—Lo siento, pero teníamos que hacerlo.

—Su plan es bueno —farfulló Paek—. Bien, ya se lo he dejado sin sentido. ¿Qué está esperando?

Lili sacó de su maletín un pequeño emisor de señales, y lo colocó en un doblez de las ropas de Myung, asegurándose de que no caería. Ya convencida de esto, miró a Paek.

—¿Vendrá alguno de sus hombres con nosotros?

—Creo que es conveniente.

—Entonces adviértale de lo que hemos preparado. Si este muchacho nos ha dicho la verdad, no ocurrirá nada, y veremos esas

cartas y esas fotografías. Pero si nos ha mentido, intentará escapar… y nosotros no debemos impedirlo. Si escapa, podremos localizarlo muy pronto con mi receptor de señales del emisor. ¿Está claro?

—Naturalmente.

Paek se dirigió a uno de sus hombres, al que puso al corriente del plan de la espía americana. El coreano comprendió entonces la última brutalidad de su jefe, miró a Lili con admiración, y asintió. Conforme: si Myung escapaba, tanto mejor para todos, porque cuando lo localizasen por medio del receptor, quizá localizasen también al general. Kim.

Hong Shong Myung recuperó el conocimiento unos minutos más tarde. Junto a él, estaba la amable rubia, que sonrió como disculpándose.

—No volverá a suceder, Hong. Pero será mejor que no provoque a mi colega.

—No le he provocado —susurró el muchacho—… Todo lo que yo quería era decirle que no sé nada de este asunto.

—Está bien. ¿Le parece que vayamos a ver esas cartas, Hong?

Myung asintió. Se puso en pie, y salieron de la casa él, la espía americana, Paek, y uno de los hombres de este, que se puso al volante del coche de Paek. Este se sentó a su lado, y Lili y Myung en el asiento de atrás.

—A la terminal del «Ángel» —masculló Paek.

Poco más tarde, en la terminal del vapor, que navegaba suspendido sobre ligeros flotadores, Lili decidió que fuese Myung quien adquiriese los pasajes para los cuatro, y, con habilidad, y naturalidad, tanto ella como los dos espías coreanos relajaron la vigilancia. La oportunidad era buena para Hong Shong Myung, pero este se limitó a obtener los pasajes y regresar junto a los decepcionados espías.

Casi veinte minutos más tarde, el «Ángel» zarpó. Era una estilizada y bella embarcación, blanca, con una delgada franja azul a la altura de la borda, y otra, que llegaba hasta la quilla, a partir de la que habría sido línea de flotación si el barco hubiese navegado directamente sobre el agua. Pero, suspendido sobre los esbeltos flotadores, el casco del «Ángel» solo tocaba el agua que aquellos salpicaban en su veloz marcha, superior a las treinta millas marinas

por hora. En la popa, ondeaba la bandera coreana.

Paek la señaló.

—¿Conoce también todo el significado de nuestra bandera?

—Me temo que no —sonrió Lili.

—En coreano la llamamos *Tae Guk Ki. Ki* significa Bandera, y *Tae Guk*, significa Cosmos. Observe el círculo dividido en dos partes, una roja y una azul; la parte azul, significa la sombra, y la parte roja, el sol. Según la filosofía china, expresamos así, de modo filosófico, la dualidad del cosmos, es decir, que hay siempre dos cosas opuestas: sol y sombra, fuego y agua, día y noche, luz y oscuridad, masculino y femenino, calor y frío, activo y pasivo, construcción y destrucción…, así hasta el infinito. Nosotros creemos que mientras esto exista, es decir, esta dualidad, este movimiento constante, existirá también la armonía y el equilibrio en el cosmos.

—Interesante. ¿Y las rayas negras? ¿Tienen algo que ver con el *I Chinq*?

—Ah, el libro chino de la adivinación del porvenir —sonrió Paek —… No, no. Las barras negras que rodean el círculo rojo y azul representan las ideas de oposición y armonía. Las tres barras negras de la parte superior izquierda, representan el cielo; las de la derecha, de las cuales hay dos cortadas, como puede ver, representan la tierra. En la parte inferior izquierda, las dos barras enteras con la cortada en el centro, significan el fuego; las de la derecha, que como puede ver están cortadas todas, significan el agua. Es así como *Tae Guk Ki* simboliza gráficamente todos los fenómenos cósmicos según el pensamiento tradicional oriental.

—Casi me avergüenzo de mi bandera, señor Paek.

—¿Por qué? —Se sorprendió el coreano.

—Porque la bandera de Estados Unidos representa cosas mucho más prácticas: cada estrella, un estado, y…

—Oh, bueno, no creo que eso deba avergonzarla —rio Paek—… Todo el mundo sabe que los americanos son muy prácticos. Nosotros, los orientales, en cambio, pensamos de un modo más… espiritual. Es lógico que nuestra bandera tenga unas expresiones diferentes a la suya. Peor son las banderas que no significan nada, que son simplemente una combinación de franjas de colores… Yo diría que se está usted divirtiendo. ¿Me equivoco?

—No demasiado —rio Lili—… Simplemente, me encanta el mar.

—También a mí. Durante mis vacaciones, acostumbro ir unos días a la isla de Chechu, al Sur. Es un lugar muy agradable…, y hay unas bellas muchachas buceadoras que se dedican a la búsqueda de perlas. Naturalmente, hay que visitar el sagrado lugar llamado Cueva de Tres Apellidos. Y el Monte Janla, con su lago Packnockdam… ¡Y sobre todo, si alguna vez va a Chechu, no deje de visitar las cascadas de Chongcheyon y Chongchiyon!, son inolvidables…

—Y usted es en verdad un espía curioso. ¿No será al revés?

—¿Al revés? No comprendo.

—Me pregunto si en lugar de ser un espía metido a agente de viajes…, no será usted un agente de viajes metido a espía.

Paek quedó un instante pasmado. Luego, se echó a reír.

—Realmente, usted es simpática. Sin embargo, a cada instante me sorprende más y más. Desde hace tiempo tengo entendido que Baby no soporta que lo ocurra algo a uno de sus compañeros de la CIA, a un Simón… ¿Correcto?

—Así es —murmuró Lili.

—Pues en esta ocasión, no me parece preocupada por su compañero. No demasiado, al menos.

—No lo estoy. Tengo… el presentimiento de que hay algo extraño en todo esto.

—¿A qué se refiere?

—No lo sé.

—¿Tiene usted poderes de… adivinación, o algo parecido? ¿Como por ejemplo, poderes extrasensoriales, o es quizá una vidente, o telépata…?

—Me parece que tengo de todo un poco —rio Lili—. Pero no es que adivine nada, Paek: es, simplemente, que… Oh, vamos a dejarlo, no son más que tonterías mías. ¡Qué mar tan azul…!

Paek parpadeó, tras haber estado mirando muy fijamente a Lili durante unos segundos.

—Sí —murmuró—… Es muy azul. Como sus ojos.

—No me importaría que el viaje durase mucho más de lo previsto.

6

Sin embargo, el viaje no duró más de lo previsto. A la hora establecida, el «Ángel» hizo su escala en Chungmu, y los tres espías y el prisionero desembarcaron. Ya en tierra, de nuevo concedieron a Hong Shong Pyung un par de excelentes oportunidades para escapar, pero el muchacho ni siquiera lo intentó.

Tenía motivos para no complicarse la vida: poco después, en su apartamento, sito en un edificio cercano al embarcadero, Pyung ponía en las manos de Lili Connors un paquete de cartas y fotografías. De las cartas se encargó Paek, que leyó algunos párrafos rápidamente, gruñó algo, y asintió, entregándolas a Brigitte.

—Parece que es cierto —masculló.

La espía sonrió, tendiéndole las fotografías.

—Tampoco parece que haya truco en las fotografías, amigo Paek. Pero no se recree demasiado con ellas.

Paek solo comprendió el significado de las palabras de la americana cuando miró las fotos. En algunas de ellas, aparecía la bella Slima, rodeada de flores… En un parque. En otras, estaba dentro de la casa, o en el jardín de esta. Pero había otras en las que aparecía completamente desnuda. Y dos de ellas eran ya de una intimidad total: Shima y Hong, desnudos ambos, tendidos en la esterilla, abrazados, en pleno acto sexual, apasionadísimos.

Paek miró a Hong Shong Myung, que estaba un poco pálido.

—Apostaría —dijo secamente— a que la cámara fotográfica con la que tomaron estas fotografías fue un regalo del general Kim a su amante. Es todo un escarnio. Y desde luego, si estas fotos llegasen a manos del general Kim…

—No tiene por qué suceder esto —dijo Lili, retirando las fotos de las manos de Paek, y devolviéndolas a Myung—… Guárdelas, Hong. Muy bien guardadas.

—¿Qué van a hacer conmigo ahora? —susurró el muchacho.

—Absolutamente nada. Ya hemos perdido demasiado tiempo con usted. No le molestaremos más…, pero a cambio de ello, usted va a hacerme un favor.

—¿Qué favor?

—No haga nada. No salga de su apartamento hasta que yo le avise.

—¡Pero Shima…!

—Nosotros buscaremos a Shima —cortó Lili—. La intervención de usted quizá solo serviría para complicarnos nuestro trabajo. Estoy segura de que entiende perfectamente que nosotros podemos buscar a Shima con más probabilidades de encontrarla que usted.

—Sí… Supongo que sí. Me quedaré aquí. ¿Me avisará cuando… cuando la hayan encontrado?

—Se lo prometo. Hasta la vista, Hong. No podemos entretenernos: hay mucho camino de aquí a Seúl, y quisiera llegar allí antes de la noche.

—Llegaremos —sonrió Paek.

Lili lo miró, pero no dijo nada. Solo poco después, cuando estuvieron en la calle, preguntó:

—¿Por qué está tan seguro de que llegaremos antes de la noche? La distancia hasta Seúl…

—Voy a hacerle una confidencia —sonrió el coreano—: mientras usted iba al servicio en la casa de Shima antes de marcharnos de allí, yo encargué a mis hombres que nos enviaran un helicóptero a Chungmu. Nos está esperando.

—¡Magnífico! —exclamó Lili.

—Lo que no me gusta es dejar suelto a ese muchacho.

—A mí tampoco —casi rio Lili—. Y, confidencia por confidencia, Paek: desde el servicio de la casa de Shima, yo me puse en contacto por radio con mis compañeros, a los que pedí que nos siguieran. Han viajado dos de ellos en el «Ángel», y en estos momentos están tomando posiciones cerca de nosotros para no perder de vista a Hong Shong Myunh. Espero que eso no le moleste. Como sus hombres están tan ocupados…

—Fantástico —consiguió decir por fin Paek—. Bueno, me voy más tranquilo sabiendo que Myung queda bajo vigilancia…

Desde una ventana de su apartamento, Hong Shong Myung estuvo mirando a los tres espías hasta que salieron de su campo

visual. Luego, se dejó caer en un sillón de mimbre, y se quedó mirando las fotografías de Shima, que fue pasando lentamente, hasta llegar a la más íntima de todas, aquella que habían tomado en pleno acto amoroso…

—Shima —susurró—… Shima, Shima, Shima, mi amada…

Shima miró con espanto hacia la puerta del cuarto cuando oyó girar la cerradura. La puerta se abrió, y entraron dos coreanos y uno de los hombres blancos. También Sun Man Kim y Wilson Dover estaban mirando hacia allí, y nada más ver la expresión del supuesto ruso, Dover comprendió que algo malo había ocurrido o iba a ocurrir…

—Tengo noticias para usted, general —dijo el ruso, apenas entrar—: quisimos secuestrar a su hija, pero no lo conseguimos. Hemos tenido tres bajas en Seúl por ese motivo.

—¡Mi hija! —Jadeó Kim—. ¡Ella aún sabe menos que yo…!

—Eso sí lo creo. Pero pensamos hacer con ella algo parecido a lo que hemos hecho con su amante, convencidos de que eso no lo soportaría usted, y nos diría la verdad.

Wilson Dover tragó saliva, y miró a Kim, que parecía petrificado.

—Hemos tenido mala suerte… esta vez —prosiguió el ruso—. Pero insistiremos, naturalmente. Mi situación ha quedado un poco comprometida debido a la pérdida del helicóptero, pero…

—¿Qué quiere decir? ¿Ha perdido el helicóptero? —preguntó Dover, sorprendido.

—Una pequeña catástrofe. Con el helicóptero, algunos de nuestros hombres, al mando de mi compañero, fueron a Seúl, para secuestrar a la hija del general. Se dividieron en dos grupos. Uno de los grupos se quedó en el helicóptero, y el otro fue a la casa del general. Allí, nos informaron, otros de nuestros hombres, que un tal Paek, agente secreto coreano, se disponía a viajar hacia Pusan, acompañado de cierta periodista americana llamada Lili Connors…

—¿Quién pudo informarle de eso?

—¿Qué supone usted, Wilson? —sonrió el ruso.

—No sé. Algún traidor…

—No sea rudimentario. Siempre hay métodos adecuados para tener información sobre ciertas personas. Lo cierto es que nosotros supimos que Paek y la periodista americana estaban en la casa del general. Kim, y que iban a venir a Pusan. Mi compañero lo organizó

todo muy bien… Esperó a que salieran de la casa Paek y la periodista americana…, y otro personaje muy interesante. Entonces, dio la orden de ataque. Tuvieron mala suerte, supongo. Nosotros nos enteramos de eso, y entonces decidimos eliminar a Paek y a la señorita Connors, así que levantamos el vuelo con el helicóptero, y nos fuimos hacia la autopista. Sabíamos ya cómo es el coche de Paek, así que, en el momento que pareció oportuno, atacamos…

—¿Por qué dice «nosotros»? ¿Estaba usted allí?

—No. Simplemente, estaba al corriente de lo que mi compañero iba preparando. No estamos demasiado lejos de Seúl, ¿comprende?, y supongo que no se asombrará de que estuviésemos en contacto por radio. Bien, el hecho cierto es que mi compañero y los coreanos que iban con él se dispusieron a eliminar a Paek y a la americana… ¿Y sabe qué pasó, Wilson?

—No.

—Yo tampoco lo sé exactamente —dijo sombríamente el ruso—, pero los hombres que envié luego en coche a la autopista Seúl-Pusan regresaron con la noticia de que el helicóptero estaba convertido en chatarra repartido por toda la autopista, y que había policías reuniendo pedazos de cadáveres. Del coche de Paek, ni rastro. ¿Qué le parece?

—Supongo que su compañero tuvo un accidente con el helicóptero. ¿Quién es el personaje interesante que salió de la casa del general Kim con Paek y la periodista americana?

—Usted lo conoce bien, con el nombre de Oliver Bannion.

—Ah… Sí, el periodista británico que… que visita con frecuencia la casa del general Kim.

—Sí… Según todas las apariencias, el señor Bannion aspira a convertirse en yerno del general.

—¿Es él quien les ha pasado información…?

—Vamos, vamos… Ya le he dicho que hay muchos medios para saber lo que hablan unas personas que sabemos dónde están.

—¿Tienen micrófonos en la casa del general? —exclamó el agente de la CIA.

El ruso sonrió, y se desentendió de Dover, dedicándose de nuevo a Sun Man Kim.

—Bien, general, las cosas se están poniendo difíciles. Nosotros estamos dispuestos a todo inmediatamente, pero antes de iniciar la

S. W. queremos que usted nos explique la verdad sobre lo que últimamente están tratando los ejércitos de Corea del Sur y de los Estados Unidos. Y le advierto que me estoy cansando de su actitud…, aparte de que se nos termina el tiempo.

—Aunque me arranque la piel a tiras —murmuró Kim— no podré decirle más de lo que ya le he dicho.

—¿Qué es la S. W.? —preguntó Dover.

—La *Spring War*, amigo Dover.

—¿La… Guerra de Primavera?

—Sí.

—Pero… ¿qué guerra es esa? ¿De qué habla usted?

—Tenemos proyectada esa guerra para el día ocho de abril, fecha en la que, según el calendario lunar, los budistas celebran el nacimiento de Sakia Muni. Es una fecha que corresponde ya a la primavera, así que hemos decidido dar esa denominación a nuestros planes: *Spring War*, Guerra de Primavera. Sin embargo, están sucediendo cosas que quizá nos obliguen a adelantar la fecha. Nosotros habíamos confiado en que podríamos… manipular con menos dificultades al general Kim, pero ya nos damos cuenta de que nos va a costar mucho obtener informaciones de él respecto a los planes y posiciones del ejército de Corea del Sur y de las fuerzas americanas que lo apoyan. Así que, antes de que, alarmados por la desaparición del general, ellos puedan tomar posiciones o determinaciones que nos dificultarían nuestra acción, nosotros vamos a iniciar, muy pronto, la Guerra de Primavera…, y esperamos sorprender tanto a coreanos como a americanos.

—Pero… ¿en qué consiste esa guerra? ¿Quiénes van a intervenir en ella?

—Digamos, amigo Dover, que vamos a… organizar un sangriento enfrentamiento de nuevo entre Corea del Norte y Corea del Sur.

—¿Está loco? —chilló Man Sun Kim—. ¡Pero si precisamente las conversaciones están adelantando para…!

—No nos interesa eso, general. No queremos que las dos Coreas progresen en su camino hacia un entendimiento futuro. Así que las vamos a enfrentar. Y lo haremos de tal modo que la contienda será incontenible una vez haya comenzado.

—No comprendo esto —jadeó Dover—… Usted es ruso, estoy

seguro… ¿Qué van a ganar los rusos enfrentando en una guerra a las dos Coreas?

—No hay dos Coreas —susurró Kim—… Nunca debieron haber dos Coreas, sino siempre una sola, nuestra *Tyosen*, Corea. Solo Corea. Pero llegaron ustedes, rusos y americanos, y la dividieron… Dividieron nuestra *Tyosen*, implantaron en ella dos regímenes diferentes, y llegó el enfrentamiento, que costó muchas vidas. Y ahora quieren volver a hacer lo mismo, ahora que hay conversaciones que podrían conducir a que, en el futuro, Corea volviese a ser una sola… Pues bien, ruso: no sé nada de lo que usted me pregunta, pero si lo supiese, no se lo diría aunque delante de mí le arrancase los ojos a mi propia hija… ¿Lo he explicado bien?

El ruso, que había fruncido el ceño mientras escuchaba a Sun Man Kim, sonrió de pronto.

—¿Sabe, general, que acaba de darme una buena idea?

—Lo dudo. ¡Jamás le daré a usted ideas de ninguna clase!

—¡Pero acaba de hacerlo! —Rio el ruso—. ¡Le aseguro que acaba de darme una muy buena idea! Y la vamos a poner en práctica inmediatamente…

—¿Qué pretende Rusia con esa guerra? —preguntó Dover—. ¿Qué esperan conseguir?

—Señor Dover —lo miró amablemente el ruso—, usted jamás regresará a Seúl, ni a parte alguna. Será ejecutado, téngalo por seguro. Pero aun así, espero que comprenda y acepte mi cautela de no explicarle todos nuestros planes. De modo que vamos a dejar ya la conversación, y, en vistas de la terquedad del general Kim, vamos a realizar un nuevo intento para convencerlo de que le sería beneficioso confiarnos los planes que están estudiando americanos y coreanos del Sur en Seúl. ¿Se han enterado de nuestros planes, quizás? ¿Han recibido información al respecto y los americanos en lugar de evacuar Corea han decidido quedarse para ayudar de nuevo a los coreanos del Sur? ¿Quizás algún agente secreto ha observado movimiento de tropas norcoreanas, o algún soldado norcoreano se ha pasado al Sur con la información suficiente para que los mandos militares conjuntos hayan obtenido conclusiones y estén preparando una… defensa secreta cuando el Norte ataque al Sur? Como ve, general Kim, soy muy concreto en mis preguntas. ¿No quiere usted contestar a ninguna de ellas? ¿Ni siquiera a una

sola?

Wilson Dover miró a Sun Man Kim, cuya expresión era hermética, casi hierática. Y el espía americano creyó comprender lo que pasaba en aquel momento por la mente del general coreano: él no sabía nada de aquella inminente agresión por parte de Corea del Norte contra Corea del Sur, y si él no lo sabía, significaba que tampoco lo sabían otros generales, ni nadie de los mandos militares coreanos, ni tampoco de los mandos americanos destacados en Corea… Y puesto que nadie sabía nada, los americanos terminarían sus preparativos de evacuación, y se irían marchando, regresarían a casa, a Estados Unidos. Ese sería el momento en que Corea del Norte atacaría, manipulada por Rusia. Y encontrarían a Corea del Sur inerme, confiada, y sin la ayuda del poderoso ejército americano.

Hasta entonces, el general Kim había estado negando saber nada. Pero si insistía en eso, simplemente tranquilizaría a los rusos, pues estos comprenderían que si Kim no lo sabía, nadie lo sabía, y sus planes se cumplirían. Ahora, Dover estaba seguro de ello, el general Kim estaba pensando en el modo de asustar al ruso, de hacerle comprender que los mandos militares norteamericano y surcoreano sí sabían algo, y que por tanto, estaban preparados. Pero había negado demasiadas veces, y, a decir verdad, de modo muy convincente. ¿Qué podía decirle ahora Sun Man Kim al ruso para convencerlo de lo contrario, de que sí los estaban esperando, que ya tenían noticias de la Guerra de Primavera? Si se limitaba a decir que sí, que lo sabían en Seúl y que los estaban esperando, el ruso pediría datos, informes completos, reseñas de todas las informaciones que tenían en Seúl… Y puesto que esto no era cierto pronto comprendería que Sun Man Kim mentía para asustarle…

Esto tenía que entenderlo Sun Man Kim, pero, evidentemente… de momento no se le ocurría nada para asustar al ruso.

—¿Y bien, general? ¿No tiene nada que decir?

—No quiero decir nada —matizó Sun Man Kim.

—Ya. —El ceño del ruso se frunció—… Bueno, veremos qué tal es su actitud dentro de un rato, cuando hayamos puesto en escena la nueva idea que se me ha ocurrido. Todavía está a tiempo. ¿Detenemos el juego o seguimos con él?

—No le diré nada.

—De acuerdo. Usted lo ha querido.

El ruso se volvió hacia los coreanos, y dijo algo en este idioma. Uno de los coreanos salió. Regresó apenas un minuto más tarde, durante el cual el silencio había sido completo en el cuarto. Entró, dijo algo al ruso, y este asintió. El coreano dio una voz, y enseguida aparecieron en la puerta varios soldados, ocho o diez, apelotonados, como disputándose la primacía por entrar en el reducido cuarto. Finalmente, estuvieron todos dentro, todavía dándose empujones, y mirando con ojos relucientes a la joven Shima, en cuyo rostro apareció una expresión de espanto que conmovió al agente de la CIA. Sin duda, la muchacha fue la primera en comprender de qué se trataba…

Wilson Dover, pese a la evidencia, todavía se resistía a creerlo, y miraba ahora, entre estupefacto y aterrado, al grupo de soldados con uniforme norcoreano. ¿Habían cruzado el paralelo treinta y ocho y estaban ellos en Corea del Sur…, o eran los prisioneros, él mismo, el general, y Shima, los que estaban por encima del paralelo treinta y ocho, en Corea del Norte?

Captó el gesto del ruso, y se sobresaltó. Quiso decir algo, impedir aquello, pero los soldados norcoreanos ya habían saltado todos a la vez sobre Shima, que comenzó a gritar histéricamente. Demudado el rostro, el espía americano miró a Sun Man Kim, que se había encogido y había cerrado los ojos.

Wilson Dover optó por hacer lo mismo. Al principio gritó, dirigiéndose al ruso, insultando a los soldados norcoreanos, maldiciendo espantosamente a uno y a otros, dando tirones de sus ligaduras…, pero nada sirvió de nada.

Impotente para intervenir, el agente de la CIA cerró los ojos…, pero no pudo hacer lo mismo con sus oídos, que percibían con estremecedora claridad los gritos de la muchacha, que fue salvajemente violada una y otra vez, y otra, y otra…

Finalmente, dejó de gritar. Dover abrió los ojos un instante, creyendo que todo había terminado, pero los volvió a cerrar rápidamente. Shima no había dejado de gritar porque todo hubiese terminado, sino porque parecía haber perdido el conocimiento. Yacía como una muñeca, debajo de uno de los soldados, que la agredía con furia terrible, rugiendo de placer. A Dover le pareció que incluso podía por fin cerrar sus oídos, que dejaba de oír el

jadeo de aquel hombre, y del que le siguió muy pronto.

Pero todo terminó. Wilson Dover oyó susurros, crujir de ropa, pasos. Luego, el silencio.

Abrió los ojos, miró hacia Shima, y desvió rápidamente la mirada, estremecido. Luego, miró a Sun Man Kim, que yacía en el suelo, de lado, de espaldas a la horripilante escena…

—Es un hombre muy terco —oyó la voz del ruso.

Estaba cerca de la puerta, mirándolo a él. Dover se pasó la lengua por los labios, y consiguió murmurar, con voz ronca.

—Y usted es un cerdo.

El ruso frunció el ceño, pero con expresión un tanto divertida.

—Amigo Wilson, usted es un espía, ¿no es cierto?

—Un espía, sí. Un cerdo, no.

—Sea consecuente… La CIA no es precisamente una institución de amor al prójimo. Podría contarle mil porquerías que ustedes, los americanos, han llevado a cabo en Asia, y en todo el mundo. Pero no vale la pena conversar sobre lo que usted, sin duda, sabe mejor que yo. Usted es espía, yo soy espía, y ambos sabemos que cuando los espías queremos algo, hacemos lo que sea por conseguirlo. Lo que sea, amigo Wilson. Y nosotros queremos esa información del general… ¿Quiere saber exactamente por qué?

—Dígamelo.

—Con gusto, ya que no soy hombre de ideas fijas. Bien, usted sabe que China y Rusia…

—¿Qué tiene que ver China con esto?

—Espere, espere… Digo que usted sabe que China y Rusia están un tanto… enemistadas, por decirlo de un modo claro. Los rusos tenemos muchos hombres vigilando nuestras fronteras con China. Miles y miles de soldados. A su vez, y como es natural, China tiene también en la frontera miles y miles de soldados vigilando nuestros movimientos. Con cierto buen sentido, temen una invasión de determinados territorios, Y por nuestra parte, tememos también que China proceda a la invasión de otros territorios que ellos pretenden reivindicar. Es una situación incómoda, ¿no le parece?

—Sí.

—Pues bien: nosotros vamos a buscarle una distracción a nuestra buena amiga China.

—¿Una… distracción?

—Exactamente. Vamos a organizar una guerra en Corea. Una guerra que será inevitable en cuanto los primeros soldados norcoreanos realicen determinados actos al invadir Corea del Sur. Nadie podrá contener ya esa guerra después del primer enfrentamiento. ¿Qué pasará entonces? Pues pasará que China, preocupada, distraerá muchos soldados de sus fronteras con Rusia para vigilar la frontera con Corea del Norte, y las costas, y el cielo… A China no le gustaría que Corea del Sur, apoyada por el ejército norteamericano, no solo ocupase Corea del Norte, sino que pretendiera poner su bota militar en territorio chino. Así pues, China se llevará a muchos de sus soldados de los que a los rusos nos están molestando ahora. Entonces será llegado el momento de que el ejército ruso entre en acción, desbordando la frontera con China y tomando posiciones mucho más ventajosas, y que harán comprender finalmente a ciertos señores de Pekín que deben rendirse a la evidencia de que todas las órdenes y las directrices políticas y sociales de China partirán, ya para siempre, de Moscú. Le supongo lo bastante inteligente para comprender lo que acabo de explicarle.

—Lo he comprendido —suspiró Dover—… ¡Ustedes están locos!

—Siento mucho que no vaya a vivir usted lo suficiente para ver lo contrario. Intente convencer al general para que en mi próxima visita sea más comunicativo. Dígale que cada visita será peor… Adiós, amigo Wilson.

La puerta se cerró tras la amplia espalda del espía soviético. Durante un par de minutos, Wilson Dover permaneció inmóvil, con la sensación de que su cerebro había quedado en blanco. Por fin, miró a la bella Shima, y se estremeció.

¿Acaso no habría sido mejor para aquella pobre muchacha que hubiese muerto?

7

—… De modo —terminó Paek la explicación— que ellas prefirieron morir a caer en manos de los invasores y ser ultrajadas.

Lili Connors asintió con la cabeza. Pasaba en aquel momento por encima del risco Nakjua-am, a orillas del rio Baekma, cerca de Buyo, recorrido ya algo más de la mitad del viaje en helicóptero hacia Seúl.

La mirada de la espía seguía fija en el pequeño quiosco de techo de alas curvadas que simbolizaba la explicación que el siempre bien informado Woo Young Paek acababa de facilitarle. El pequeño quiosco estaba en lo alto de un acantilado que se cernía sobre el río, casi cortado a pico. Desde aquel risco, hacía muchos años, las tres mil damas cortesanas de Buyo, la capital del Reino Baekche, se arrojaron al río, matándose, cuando Buyo fue ocupada por los invasores, prefiriendo la muerte a la violación y, sin duda, muchas otras penalidades. Cuenta la historia que las damas eran tan hermosas que parecía que desde el risco de Nakjua-am caían flores al río, y ese era el motivo por el que el risco recibió ese nombre, Nakjua, que significa Caída de la Flor: tres mil flores habían caído hacia el río, y por eso, también el quiosco que más tarde fue construido allí, recibió el poético nombre de «Flor Blanca»…

La espía dejó de ver el risco, y miró hacia delante. Pronto llegarían a Seúl, desde luego antes de que fuese de noche. Paek había dejado de hablar, y la contemplaba con curiosidad. Cuando ella le miró, el coreano sonrió.

—¿Pensaba en la caída de la flor?

—A decir verdad, no —movió la cabeza Baby—: pensaba que si mis sospechas son ciertas, vamos a complicar un poco las cosas, Paek.

—¿A qué se refiere? ¿Qué sospechas?

—Yo le haré otra pregunta a mi vez: ¿quién o quiénes sabían

que usted y yo íbamos a desplazarnos a Pusan por la autopista?

Paek parpadeó, desconcertado un instante.

—Bueno… Lo sabíamos usted y yo, Oliver Bannion, Mian Sun Kim, In Suk Yi y Jung Pyo Song…, es decir, las personas que estábamos en la casa cuando mis hombres me llamaron para decirme que habían cazado a Myung en la casa de la amante del general… ¿No es así?

—Así es. Y yo me pregunto: ¿cuál de esas personas pudo delatarnos para que los del helicóptero intentasen matarnos?

—¿Qué…? ¡Pero qué dice usted! —gritó Paek.

—Vamos, vamos… No pudieron adivinarlo, ¿verdad? Los del helicóptero no solo sabían que íbamos hacia Pusan, sino que conocían el coche de usted. Alguien tuvo que informarles de todo. ¿De quién sospecharía usted?

—Pero… ¡De nadie!

—Eso es un tanto infantil, ¿no cree?

—¡Jamás podría sospechar de ninguna de las personas que estábamos allí! ¡Y si usted piensa que eso es infantil, me tiene sin cuidado!

—Tranquilícese. Tiene usted el genio demasiado vivo, amigo mío. Debería ser más… más oriental, ¿comprende? Menos expresivo, menos irritable. Al menos, exteriormente. Bien, si usted cree que nadie nos delató… ¿cómo explicaría el ataque de que fuimos objeto?

—Pues convendría saberlo. Al parecer, usted y yo somos personas no gratas a alguien. Usted no quiere desconfiar de las personas que estábamos en la casa…, pero el hecho cierto es que nos atacaron a nosotros, y que antes, cuando ya nos habíamos marchado los tres personajes más peligrosos de la reunión, intentaron llevarse a Mian Sun Kim. Todo en el momento oportuno… Como si nos tuviesen bajo control. ¿De verdad no se le ocurre nada?

Woo Young Paek volvió a parpadear. Delante de él y de Lili iba el coreano que pilotaba el helicóptero, atento a la marcha del aparato. El cielo estaba azul. Lejos, a la izquierda, se veía el reflejo del sol en el Mar Amarillo. A la derecha, las verdes montañas coreanas.

—¿Vigilancia electrónica? —murmuró por fin Paek.

—Esa sería una buena respuesta a todas mis preguntas —dijo sosegadamente Lili Connors.

—Pero no es posible… La presencia de micrófonos en casa del general Kim significaría, de todos modos, que alguien que puede entrar y salir de esa casa es un traidor.

—Bueno. En ese caso quizás usted preferiría no encontrar ningún micrófono y continuar preguntándose cómo nuestros enemigos se enteraron de todo y tan oportunamente.

—Estoy seguro —murmuró Paek— de que no encontraremos micrófonos en la casa del general. Kim.

Era ya de noche cuando, precisamente Paek, encontró el primer micrófono. Se reunió con Lili, que estaba buscando en otra dependencia de la casa, y colocó la mano extendida ante ella.

Lili miró el diminuto aparato en la palma de la mano del coreano, y asintió, sin gran entusiasmo.

—Sigamos buscando —murmuró.

Veinte minutos más tarde, habían encontrado cuatro micrófonos más. Paek estaba de un humor de perros. Ciertamente, habían solucionado toda una serie de incógnitas, empezando por la del ataque de que habían sido objeto en la autopista y terminando por el hecho de que los enemigos del general Kim debía hacer tiempo que conocían todos los movimientos de este. Por lo menos, todos aquellos movimientos que fuesen comentados por él con su hija o amigos que les visitasen. El hecho de que Sun Man Kim informase a su hija de que se iba a pasar dos días a Pusan no resultaba en modo alguno sorprendente.

Y así, todas las demás cosas.

—Está bien —farfulló Paek—, no soy ningún cretino, de modo que admito la existencia de algún traidor, un traidor que entra y sale de esta casa cuando quiere y como quiere, y que tiene entera libertad dentro de ella. ¿De quién sospecharía usted?

Sentada en una esterilla, Baby terminó de encender dos cigarrillos, y tendió uno al coreano, que se sentó frente a ella, y lo tomó.

—¿Y usted? —preguntó a su vez Lili.

—¿Yo? No sé. Creo que de nadie…, pero eso es absurdo, claro. Alguien puso los micrófonos.

—Preguntémonos quién pudo conseguir micrófonos como estos.

Yo diría que no son de fabricación americana, desde luego; ni rusa. Son diminutos, muy perfeccionados… ¿Dónde diría usted que han sido fabricados? ¿En Japón? ¿En China? ¿En Hong Kong?

Paek se pasó la lengua por los labios, mientras expelía humo por la nariz.

—Estos micrófonos —susurró— son de los que utilizamos nosotros.

—¡Ah! ¿El servicio de usted utiliza bichitos como estos? ¿Y dónde los consiguen?

Paek se pasó una mano por la cara.

—In Suk Yi —susurró de nuevo.

—¿Uno de los caballeros que me presentó aquí mismo esta mañana la hija del general Kim?

—Sí. Él tiene una fábrica de productos electrónicos. Radios, televisores, cosas así… Es uno de nuestros proveedores habituales, no solo de micrófonos, sino de otros aparatos. ¡Pero eso no significa nada! ¡Cualquiera puede conseguir micrófonos como estos!

—Cualquiera que entienda de estas cosas y sea lo bastante audaz para hacerse con ellos, querrá usted decir. Y supongo que también quiere decir que In Suk Yi es lo bastante inteligente para no usar sus propios productos en una acción como esta.

—¡Exactamente!

—Eso agranda muchísimo nuestro ámbito de sospechosos. Pero tenemos que reducir sospechosos, Paek. ¿Por quién vota usted? Alguien que pueda entrar y salir de esta casa como quiera y cuando quiera, y circular libremente por toda ella. Pienso que esto no lo haría un coreano: su cortesía se lo impide. Un coreano no se pasearía a solas por la casa de un amigo. No es cortés. En cambio, un hombre no oriental ni siquiera pensaría en semejante cosa. ¿Me comprende?

—Pero no puede ser… ¿Oliver Bannion?

—¿Y si no se llamase Oliver Bannion?

—¿Qué?

—Vamos, vamos… Yo tengo un pasaporte perfecto, inobjetable, a nombre de Lili Connors…, y no me llamo en realidad así. Tengo otros pasaportes, también inobjetables, a nombre de una rusa, una inglesa, una francesa, y puedo hablar en estos idiomas sin que nadie tenga motivos para sospechar que no soy lo que parezco. Hay

pasaportes y falsas personalidades así de perfectas, y usted lo sabe.

—¿Quiere decir que Bannion no se llama así…, y que no es británico?

—Cabe en lo posible.

—Entonces… ¿quién es? ¿Qué es?

—Desde luego, no es coreano, ¿verdad? —Sonrió secamente la espía—. Ni chino, ni japonés. Sé muy bien que no es americano. Y si tampoco es británico… ¿qué puede ser?

—¿Ruso? —Casi gritó Paek.

—Eso también cabe en lo posible.

—¡La madre que lo…! ¡Vamos a por él!

—Esa es una buena idea. Sí señor: vamos a ver si charlando un rato con el apuesto señor Bannion él nos aclara un poco las cosas.

Pero el señor Bannion no estaba en su apartamento, de modo que tuvieron que entrar por su propia cuenta; pequeño problema que la señorita Connors resolvió utilizando una de las ganzúas que llevaba en el fabuloso maletín.

El apartamento, muy agradable, estaba en un bonito edificio en Chungcheong Ro.

Según la explicación de Paek, que por supuesto conocía la dirección del británico, este había estado viviendo durante las primeras semanas de su estancia en Seúl en un hotel, pero sin duda debía de salirle muy caro, y, además, carecía de la intimidad de un apartamento.

Apartamento que fue registrado por los dos espías con sumo interés, y con gran habilidad por parte de ambos. Constaba de recibidor, sala de estar, cocina, dos dormitorios, y dos cuartos de baño. No estaba nada mal. Una terraza a la que se salía desde la sala de estar, se asomaba al vacío, orientada hacia el río Jan; desde ella se podían ver las luces del Puente Seúl, a su derecha las del II Puente, y a la izquierda las del I Puente. Y en el río, las lucecitas de las embarcaciones. Pero todo esto no interesaba ni poco ni mucho a los espías, que se dedicaron al interior, no al exterior.

Esta vez fue la agente Baby la que hizo el descubrimiento.

—¡Paek! —llamó.

El coreano apareció a toda prisa, procedente de uno de los dormitorios, y se precipitó hacia Lili Connors, que estaba registrando en la sala de estar. Sobre una repisa, el coreano vio un

bonito jarrón, un tanto alargado, abombado en el centro, y de boca muy estrecha, por la que sobresalían unas flores de plástico magníficamente imitadas; al lado de este jarrón había otro, idéntico, pero las flores ya no estaban dentro de él, sino al lado, y el jarrón no estaba entero, sino partido en dos. No roto. Solo separadas la mitad inferior y la superior.

—Encajan a presión —señaló Lili los bordes de ambas mitades —. La boca es tan estrecha que no cabe por ella ni la mano de un niño, así que a nadie se le ocurriría mirar dentro. Pero me ha parecido observar una ranura en la franja roja de esmalte, así que he probado, y…

Junto al jarrón, además de las flores, había una pequeña caja metálica, que Paek identificó enseguida como una radio de bolsillo. También dos cápsulas que parecían de aluminio.

Y un pasaporte…

Un pasaporte soviético. Paek lo tomó y lo abrió. Se quedó mirando el rostro de Oliver Bannion en el pasaporte soviético.

—Hijo de puta… —jadeó—. ¡Malditos sean todos los rusos…!

—Tranquilícese.

—¿Que me tranquilice? ¡Ya la organizaron en Corea hace años! ¡Y ahora deben de estar tramando algo nuevo…!

—Quizá. Pero tranquilícese.

—Está bien —aspiró hondo el coreano—. Ese puerco debe de estar seguramente con la hija del general Kim, en la casa de Moo Sik Bae. ¿Qué hacemos? ¿Vamos a por él?

—Pero con tranquilidad y buenos modales —sonrió fríamente la espía—. En principio, simularemos que vamos a interesarnos por el estado de Mian Sun, y de los señores Yi y Song. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo… ¡El muy puerco! ¿Cuál es su nombre? No entiendo los caracteres rusos. Hablo un poco el ruso, pero no entiendo nada de su escritura. ¿Cómo se llama Bannion en realidad?

—Igor Krevlin. ¿Le dice algo este nombre?

—No.

—Bueno, entonces vayamos a preguntarle al señor Bannion.

8

Puesto que Woo Young Paek había dejado su coche en Pusan, y considerando que a ambos espías no les seducía en absoluto la idea de trasladarse de un lado a otro en taxi, Paek solicitó otro coche, que le fue proporcionado inmediatamente. En él, los dos espías se trasladaron a la casa de Moo Sik Bae, cuya ubicación (por supuesto) conocía el agente coreano.

Woo Sik Bae vivía en el Camino del Cielo de Pukak, por encima del Parque Samchong. Paek condujo hasta allí pasando también por el Camino del Cielo de Inwang. Sin duda alguna, debía de haber por el camino cosas muy interesantes, pero el coreano no estaba precisamente de humor para seguir asumiendo su papel de agente de viajes, de modo que Lili Connors tuvo que resignarse a ver, sin saber lo que veía. De todos modos, apenas llegaron al Camino del Cielo de Inwang, poco había que ver. No había luz en la carretera, y solo las del coche les permitían ver el camino. Se cruzaron con varios coches sin complicaciones, siempre viajando en silencio.

Solo poco antes de llegar, Paek mascullló:

—Pero ¿cuál es su juego? Recuerdo que Bannion insistió mucho esta mañana respecto a que el general Kim ha sido secuestrado por cuestiones militares. Posiblemente, fue él quien mentalizó a Song y Yi en este sentido… Pero si Bannion tiene algo que ver en esto, no puede ser tan tonto de apuntar a los demás los auténticos motivos por los que el general Kim ha sido secuestrado… o asesinado. Por el contrario, debería apoyar cualquier otra teoría.

—¿Por qué? —Se sorprendió Lili—. Si lo han secuestrado o asesinado por otros motivos es cuando precisamente la labor de Bannion debía ser convencernos a todos de que los motivos eran militares…, es decir, muy lejos de los auténticos.

—Eso le da la razón a usted —murmuró Paek—: usted se negó en todo momento a admitir que el secuestro obedecía a motivos

militares. ¡Y parece que es cierto, que puede haber otros! Y por eso, porque hay otros, Bannion ha presionado tanto para que todos creamos que los motivos son militares…

—Puede ser eso —admitió Lili Connors.

Cuando Paek, finalmente, detuvo el coche, Lili se quedó atónita de admiración contemplando la gran puerta de viejas piedras que sostenían un tejado curvo. A ambos lados, unos faroles proporcionaban suficiente luz para el visitante.

—Parece… la entrada de una vieja fortaleza —musitó.

—Ya nos advirtieron de eso. Y yo ya conocía esto; por eso acepté que la hija del general fuera traída aquí… Será mejor que me espere en el coche.

Paek se apeó, y fue a tirar de la cadena que había a un lado de la enorme puerta de dos hojas de solidísima madera barnizada. En una de estas, una puerta más pequeña, que se abrió, dejando ver un vertical rectángulo de oscuridad. La figura de un hombre quedó iluminada por los dos faroles de bello dibujo. Paek conversó unos segundos con aquel hombre, y volvió al coche.

—Ningún problema —dijo—… Y Bannion sigue ahí dentro.

Lili no dijo nada.

La doble puerta fue abierta, sin duda accionada por algún mecanismo eléctrico, lo que hizo sonreír levemente a la espía: lo viejo y lo nuevo se juntaban una vez más en el lejano y misterioso Oriente.

Ya abierta la doble puerta, Paek metió el coche en el jardín. Un sendero serpenteaba entre pinos y arbustos de flores hacia la casa, de la que solo veían el resplandor de las luces. Pero muy pronto pudieron verla bien, y de nuevo Lili Connors quedó atónita.

—Parece un monasterio —exclamó.

—Quizá lo fue alguna vez —rio Paek.

La casa, de sólidas piedras, tenía dos tejados curvos, y una amplia terraza entre el primero y el segundo. Las ramas de algunos pinos llegaban hasta el primero, lo invadían en algunas partes… Nada más salir del coche, Lili olió a eucaliptos. Cuando Paek se reunió con ella, estaba mirando las altas ventanas. Bien, si aquello no era una fortaleza, ya no podía saber qué sería una fortaleza.

—Interesante, ¿no es cierto? —susurró Paek—. Supongo que se ha dado cuenta de que hay algunos hombres vigilándonos desde el

jardín.

—No… No me había dedicado a ello. ¿Seguro que aquí viven personas normales? Quiero decir que espero que no nos encontremos ahí dentro con unos cuantos monjes de cabeza afeitada…

—Podría ser —rio de nuevo Pak—… ¡Siempre y cuando el viejo Moo Sik Bae haya invitado a algunos! Por lo demás, sé muy bien que a ese viejo mico le gusta vivir muy confortablemente, con todos los adelantos que nos han llegado procedentes de ustedes. No se sorprenda por nada.

—Lo intentaré.

La puerta fue abierta por un criado muy correctamente vestido, que los acompañó cruzando el amplio vestíbulo de piso de piedra. Pero, por supuesto, había luz eléctrica, buenos muebles, jarrones, cuadros magníficos… Simplemente, la antesala del lugar al que fueron conducidos: una sala enorme, iluminada por zonas con tal gusto y acierto que el ambiente no podía resultar más agradable.

En una de las zonas, un poco a la izquierda de la entrada, había sillones de piel, un gran sofá, un par de mesitas… Allí, Lili vio inmediatamente, sentado en uno de los sillones, a Oliver Bannion, que se puso en pie. Junto a él estaba Mian Sun, mirando hacia la puerta.

Había cuatro hombres más, todos ellos de raza coreana. A dos de ellos ya los conocía Lili: In Suk Yi y Jung Pyo Song, los dos amigos del general a los que había conocido por la mañana en casa de este. De los otros dos, uno era bastante joven, delgado, de ojos muy estirados, alargados. Pero, sin duda alguna, el más interesante de todos era el personaje hacia el cual se inclinaba el señor Song para musitarle unas palabras.

Mientras se acercaba, Baby lo estudió detenidamente, con su habitual rapidez, sin embargo: menudo, de cabello color plata, rostro arrugado, pequeños ojos de una viveza extraordinaria. Vestía zapatillas de terciopelo negro y un largo kimono que parecía enfundar un cuerpo diminuto, enjuto. Como una pequeña caña, seca, arrugada y retorcida por los soles de mucho tiempo.

Cuando se detuvo ante el anciano, este se había puesto en pie, y sonreía simpáticamente.

—La señorita Lili Connors —murmuró Jung Pyo Song—…

Permítame presentarle a nuestro querido amigo, el señor Moo Sik Bae. Al señor Paek le conocemos todos.

—¿Cómo está usted? —Inclinó la cabeza Moo Sik Bae, hablando en un inglés vacilante, aunque aceptable.

—Muy bien, gracias —sonrió la rubia—. ¿Y usted, señor Bae?

—Oh, muy bien, muy bien, le agradezco su interés. Y espero tener también la oportunidad de mostrarle mi otro agradecimiento.

—¿Su otro agradecimiento? —Se sorprendió Lili.

—El general Kim es un hombre muy querido en Corea; especialmente, claro está, por sus amigos personales, entre los cuales todos nosotros tenemos el honor de contarnos. Y estimando tanto al general Kim, comprenderá que estimemos del mismo modo a la pequeña Mian Sun…, a la que usted salvó de un indudable peligro, señorita Connors.

—Ah, entiendo… Bien, creo que no fui la única en intervenir en su ayuda, pero agradezco sus palabras, señor Bae.

—Palabras merecidas. Él —señaló al más joven de los coreanos — es nuestro buen amigo Joon Ki Byun.

Este, que permanecía en pie desde el primer momento, se inclinó también, mostrando luego una amplia sonrisa blanquísima.

—Encantado, señorita Connors.

—Lo mismo digo —la mirada de Lili se desvió hacia Song, Yi, y luego hacia Mian Sun—… ¿Todos ustedes están bien?

—Afortunadamente, así es —contestó In Suk Yi—. Parece que tenemos las cabezas todavía muy sólidas. En cuanto a Mian Sun, simplemente padeció los leves efectos de un intento de cloroformizarla. Nada que deba preocuparnos.

—Me alegro mucho. ¿Ha habido alguna novedad?

—Estábamos esperándola a usted, y al señor Paek, para que nos dijeran precisamente eso —dijo con tono afable Oliver Bannion—. Por nuestra parte, nada nuevo que contar.

—Por la nuestra, sí. Me gustaría ser yo quien lo explicase, pero si prefieren escuchar ustedes al señor Paek en coreano…

—Estaremos encantados de escuchar su voz —dijo sonriente el viejo Moo Sik Bae— aunque sea en inglés. De un modo u otro, creemos que será más agradable que la del señor Paek.

Hubo sonrisas, de las cuales posiblemente la más amplia fue la del propio Paek, que no se molestó en absoluto, por supuesto.

Pero sí comenzó a fruncir el ceño algo más tarde, cuando comprendió que la señorita Connors estaba finalizando su relato de los hechos…, y que no tenía intención alguna de mencionar el asunto de los micrófonos en la casa del general Kim.

Y así fue.

Baby lo explicó todo menos lo referente a los micrófonos y sus conclusiones sobre la aparente y posible intervención soviética en el asunto. Naturalmente, Paek la miraba con intención, interrogante, pero Lili simuló no darse cuenta, y el coreano se abstuvo de mencionar aquella parte de sus experiencias.

—Espero que todos me hayan entendido —dijo Lili, al terminar.

—Sí, sí, no se preocupe por eso. Hemos entendido su explicación —dijo Bae—… Pero entendemos que las cosas se están complicando. Y claro está, no me refiero a ese desdichado asunto del joven amigo de la amante del general Kim. Me refiero al intento de secuestro de Mian Sun…, y sobre todo, a ese ataque de que fueron objeto ustedes en la autopista.

—A mí lo que me tiene sorprendido es la… capacidad de defensa de la señorita Connors —dijo con cierta ironía Oliver Bannion—: no cabe duda de que es usted una periodista muy peculiar.

—Vamos, señor Bannion —le miró ella sonriente—… A estas alturas, estoy segura de que incluso usted ha comprendido que soy algo más, aparte de periodista.

—Ah… ¿Por ejemplo?

—Aunque supongo que usted no entiende gran cosa de espionaje, quizás haya oído mencionar alguna vez mi… nombre de guerra: soy la agente Baby, de la CIA.

Por un instante, pareció que Oliver Bannion fuese a dar un salto en su confortable asiento, pero, indudablemente, su control de sí mismo era considerable, porque todo lo que ocurrió, tras una breve crispación en sus facciones, fue que alzó las cejas, como reflexivo.

—Oh, sí… Creo haber oído… o quizá leído algunas cosas sobre cierta espía americana llamada así. ¿Realmente es usted?

—Así es, señor Bannion.

—En tal caso, quizá yo me he pasado de listo queriendo sugerirle motivaciones para el secuestro del general Kim. Me gustaría escuchar ahora su opinión…, que tendré más en cuenta que

antes de conocer su personalidad.

—Lo único que por el momento me parece claro es que el general Kim sigue con vida, y que las personas que lo han secuestrado querían llevar con él a su hija…

—¿Pero no por cuestiones militares?

—No.

—Bien… No discutiré con usted, aunque me parece que no soy el único que piensa de modo diferente, ¿no es cierto, señores?

Nadie dijo nada, pero Lili comprendió, por la actitud de los allí reunidos, que si hubiesen tenido obligación de pronunciarse lo habrían hecho a favor de la teoría de Oliver Bannion…, es decir, de Igor Krevlin.

—En cuanto al ataque con helicóptero —murmuró, ante el silencio de los demás—, supongo que decidieron que el señor Paek estaba empezando a convertirse en una molestia.

—¿El señor Paek? —Saltó el joven Joon Ki Byun—. ¿Usted no?

—En aquel momento, solamente el señor Paek sabía quién era yo realmente. ¿Por qué habrían de molestarse en eliminar a una simple periodista americana?

—No me hace mucha gracia eso que ha dicho —masculló Paek.

—Pues no se me ocurre otra cosa, lo siento —sonrió Lili.

—En definitiva —murmuró Moo Sik Bae—: seguimos en la incertidumbre, y no tenemos pista alguna que pueda llevarnos hasta Sun Man Kim. Imagino, señor Paek, que en su servicio no solamente está trabajando usted, sino más hombres.

—Todos estamos haciendo lo que podemos —gruñó Paek.

—Bien. Por nuestra parte —se lamentó de viva voz y con gesto expresivo Moo Sik Rae—, no creo que podamos hacer más que tener aquí como invitada a la pequeña Mian Sun…, y esperar por si piden un rescate. Si así es, señor Paek, tenga bien presente que nosotros, los amigos de Sun Man, estamos dispuestos a todo. No importa la cantidad.

—Lo tendremos en cuenta —gruñó de nuevo Paek.

—Esperemos —dijo Lili— que no decidan atacar esta casa, señor Bae.

El anciano la miró amablemente, sonriente.

—Sería muy interesante —dijo—. Yo soy un anciano bastante extraño, señorita Connors. Hace tiempo que he prescindido del

«placer» de relacionarme con casi la mayoría de mis semejantes. Por eso, vivo prácticamente recluido en esta casa; soy tan rico que puedo permitirme cualquier excentricidad. Y a propósito: ¿le gustaría a usted conocer mi casa con cierto detalle?

—Me parece que sí —asintió Lili, sonriendo.

—Se la enseñaría personalmente, pero mis huesos se están tornando frágiles como cristal. Pienso que incluso puede ser más agradable para usted recorrerla en compañía del apuesto Joon. ¿Le parece bien?

—Me parece bien. Lo que no excluye que piense que su compañía también es muy agradable, señor Bae.

—¡Ah, es usted una joven encantadora…! Aunque ya es algo tarde ¿le gustaría quedarse a cenar?

—Me encantaría. El señor Paek y yo hemos comido hoy solamente un par de bocadillos.

—Cuando Joon termine de mostrarle la casa dispondrá usted de una cena que estoy seguro le agradará. ¿Quieres hacerle los honores a la señorita Connors, Joon?

—Con gusto —se puso en pie el joven coreano, sonriendo.

La casa, enorme, constaba de tres pisos, y dos galerías protegidas por los dos tejados que se veían desde el exterior. Era de piedra prácticamente en su totalidad, y para acceder a ella por otro sitio que no fuese la puerta habrían sido necesarias escalas con las que llegar a las estrechas ventanas y a la primera galería…, lo que no sería muy cómodo considerando el personal de Moo Sik Bae bien repartido en una férrea vigilancia por la casa y el jardín. Era toda una fortaleza.

Pero, matizada por bellos detalles artísticos. Había imágenes búdicas de bronce, procedentes de la dinastía Sinla, cuadros de los famosos artistas coreanos Yoon Bok Sin, del siglo XVIII, y de Jyong Ku Shim, del siglo actual; algunos, eran reproducciones solamente. Tapices, porcelanas… Como no podía faltar en una colección coreana, había en uno de los aposentos un grandioso cuadro representando un hermoso y gigantesco tigre en actitud de ataque, uno de los temas favoritos de la pintura coreana.

—Es un lugar… como de otro mundo —murmuró Lili, en determinado momento.

—Lo parece —asintió Joon Pi Byun—. Moo es muy anciano, y su

memoria y gustos parece que quedaron un tanto petrificados en tiempos pasados.

—¿Lo dice usted con admiración, o con reproche, Joon?

—Bueno…, un poco de cada cosa. No todo lo viejo es malo, ni todo lo nuevo es bueno.

—Completamente de acuerdo. Me pregunto si no estarán ya esperándonos para cenar.

En la cena hubo, por supuesto, arroz. Arroz blanco, simplemente hervido, con el que fueron acompañando los diversos platos, que se parecían en cierto modo a la comida china, a la que Baby era gran aficionada. Le pareció bastante terrible el «Kimchi, ensalada de fuerte sabor picante», fermentada, además; le encantó el «Bulgoghi», grandes bistecs de carne de res asada en un brasero colocado sobre la mesa, y acompañado de una compleja salsa de soya y especies; y le pareció extraordinario el «Sinsonlo», la mezcla real de verduras, huevos y carne, también terminados de preparar en la mesa. Hubo más platos, de pescado, carne, verduras, huevos, arroz… Y pasteles, bizcochos de arroz… A pesar de que de todo comía solo un poco, llegó el momento en que Lili Connors, con un simpático gesto de derrota, admitió que no podría ya ingerir ni siquiera un grano más de arroz.

Cuando Lili y Paek se despidieron, Oliver Bannion hizo lo mismo, por supuesto dispuesto a marcharse, pero Mian Sun le suplicó que se quedara, y Moo Sik Bae insistió mucho en ello, asegurando que en la casa había sitio más que suficiente para él. Bannion se resistió lo que pudo…, que fue poco, porque la dulzura de los ojos de Mian Sun no podía ser desatendida por un enamorado sin causar sorpresa…

—Pero debería ir a mi apartamento, a escribir todo lo que sé sobre el asunto, para enviarlo a mi periódico…

—Me parece que eso no sería conveniente por ahora, señor Bannion —intervino Lili—. Y estoy segura de que el señor Paek está de acuerdo conmigo.

—Por supuesto —asintió Paek.

—Además, le aseguro que en cuanto sea posible publicar algo, usted gozará de mis preferencias informativas —sonrió Lili—. Creo que es mejor que de momento permanezca usted junto a Mian Sun. Aunque sé ya que está muy bien protegida, ella estará más

tranquila…, y sobre todo más feliz si usted permanece a su lado. ¿Cierto, señorita Kim?

—Claro que sí —sonrió la muchacha.

Era cerca de medianoche cuando Lili Connors y Woo Young Paek abandonaban la casa-fortaleza de Moo Sik Bae. Y apenas estuvo el coche al otro lado de la doble puerta, Paek miró con el ceño fruncido a la espía americana.

—Me gustaría saber…

—¿Por qué no he dicho nada de los micrófonos? Pues porque tengo planes mejores al respecto, mi querido amigo.

—¿Qué planes?

—Se lo explicaré por el camino al hotel. Y estoy segura de que le convencerán de que he obrado bien.

—Así lo espero. Pero no creo que pueda convencerme de que ha hecho bien diciéndole al ruso que usted es Baby… ¡Por un momento llegué a pensar que usted estaba loca!

—Pues no lo estoy, Paek. Mire, los grandes cazadores no se lanzan a la selva para cazar conejos, ¿verdad? En cambio, ningún gran cazador puede resistir la tentación de ir a la selva para cazar un tigre… o una tigresa.

Camino del Cielo de Pukak abajo, Paek estuvo unos segundos reflexionando antes de murmurar:

—¿Quiere decir que Bannion hará algo con tal de cazarla a usted?

—Eso espero. Y ahora, respecto a mis planes, relacionados todos ellos con nuestro colega Igor Krevlin…

Cuando Paek detuvo el coche frente al Chosun Jotel, todo estaba dicho, y, ciertamente, el coreano no tenía nada que objetar a los planes de su colega americana.

—Me encargaré de retirar sus cosas del apartamento —dijo, finalmente—. Y esperemos que el ruso reaccione como usted ha previsto.

—Si no lo hace, siempre estaremos a tiempo de abordarle de otro modo. ¿Lo dispondrá todo para que no haya fallos?

—No se preocupe. Bien… ¿nos despedimos aquí?

—Naturalmente —le miró sorprendida Lili.

—¿Le resulto desagradable?

—¿Desagradable? —Se pasmó ella ahora—. ¡Santo cielo, Paek,

todo lo contrario!

—En ese caso —murmuró el coreano—, quizá no convendría que nos separásemos esta noche. Podrían… atacarnos, a usted o a mí. Y los dos juntos seríamos menos vulnerables.

Lili Connors, Brigitte Montfort, la agente Baby de la CIA, estuvo unos segundos mirando fijamente a los ojos a Woo Young Paek. Por fin, se inclinó hacia él, y lo besó suavemente en los labios. Paek se tensó; y deslizó una mano hacia los senos de la espía internacional; caricia que ella aceptó sin inmutarse, pero retiró muy pronto la mano del coreano, susurrando:

—Estoy muy cansada, Paek. ¿Se hace cargo de eso?

—Sí, pero…

—Por favor, en otro momento…

—Si te ocurriese algo…

—No te preocupes por mí —sonrió ella, dulcemente—… Solo quisiera tener la seguridad de que tú sabrás protegerte tan bien como yo. Pasa a buscarme mañana temprano. ¿Sí?

—Está bien.

Woo Young Paek atrajo a Lili Connors, y la besó en la boca, volviendo a acariciarla. Luego, ella se apeó, y entró en el hotel. El coreano se pasó los dedos por los labios, sonriendo. Aún tenía en ellos el calor de los de Lili Connors, cuya fascinante belleza llenaba todavía sus ojos…

Pero, de pronto, Paek retiró la mano de sus labios, que apretó con un gesto duro, resuelto. Todavía tenía muchas cosas que hacer aquella noche, antes de retirarse a descansar.

Por su parte, la señorita Connors tampoco había dado por terminadas sus actividades de aquel día. Apenas estuvo en su habitación procedió otra vez a registrarla, para asegurarse de que durante su ausencia no habían sido colocados micrófonos… Convencida de esto, la señorita. Connors utilizó su radio, colocada en la onda de emergencia KA 3909, para comunicarse con Simón-Seúl, el jefe del espionaje americano en Corea… hasta que ella había llegado.

—¿Sí? —Oyó la voz de su compañero.

—Hola, Simón. ¿Cómo están las cosas?

—Sin novedad, que yo sepa. Todo bajo control, y esperando órdenes de usted, a ver si con un poco de suerte nos utiliza y

dejamos de estar escondidos como ratas.

—Ya han dejado de ser ratas —sonrió secamente Baby—. Le voy a dar muchas instrucciones, Simón, así que escúcheme atentamente…

9

Estaban los dos en el coche, silenciosos, fumando, cuando sonó un zumbido en la radio de bolsillo de Woo Youn Paek, que se apresuró a admitir la llamada. Comenzó a hablar en coreano, pero Lili le tocó en una rodilla, y el coreano asintió.

—Habla en inglés —dijo en este idioma—… ¿Qué ocurre?

—El señor Bannion ha abandonado la casa de Moo Sik Bae, en su coche. Lo estamos siguiendo, hacia el centro.

—Mantened la distancia. Y si comprendéis que se dirige hacia su apartamento en Chungcheong Ro, aumentadla. Yo personalmente me encargaré de él a partir de ese momento.

—Bien. Ya hemos dejado el Camino del Cielo de Pukak. Él sigue por Camino del Cielo de Inwang…

El compañero de Paek estuvo facilitando información espaciada hasta que todos comprendieron que, en efecto, Oliver Bannion se dirigía hacia su apartamento en Chungcheong Ro. Entonces, Paek cerró la radio, y, como Lili, se quedó mirando hacia la parte de la avenida por donde, lógicamente, debía aparecer el coche de Bannion.

Este no tardó más que unos minutos. Detuvo el coche cerca del edificio donde tenía el apartamento, se apeó rápidamente, y casi corrió, desapareciendo enseguida en el portal. Paek miró a Lili, que sonrió.

—Tiene mucha prisa —comentó el coreano.

—Más prisa tendrá para salir…, cuando vea que ni su pasaporte ni su equipo de contacto están en el jarrón.

—Esperemos que sea así.

Fue así. No hacía ni dos minutos que Bannion había entrado en el edificio cuando salió de nuevo. Y no solo más apresurado que al entrar, sino visiblemente demudado el rostro. Se metió de nuevo en su coche, puso las manos en el volante, y quedó inmóvil.

—Está asustado —susurró Lili—. Es lo peor que podía ocurrirle. Si no se serena, cometerá la tontería que estamos esperando.

Paek no contestó. Su mirada estaba fija en Oliver Bannion. Le vieron consultar su reloj de pulsera, pasarse una mano por la boca, vacilar, mirar a todos lados… Lili y Paek se encogieron en el asiento, desapareciendo de su vista. Cuando volvieron a mirar, Bannion seguía igual, con las manos al volante, inmóvil. Lili consultó su relojito de platino y brillantes. Eran casi las seis de la tarde. Bannion había conseguido encontrar un pretexto para abandonar, aunque solo fuese por poco tiempo, la casa de Moo Sik Bae. Por supuesto, había ido a su apartamento a hacer lo que había querido hacer la noche anterior: informar de la intervención de la agente Baby en el asunto, con lo que los rusos, buenos conocedores de la espía más peligrosa del mundo, tomarían sus precauciones…, o quizás intentarían matar a la señorita Lili Connors, la hermosa periodista alojada en el Chosun Jotel…

De pronto, el coche de Bannion comenzó a moverse. Paek y Lili se encogieron de nuevo, esperaron a que el coche del falso británico pasase junto al del coreano, y emprendieron luego la persecución. De momento, pareció que Bannion fuese hacia el sur, pero muy pronto Paek negó con la cabeza.

—Va hacia el sudeste. Piensa seguir bordeando el río Jan.

—¿Adónde puede ir por ahí?

—Por ejemplo, al aeropuerto.

Lili miró vivamente al coreano, que apretó los labios. Por supuesto, si Bannion pretendía tomar un avión, no tendrían más remedio que detenerlo entonces…

Pero no.

Oliver Bannion no iba hacia el aeropuerto de Kimpo, y Paek lo comprendió poco más tarde. Cuando habló, Lili comprendió que sus deducciones no tenían apelación posible:

—Va hacia Walker Hill.

—¿Qué hay allí?

—Entre otras cosas, el hotel Walker Hill. Hay más hoteles, villas, instalaciones deportivas, un *cabaret*, un casino… Es una colina junto a la orilla del Jan. Desde luego, va a ver a alguien, ya no creo que pretenda escapar.

—Eso es lo que pretendíamos. Al no disponer de la radio, ha

decidido entrar en contacto personalmente…, o así lo espero, al menos. Va muy despacio, ¿verdad?

—Está haciendo tiempo para que acabe de anochecer.

—Sí… Eso parece. Cierto.

Oliver Bannion fue a Walker Hill; concretamente, al casino. Ascendieron por la carretera flanqueada de pinos en abundancia, llegaron a la gran explanada, y allá, el británico-soviético dejó el coche. Detenido el coche en el último tramo de la carretera antes de llegar a la explanada de estacionamiento, Lili y Paek se agazaparon, exponiéndose lo imprescindible para no perder de vista a Bannion. Lo vieron entrar en el casino.

—Bien… ¿Qué hacemos? —murmuró Paek—. Si vamos allá, él no tardará en vernos.

—Si… Pero no tenemos más remedio que correr ese riesgo si queremos saber con quién hace contacto ahí dentro. Vamos.

Pareció que la noche llegase en un instante. Un viento que no estaba muy acorde con la cercana primavera llegó procedente del rio Jan, que discurría al pie de la colina donde estaba el casino. Diminutas luces parecían flotar sobre la oscura cinta acuática. Con una simple mirada, Lili y Paek comprendieron que debían separarse. Paek se fue hacia el bar, y Lili fue directa a la sala de juego, donde la jornada debía de haber comenzado hacía muy poco, seguramente a la seis… Vio a Bannion enseguida, sentado a una mesa de ruleta, con unas fichas en las manos.

Lili se dirigió a otra mesa, y se ocultó tras la masa de jugadores y curiosos, que iba engrosando rápidamente. Los coreanos estaban en desventaja allí. Había americanos, franceses, alemanes, británicos, chinos, japoneses… El ambiente se iba caldeando. En la entrada apareció Paek, que vio a Bannion, pero no le fue tan fácil distinguir a Lili. Cuando lo consiguió, captó la seña de esta, y asintió, buscando también un lugar adecuado para vigilar a Bannion sin que este le viese. Y seguramente lo iban a conseguir ambos, porque Bannion no hacía otra cosa que mirar hacia la puerta…

Poco después de las seis y media, le vieron erguirse un instante, y Paek y Lili miraron hacia la puerta. Acababan de entrar dos hombres y una mujer.

Uno de los hombres era japonés, diminuto, muy elegante, con rostro inescrutable. El otro era blanco… Europeo, seguramente.

Francés, quizás inglés… Quizás. La mujer era una rubia alta y bellísima, de grandes ojos grises; llevaba un elegantísimo vestido de cóctel, y un bolsito plateado en las manos.

Se acercó a la mesa de ruleta, y enseguida vio a Bannion. Quedó como petrificada. Desde sus puntos de observación, Lili y Paek captaron el gesto tenso de la muchacha, y, por supuesto, la no menos tensa mirada que cambió con el falso británico. Los dos parecieron calmarse enseguida. Bannion hizo un par más de jugadas. Luego se puso en pie, y como casualmente, se fue acercando a la muchacha, que parecía absorta en la contemplación del juego. Bannion se colocó a su lado…

Desde su lugar de observación, la agente Baby vio perfectamente moverse los labios de Oliver Bannion. Ella ni siquiera le miró; solo palideció. Él volvió a hablar, ella le miró entonces, y movió negativamente la cabeza. Estaba muy asustada. Bannion habló de nuevo, ella volvió a negar. Baby se esforzaba en «leer» la conversación en los labios de ambos, como tantas veces había hecho, pero solo pudo conseguir captar algunas palabras: pasaporte, marcha urgente, aviso, coche, radio…

Oliver Bannion se apartó lentamente de la muchacha, encendiendo un cigarrillo, con gesto calmoso. Nadie podría sospechar la gran tensión a que estaba sometido el espía soviético. Desde luego tenía unos nervios más que aceptables. Tanto, que los controló lo suficiente para ir al bar y tomar un *whisky*, aunque quizás un tanto precipitadamente. Por fin, se dirigió hacia la salida. Ya no miraba hacia atrás, ni a ningún lado. Y esto, que era una correcta actitud destinada a conseguir que no se notase su inquietud, le perjudicó en otro sentido, ya que no se dio cuenta de que Paek y Lili iban tras él.

En la puerta, los dos espías coincidieron, y Paek musitó:

—¿Lo dejamos a él y nos ocupamos de la mujer?

—Creo que es lo mejor —asintió Lili—. O mucho me equivoco, o Bannion pretende volver a la casa de Moo Sik Bae. Pero… también podría dirigirse al aeropuerto y escapar.

—En ese caso…

Mientras hablaban, miraban a Bannion, que caminaba hacia su coche, con todas las luces del casino a la espalda. De pronto, lo vieron vacilar hacia atrás, como si acabase de tropezar de frente

contra algo; hizo un movimiento de vaivén, y acto seguido alzó los brazos y cayó de bruces. Paek enmudeció. Lili alzó la mirada hacia el frente, enseguida, hacia el bosquecillo de pinos que había al otro lado de la explanada. Luego, volvió a mirar a Bannion, que continuaba en el suelo, inmóvil.

Echó a correr de pronto hacia Bannion, pero no en línea recta, sino describiendo curvas; en su mano derecha había aparecido la pistolita de cachas de madreperla, y su mirada estaba fija en la sombra de los pinos de enfrente; si veía allí el punto rojo de un disparo, sabía muy bien cómo replicar…

No sonó disparo alguno. Pero, apenas llegar junto a Bannion y darle la vuelta, Baby comprendió que sí habían disparado antes. En el centro del pecho de Igor Krevlin, por otro nombre Oliver Bannion, había una circular mancha de sangre, que se extendía rápidamente por la camisa, formando una flor.

—¿Qué le pasa? —Llegó Paek, jadeando.

—Le han disparado… Pero todavía está vivo. ¡Que no se acerque nadie, Woo!

Algunas personas, que acababan de llegar en dos coches, se acercaban presurosamente a ellos. También desde el casino acudían más personas, intrigadas al ver un hombre caído en tierra… Dos empleados del casino llegaron también, y Paek les ordenó con tono incontestable que impidiesen a los curiosos acercarse. Alrededor ya se oían voces, pisadas presurosas, exclamaciones… Paek volvió a arrodillarse junto a Lili, frente al soviético.

—¿Sigue vivo?

—Sí. Ve a buscar un teléfono y pide una ambulancia. ¡Deprisa! ¡Y de momento pide un médico en el casino!

—Pero la muchacha que…

—¡Déjala! Ya la encontraremos. ¡Corre!

Mientras hablaba, Lili había desgarrado completamente su ropa interior, y con trozos de esta estaba taponando como podía el orificio de la bala. Arrancó a jirones la camisa de Bannion, y los utilizó así mismo como tapones para la herida. Ya no debía temer que desde delante de ella, de entre los pinos, partiese una bala en su busca, pues los curiosos iban aumentando en número, formando un círculo que la protegía…

Mientras tanto, Paek entró en el casino dando órdenes. Apareció

un médico, al que pidió que atendiese al herido, y acto seguido llamó al hospital, exigiendo el inmediato envío de una ambulancia. A su alrededor todo era confusión.

Tanta, que nadie le prestaba ya atención, interesándose solamente por lo que sucedía allá fuera. De este modo, nadie se dio cuenta de que un hombre se acercaba a Paek y le entregaba un portafolios. Un hombre de respiración agitada, y en cuya frente había unas gotitas de sudor. Paek tomó el portafolios, y se dirigió hacia el interior del hotel…, cruzándose con un hombre que, en coreano, musitó:

—Doscientos uno.

Velozmente, Woo Young Paek subió al segundo piso del hotel, buscó la puerta señalada con la numeración 2-0-1, y llamó enseguida con los nudillos en la madera.

Mientras esperaba, Paek abrió el portafolios, metió la mano derecha dentro, y empuñó la pistola con silenciador, todavía caliente…

—¿Quién es? —Oyó la voz, en inglés, tensa.

—Servicio del hotel —dijo Paek, en coreano.

—¿Qué?

Paek continuó hablando en coreano. Pareció que la puerta fuese a permanecer cerrada, pero, de pronto, se abrió unos centímetros, y apareció un sector vertical del rostro de la muchacha de los bellos ojos grises, uno de los cuales escrutó a Paek.

—¿Qué desea? —siguió preguntando en inglés.

Paek empujó la puerta con un hombro, con tal fuerza que la muchacha salió despedida hacia el interior de la habitación. El coreano entró y cerró rápidamente, dejando ahogado entre aquellas paredes el grito de sorpresa de la muchacha, que tras rodar por el suelo se volvió hacia él, comenzando a ponerse en pie.

—Pero ¿qué pret…? —empezó a preguntar.

La mano de Paek apareció con la pistola, apuntó al pecho de la muchacha, y apretó el gatillo.

Plop, plop, plop.

Tres rosas de sangre aparecieron en el pecho de la muchacha, en pleno escote bellísimo; empujándola brutalmente contra el suelo, las balas continuaron perfonndo su fina piel, lanzando salpicaduras a todas partes. Quedó inmóvil, cara al techo, desorbitados los

hermosos ojos, crispado el rostro por el dolor y el miedo, agarrotadas las manos. Paek, se acercó, y vio la piel reventada, la carne hinchada en el lugar de los impactos. El seno izquierdo de la muchacha casi salía completamente del vestido. Paek apuntó al centro de la bella anatomía, y volvió a disparar, una sola vez, enviando una bala a través de la carne ya muerta de la muchacha hasta el corazón, no menos muerto.

De un vistazo, mientras guardaba la pistola en el portafolios el coreano comprendió la situación. No había muchas dudas por resolver: una maleta, abierta, casi llena de ropa, estaba sobre la cama. Evidentemente, el contacto entre Bannion y la muchacha había asustado a esta, que había iniciado la fuga…

Una fuga que ya jamás podría completar.

Paek salió de la habitación, cautelosamente, asegurándose de que nadie lo veía, y descendió velozmente a la planta. Al pie de las escaleras estaba el hombre que le había entregado el portafolios, y Paek se lo devolvió, mientras el hombre decía:

—Yo podría haberla…

—Imbécil. Bannion está vivo. ¿Todo tengo que hacerlo yo?

Fue un diálogo no solo corto, sino velocísimo. Paek llegaba corriendo junto a Lili segundos después. Ella permanecía junto a Oliver Bannion, por el que, de momento, no podía hacer más. El médico que había aparecido entre el público del casino tampoco podía hacer nada más, sin material adecuado.

—¿Sigue vivo? —preguntó Paek.

—Sí. ¿Has conseguido la ambulancia?

—Llegará en unos minutos.

—Bien. Vamos a dejar a Bannion con el doctor…, y veamos qué conseguimos con la mujer.

Se dirigieron los dos hacia la entrada, y fueron directos a conserjería, donde Lili describió a la muchacha. El conserje reflexionó unos segundos, y asintió.

—Ah, sí… Tiene que ser ella. La señorita Carrington: habitación dos cero uno.

Un minuto más tarde, Lili empujaba la puerta de la habitación doscientos uno, que encontraron entornada. Y nada más entrar vieron a la muchacha.

Lili ni siquiera se inmutó; Paek lanzó una exclamación, y se

precipitó hacia su reciente víctima.

—No te molestes —dijo Lili—: está muerta.

Paek se mordió los labios. Luego, susurró:

—Los han eliminado para que no hablen… Eso significa que alguien se ha dado cuenta de todo, que nos conoce, que nos ha visto siguiendo y vigilando a Bannion…

Lili se acuclilló junto a la muchacha, y se quedó mirando precisamente el orificio de la última bala, en el centro del seno. Lo tocó con las yemas de dos dedos.

—Aún está caliente.

—Claro. No puede hacer mucho que la han matado. Quizás, incluso antes que a Bannion.

La espía americana no dijo nada. Se puso en pie, y se acercó a la cama, donde estaba la maleta abierta. Muy bien, si un espía se dispone a levantar el campo, ciertamente no se dejará olvidadas sus cosas… Sacó las ropas de la maleta, y tardó menos de cinco segundos en encontrar el sistema para abrir el doble fondo. Dentro de este, un pasaporte, a nombre de Marya Pozorev… Lili lo tendió a Paek, que lo miró, encogió los hombros, y refunfuñó algo.

—¿Te importaría atender tú solo todo esto? —preguntó Lili.

—¿Todo esto? ¿A qué te refieres?

—A todo lo que ha pasado aquí. Yo voy a irme con Bannion al hospital. Quizá pueda decirme algo, si no muere.

—Si no muere —puntualizó Paek—… Y eso, suponiendo que estuviese en condiciones de hablar antes de un par de días, por lo menos.

—No pierdo nada probando. Y además, no me interesa que el nombre de Lili Connors, y mucho menos alguna fotografía mía, aparezca en los periódicos. Supongo que lo comprendes.

—Sí, pero…

—Cuando termines aquí, te estaré esperando en el hospital al cual has pedido la ambulancia. Hasta luego, Woo.

—Pero…

Lili Connors salió rápidamente de la habitación, y poco después salía del hotel-casino. La ambulancia tardó todavía cinco o seis minutos en llegar, Bannion fue recogido en una camilla e instalado en aquella, y la ambulancia regresó hacia Seúl, con la señorita Connors sentada junto al herido. Con ella, un médico y un

ayudante, que, aseguraron, en un francés aceptable, que no se podía hacer nada hasta llegar al hospital.

—No vamos a llegar al hospital —dijo Lili.

Los dos hombres se quedaron mirando, atónitos, la pistola con que la preciosa rubia les apuntaba. Sin dejar de apuntarlos, Lili golpeó en el cristal de separación con el asiento delantero, y el conductor lo descorrió, utilizando una mano, por encima del hombro.

—Pare —ordenó Lili, en inglés—… Pare. *Stop*. ¿Comprende?

No poco sorprendido, el conductor de la ambulancia frenó, a un lado de la carretera, casi al pie de Walker Hill. Lili hizo un gesto al médico y al enfermero, y estos se apearon. Lili lo hizo detrás, a tiempo de recibir al conductor, que llegaba a la parte de atrás preguntando qué ocurría, sin duda. Al rojizo resplandor de las luces de posición del vehículo, vio la pistola, y se quedó no menos pasmado que sus compañeros.

—Aléjense —ordenó Baby, moviendo la pistola—… Caminen de regreso al casino. ¿Me explico?

La comprendieron perfectamente. Y, al parecer, también comprendieron que la encantadora muchacha rubia estaba dispuesta a disparar si era necesario, porque obedecieron. Lili cerró las puertas de la parte de atrás de la ambulancia, se colocó rápidamente al volante, y partió de allí, dejando a los estupefactos coreanos en el centro de la carretera y unos treinta metros más atrás; distancia que fue aumentando rápidamente a medida que la robada ambulancia se alejaba… ¿hacia dónde?

Ni siquiera la rubia conductora lo sabía. Así que recurrió a la pequeña radio de bolsillo.

—¿Simón?

—Adelante.

—Necesito ayuda. Inmediatamente, el mejor médico que…

—¡¿Está herida?!

—No, no… Tranquilícese. Yo estoy bien, pero…

10

Oliver Bannion, por auténtico nombre Igor Krevlin, oía rumores a su alrededor. Voces, ruidos, sonido de cristal… De alguna parte, llegaba luz, como difusa. Y una voz, en inglés, llegó con sorprendente nitidez a sus oídos.

—Ha abierto los ojos.

Igor Krevlin los abrió aún más. ¿Qué tenía de sorprendente que él abriera los ojos…? De pronto, lo recordó todo. Es decir, lo que podía recordar hasta el momento en que recibió aquel golpecito en el pecho. Intentó incorporarse, pero algo se lo impidió. Y de nuevo oyó nítidamente la voz:

—Ve a decirle a Baby que ha recobrado el conocimiento… Y que no creo que sea por mucho tiempo. ¿Cierto, doctor?

—Cierto. Y les advierto que no respondo de él si le obligan a sostener una conversación.

—No se preocupe. Solo queremos que ella sepa que Krevlin ha despertado. Por lo demás…

Igor ya no oyó nada más, porque pareció que hubiese un estampido dentro de sus propios oídos. ¡Krevlin! Estaba bien claro que le habían descubierto, que conocían su verdadera personalidad. ¡Con lo bien que habían montado en Moscú su falsa personalidad de Oliver Bannion! ¿Y cómo podían haberlo descubierto…? De pronto, recordó que estaban hablando de Baby. Sí, de Baby… Lili Connors. ¡Al demonio, seguro que ella no se llamaba así! Los pensamientos parecían dar vueltas, zumbando, dentro de la cabeza de Igor Krevlin. A su alrededor, parecía que cientos de luces se apagaban y se encendían…

—Yo estoy listo para operar —oyó.

—Bien. Un momento, ella llega enseguida, doctor.

Ella… Baby, claro. ¿Cómo le había descubierto? Bueno, tratándose de ella, ya no le sorprendía nada, pero todo debía de

tener una explicación. Como el secuestro o el asesinato del general Kim… Sí, por eso estaba Baby en Corea, en Seúl. Por eso. El secuestro del general Sun Man Kim…

—Igor —oyó en ruso—: ¿puede oírme?

Ante sus ojos, de forma borrosa, apareció la imagen de la señorita Connors. Parpadeó, y la visión, solo por una centésima de segundo, se aclaró, pudo ver a Lili Connors, en efecto.

—No —jadeó Igor Krevlin—… Nosotros, no… Los rusos no… no hemos… no hemos…

—¿No tienen ustedes al general Kim? —Llegó lejana la voz.

—No… Nosotros, no… no tenemos… No… no sabemos…

—Ya basta —le llegó la voz de Lili Connors—. Proceda, doctor.

Igor Krevlin quería continuar hablando, pero, bruscamente, sin que ni siquiera hubiese notado el pinchazo de la anestesia, sintió un millón de giros de su cabeza, y luego, nada. Absolutamente nada.

La agente Baby se apartó del pequeño quirófano privado, y tras hacerle una seña a Simón-Seúl, fue hacia la puerta. Segundos después estaban en la salita decorada confortablemente con una mezcla de confort americano y exotismo coreano. Lili se dejó caer en el centro del sofá, y encendió un cigarrillo.

—Seguramente, el ruso se salvará —dijo Simón-Seúl.

—Eso espero.

Simón-Seúl encendió también un cigarrillo, y se sentó en un sillón, frente a Baby.

—¿Usted le cree? —preguntó—. ¿Cree que realmente los rusos no tienen nada que ver con esto?

—A cada instante —murmuró Lili Connors— estoy más y más convencida de que los rusos no tienen nada que ver… Nada.

El ruso volvió, como era de temer. Esta vez, le acompañaban los dos coreanos habituales y otro coreano, más alto, grueso, de cabeza rapada, ojos diminutos, manos enormes… Su expresión era tan siniestra que Sun Man Kim y Wilson Dover se estremecieron. Shima, no. Shima no se estremeció, ni reaccionó en modo alguno. En realidad, no veía a nadie, no veía nada, pese a tener los ojos muy abiertos. Parecía alucinada. El gordezuelo y otrora encantador labio inferior colgaba con un gesto estúpido, casi con una sonrisa. De cuando en cuando, Shima sonreía más ampliamente, sus ojos se iluminaban, y su cabeza comenzaba a moverse marcando tiempos

musicales, acompañando a cada tiempo con un canto, dividido en notas:

A ri rang a ri rang a ra ri yo
A ri rang go gae ro no mo gan da
Na rul po ri go shi nun nim un
Shim ni do mot ga so pal byong nan da…

A Wilson Dover le había costado bastante, al principio, identificar la canción *Arirang*, del floklore coreano. Aterrado, miraba a la muchacha, que la cantaba sin desmayo una y otra vez… Igual que la cantaría una niña en la escuela, aprendiéndola trabajosamente… Y así llevaban horas y horas, desde que Shima, por decirlo de algún modo, se había «despertado» después del paso de la tropa norcoreana sobre su cuerpo, que yacía desnudo y sucio, patético, sobre el suelo.

—¿Sigue con su absurda actitud, general Kim? —preguntó el ruso.

Shima lo miró, sonrió, y comenzó a cantar *Arirang*. El ruso le dirigió una sonriente mirada, y luego miró pérfidamente a Sun Man Kim.

—Su corazón es muy duro, general. ¿Habría resistido tanto si en lugar de ser simplemente su amante hubiese sido su hija? Se lo digo porque no hemos desistido de traerla aquí como… invitada… No vamos a tener más remedio que arriesgarnos de nuevo, en vista de que no conseguimos ablandarlo con su amante. Francamente, general, teníamos indicios de que era usted un hombre más… humano. Ni se nos ocurrió que tuviese la entereza suficiente para soportar todo lo que podamos hacerle a la muchacha… ¿O no podría usted soportarlo todo?

Un destello de alarma apareció en los ojos de Wilson Dover, mientras Sun Man Kim permanecía impasible. El americano lo miró, contempló sus rígidas facciones. Luego miró al ruso, que sonreía con una expresión en verdad inquietante.

—¿No quiere contestarme, general? ¿No quiere decirme si es usted realmente capaz de soportarlo todo?

—¿Qué más quiere usted que soporte este hombre? —masculló

el espía americano—. ¿Aún no ha sido suficiente?

—Claro que no, amigo Wilson. Todavía quiero hacer una prueba. La última, porque dentro de muy poco llegará algo que hace días estamos esperando… Y cuando eso ocurra, las cosas van a ponerse al rojo vivo.

—¿Se refiere a la Guerra de Primavera?

—Lamentablemente, nos vamos a ver obligados a adelantarla un poco.

A menos que el general pueda convencerme de que el Mando coreano y norteamericano no saben nada de nuestros preparativos.

—¡Claro que no saben nada! Escuche, yo se lo garantizo: no sabemos nada sobre…

—Al parecer —endureció sus facciones el ruso— estamos en un plan ingenuo, amigo Wilson. ¿Tengo que creerle a usted? ¿O tan siquiera al general Kim si me asegura, con simples palabras, que no saben nada de nada? Hasta ahora, con el fin de conservarlo con toda su lucidez, hemos evitado lastimar directamente al general, pero ya nos está cansando, compréndalo. En vista de su terquedad, hemos decidido ofrecerle una muestra de lo que vamos a empezar a hacer con él si no se aviene a razones y nos demuestra de modo indudable que los preparativos de la *Spring War* son desconocidos en Seúl. ¿Me he explicado?

—Sí, pero…

—¿Me ha comprendido usted también, general? —cortó el ruso.

—En Seúl, nadie sabe nada sobre la Guerra de Primavera —susurró Sun Man Kim.

—Claro… ¿Qué va usted a decir? Si dijese que sí saben algo, nosotros adelantaríamos la fecha de agresión, y eso no les conviene. Prefieren prepararse mejor para recibirnos adecuadamente. Voy a insistir una vez más, general. Solo una vez: ¿qué saben en Seúl, y qué están preparando los Mandos americano y coreano?

—Nada.

—Está bien. En la duda, nos obliga usted a adelantar la Spring War: al amanecer, las fuerzas norcoreanas contratadas privadamente por nosotros, atacarán. Hemos conseguido todo el material necesario para que nadie dude que el ataque proviene del ejército de Corea del Norte…

—¿Pero no es así? —exclamó Wilson Dover.

—Amigo Dover, ya le he dicho que se trata de provocar una guerra. Los norcoreanos no tienen ni idea de lo que se está preparando. Sin embargo, un discreto contingente de tropas de apariencia incuestionablemente coreanas, con armamento coreano, va a atacar muy pronto. Lo haremos por la zona cercana a Panmunchon… Arrasaremos la localidad llamada Kaesong. Las cosas sucederán de tal modo, se producirá tal masacre, que ya nada podrá evitar el enfrentamiento formal y auténtico entre las dos Coreas. Como ya le dije, queremos que China se preocupe por otras fronteras que no sean las que tiene con Rusia… ¡Y basta de charla! Les recomiendo, especialmente al general, que vean ahora lo que va a ocurrirle a él por su terquedad.

Dijo algo en coreano, y tanto Dover como Kim respingaron. El coreano de la cabeza rapada y manos enormes se abalanzó sobre Shima, que permanecía silenciosa y sonriente, como contemplando maravillosos espectáculos, ajena a todo. Gritó cuando el coreano cayó sobre ella, pero comenzó a reír histéricamente cuando notó sus manos en todo su cuerpo, veloces, ávidas.

Fue una violación velocísima y brutal, de auténtica animalidad, degradante, horrenda… Y acto seguido, como si aquello fuese una continuación del placer sexual que acababa de tener, el coreano hundió los dedos pulgares de sus enormes manos en los ojos de Shima…

El alarido de esta fue espantoso. El general Kim parecía una estatua de piedra, pero Wilson Dover, al ver aparecer la sangre y el líquido de los reventados globos oculares de la muchacha, sintió como un mazazo en el estómago, la cabeza le dio vueltas… De pronto, tuvo la sensación de que su estómago se volvía del revés, y las espantosas náuseas le hicieron vomitar violentamente un instante antes de desvanecerse.

—Continúa bajo los efectos de la anestesia —dijo el médico—, pero puedo garantizar que se salvará, a menos que aparezca alguna complicación.

—Bien —asintió la hermosa rubia—. Muchas gracias por su colaboración, doctor.

—No se merecen: he cumplido mi trabajo, conforme a mi acuerdo con la CIA. Es posible que durante la noche tenga que atender al herido, de modo que si no tienen inconveniente

aprovecharé ahora que están ustedes para dormir unas horas.

—Ninguno, por supuesto. Gracias de nuevo.

El médico hizo un gesto, y abandonó la salita. En esta se hallaban ahora, además de Baby y Simon-Seúl, tres agentes más de la CIA.

—El error —dijo Baby, como continuando una conversación momentáneamente olvidada— fue inicialmente mío, al no pedirles a ustedes que vigilasen también a Krevlin. Pero, tenían demasiadas cosas que hacer por otro lado, y puesto que los hombres de Paek se ocupaban del ruso, lo consideré suficiente… Si alguno de ustedes hubiese seguido también a Krevlin, quizás habría visto a quien disparó contra este frente al casino. Mala suerte…, pero tengo la certeza de que Paek no es ajeno a esto. Por eso le he quitado a Krevlin de las manos. En realidad, ya desconfiaba de él, pero todavía tenía la esperanza de que podía equivocarme.

—Me cuesta creer que Paek esté haciendo juego sucio en esto —murmuró Simón-Seúl—… Y me gustaría saber en qué basa usted exactamente su desconfianza.

—Lo del helicóptero ya me dio que pensar…, después del estúpido ataque de aquellos tres coreanos que, al parecer, querían llevarse a la hija del general Kim. Aparentemente, y puesto que por medio de los micrófonos sabían quiénes estábamos allí, los tres coreanos esperaron a que Bannion, Paek y yo saliésemos de la casa para atacar… Pero lo hicieron muy mal. ¿Por qué no esperaron tan solo medio minuto más, a que nosotros tres nos hubiésemos marchado de allí? Pues, porque sus órdenes eran esas. Lo que no sabían, era que sus propios jefes los habían condenado a muerte.

—Bueno, Baby, quizás está usted… exagerando un poco, ¿no?

—No. Sabían que yo estaba allí. Y contaban con Paek también, que no tuvo piedad alguna. Ellos creían que todo les iba a ser facilitado, y cayeron en la trampa. Una trampa contra aquellos tres pobres desdichados, que solo tenían que dar la impresión de que querían llevarse a la hija del general Kim. ¡Santo cielo, pero si lo hicieron todo muy mal…! Y las cosas solo se hacen tan mal cuando alguien más listo engaña a alguien más tonto haciéndoles creer que esos planes son formidables.

—A mí me parece todo un poco maquiavélico…

—¿Sí? Bueno, pongamos un breve ejemplo. Supongamos

nosotros enviamos a nuestros tres compañeros —los señaló— a realizar la misma acción, y que están enterados de quién hay en la casa y todo lo demás. ¿No esperarían ellos a que Paek, Bannion y yo nos fuésemos? Y luego, dentro de la casa, golpean a dos hombres, cuando dos tiros lo habrían solucionado todo. ¡Y ni siquiera aciertan a Bannion cuando este se precipita dentro de la casa! ¡Santo cielo! ¿Saben por qué no acertaron a nuestro colega Bannion-Krevlin?

—¿Por qué?

—¡Porque querían dar la impresión de que obedecían órdenes de agentes rusos, y sabían que yo no tardaría en saber que Bannion lo era! De un modo u otro, Paek me lo habría hecho saber… ¡Y luego, lo del helicóptero! Un montaje precipitado cuando surgió lo inesperado: el joven amante de la amante del general. Esto no lo esperaban, desde luego, pero lo aprovecharon. Querían que yo creyese que querían matar a Paek. ¡Absurdo!

—¿Por qué?

—Porque eso podían hacerlo de cualquier manera, en Seúl, sin complicaciones. Paek quería salir del coche, esconderse entre las rocas… Cierto, habríamos evitado que nos acribillaran. Y eso es lo que estaba previsto, a fin de que quedase justificada la supervivencia de Paek, que aparecería como otra víctima amenazada. ¡Tendrían que haber visto su cara cuando derribé el helicóptero!

—Quizás iban a por usted…

—¿A por mí? Eso habría sido tanto como delatar a Paek. ¿Por qué atacar a una periodista americana…, salvo que supiesen que era la agente Baby? Y si lo sabían… ¿quién podía habérselo dicho? ¿Usted, Simón?

—¡¿Yo?! —Respingó Simón-Seúl.

—¡Claro que no! ¿Quién más podía haberme delatado a los atacantes que iban en el helicóptero? Solo Paek. Eso le habría puesto en evidencia. No.

Simularon que querían matarlo a él… Todo lo que han estado haciendo es para convencerme a mí. Me quieren como testigo de sus planes, de momento. Lo que tengan proyectado para más adelante, lo ignoro. Pero sí estoy segura de que Igor Krevlin no ha tomado parte en este asunto, no ha colocado los micrófonos, no

sabe nada de nada… Si lo hubiese sabido desde un principio…, ¿no habría comprendido Igor Krevlin, nada más verme en la casa del general, que la periodista americana solo podía ser Baby?

—A menos que sea tonto, sí tenía que sospecharlo, al menos.

—Pues ni se le ocurrió. Incluso se sobresaltó anoche, en la casa de Moo Sik Bae cuando le dije que yo era Baby. Se asustó tanto, y comprendió que algo tan grave se estaba tramando puesto que yo intervenía, que anoche mismo quiso irse de la casa de Bae, separándose así de la hija del general…, a la cual ama realmente. Pero hoy ya no ha podido esperar más. Ha ido a su apartamento, ha visto que le habían quitado el pasaporte y la radio…, y ha ido a toda prisa al lugar donde tenían establecido el contacto con su enlace para casos de emergencia. Se han asustado los dos. La muchacha rusa estaba haciendo su maleta cuando la asesinaron brutalmente. Y esta es otra cuestión: ¿por qué iban los rusos a asesinar a sus dos compañeros?

—Para que ustedes no los capturasen y hablasen… ¿No?

—Eso es lo que tratan de hacernos creer. Pero había una solución mucho mejor para los rusos: matarnos a Paek y a mí, y llevarse sanos y salvos a sus compañeros. ¿Por qué sacrificarlos?

—Bueno…

—En cambio, matándolos, ponían ante mí a dos agentes rusos que indudablemente estaban operando en Seúl…, del mismo modo que están operando ustedes. Pero no tienen nada que ver con el general Kim. ¡Nada, nada, nada! Solo querían restregarme a los rusos por las narices, para que, cuando ocurra lo que tengan preparado, la agente Baby acuse a Rusia de ello. Naturalmente, si yo capturaba vivo a Krevlin y a la muchacha, no tardaría en comprender que ellos no sabían nada de todo esto. ¿Entonces…? ¡Pues matarlos! ¿Cómo no sospechar de los rusos, e incluso acusarlos, si tenían a uno de sus agentes metido en la casa del general Kim? ¿Quién mejor que él para colocar los micrófonos, para saberlo todo sobre el general, para organizarlo todo? ¡Están haciendo todo lo posible para que la CIA acuse a los rusos de lo que sea que vaya a ocurrir!

—El hecho cierto, sin embargo, es que Krevlin es un agente ruso que se había metido en la casa del general Kim.

—Bueno, ¿y qué? Indudablemente, Krevlin es un muchacho muy

atractivo. Es un buen «gancho» para conectar con el general por medio de su hija. ¿Cuántas veces no habremos hecho nosotros cosas parecidas, e incluso peores? La actividad de Krevlin es normal: enamoró a la hija del general para espiar a este…, pero ese ruso ha caído en su propia trampa, ya que, actualmente, está enamorado de la joven Mian Sun.

—¡Oh, vamos…!

—Estoy segura de eso, Simón —sonrió Lili Connors—: a mí se me puede mentir de mil maneras, pero no con los ojos. Por ejemplo, yo sé que los disparos que hirieron a Krevlin los efectuó un hombre de Paek. En cuanto a la muchacha, esa Marya Pozorev, es posible que incluso fuese asesinada por el propio Paek mientras este estuvo fuera de mi alcance visual. Esto, son sospechas, más o menos discutibles. ¡Pero no me discutan lo que yo vi en los ojos de Krevlin mirando a Mian Sun Kim! La ama. Si los rusos hubiesen tramado algo, relacionado con asuntos militares, en primer lugar Krevlin no habría insistido tanto en que era eso. Habría dicho cualquier otra cosa. Y aún hay más… ¿Ustedes creen que si los rusos están tramando algo relacionado con los ejércitos norteamericano y coreano del Sur habrían elegido al general Kim como… víctima inicial de sus planes? Yo creo que no, y eso debido precisamente a que a estas alturas la MVD sabe perfectamente que Igor Krevlin está realmente enamorado de Mian Sun Kim. Y no solo eso, por consideraciones personales, que no existen en espionaje… ¿No habría sido mucho más lógico, y sobre todo discreto que, puestos a secuestrar a un general coreano, hubiesen elegido a otro que no tuviese relación con uno de sus agentes? ¿Habrían comprometido de este modo a Krevlin, y por tanto a la MVD? Aquel de ustedes que crea que los rusos son idiotas, que levante una mano.

Los cuatro agentes de la CIA permanecieron inmóviles, hasta que, por fin, Simón-Seúl se pasó una mano por la frente.

—Pero, vamos a ver… ¿Qué es lo que están tramando, y quiénes son?

—No sé lo que están tramando, pero desde luego no pretenden ningún resultado de tipo militar. ¿Quiénes son? Tengo mis sospechas, pero eso ya es más problemático, de eso no puedo hablar con tanta seguridad. Para mí que algunos amigos del general Kim toman parte en esto. Por supuesto, en combinación con Woo Young

Paek, nuestro… estimado colega… que anoche quiso acostarse conmigo.

—¿Que quiso…? ¡El muy cerdo…! —bramó Simón-Seúl.

—No se lo tome así —sonrió Lili—. Es natural. ¿No habría sido divertidísimo y fabuloso para él tomarle el pelo a Baby, usarla sexualmente, y cuando ya mi cometido se hubiese cumplido, y conocedor de mi verdadera personalidad, venderme a los chinos o los rusos? Sin duda, Paek es un muchacho muy espabilado.

—¡Es un cerdo! ¡Y como le ponga las manos encima…!

—Tranquilo, tranquilo… Hasta ahora, él me ha estado… manejando a mí como si yo fuese una marioneta. A partir de ahora, será al revés.

—Esperemos que sea así… ¿De cuáles amigos del general Kim desconfía usted?

—Pues… de todos, prácticamente. ¿Qué les pasa, por qué intervienen, por qué se preocupan tanto, por qué quieren parecer tan buenos…? De todos: In Suk Yi, Moo Sik Bao, Jung Pyo Song, el joven y apuesto Joon Ki Byun…, y otros que no conozco. ¡Esa casa fortaleza del viejo Bao…! ¡A saber lo que habrán tramado allí dentro los «amigos» del general Kim! Por el momento, una cosa sí tengo por segura: sea lo que sea lo que hayan tramado, han partido de la base de que Oliver Bannion es un agente ruso llamado Igor Krevlin. Ellos lo sabían ya, y lo han montado todo sobre el general Kim para que, en definitiva, insisto una vez más, ocurra lo que ocurra carguen los rusos con el paquete. Y para ello, ni más ni menos que están… han estado utilizando a la agente Baby como pieza de convicción. ¿A quién se le ocurrió utilizarme a mí y mi prestigio en el espionaje, si me permiten la inmodestia? Pues, lógicamente, a Paek: si Baby acusa a los rusos, es que los rusos son culpables, y eso lo admitirían hasta en Moscú.

—Pero culpables… ¿de qué? —Gruñó Simón-Seúl, irritado—. Porque si no es nada de índole militar… ¿qué puede ser?

—Ya le digo…

Baby dejó de hablar, porque había sonado el zumbido de llamada en su radio, que tenía sobre el maletín, colocado encima de la mesita de centro.

—¡Quizá sepamos ya algo! —exclamó Simón.

Ella asintió, y atendió la llamada. Era perfectamente posible que

supieran algo, y muy pronto, si los demás agentes de la CIA, y sus colaboradores en Corea habían cumplido bien sus instrucciones…

—¿Sí?

—Baby, soy Simón…, bueno, un Simón.

—*Okay*, Simón —sonrió la divina—. ¿Qué ocurre?

—De acuerdo a las instrucciones, hemos estado vigilando el hospital de la ambulancia cuyas señas nos facilitó usted. En efecto, Paek ha aparecido por aquí.

—Bien. Eso era de esperar, ya lo sabíamos. ¿Qué más?

—Ha estado fastidiando dentro del hospital a todo el mundo, asegurando que una ambulancia tenía que haber llegado allí procedente de Walker Hill llevando un herido británico y una señorita americana, rubia, bellísima…

—Paek es muy amable —casi rio Lili—. En fin, le han dicho que no hemos llegado, que la ambulancia ha desaparecido, etcétera. Y Paek ha salido desconcertado, desconfiado, y quizás incluso furioso del hospital. ¿Qué ha hecho entonces?

—Con usted da gusto hablar. ¿Qué ha hecho? Ha ido a una fábrica.

—¿Una fábrica…? ¿Qué clase de fábrica?

—De tejidos.

La espía más peligrosa del mundo quedó atónita.

—¿Una fábrica de tejidos? Pero… Bueno, ¿de quién es, qué ha hecho Paek allá?

—Todavía está aquí. Está conversando con un hombre que parece alguien importante…, y que ha ordenado que un camión sea cargado con unos fardos…

—¿Pueden ser armas? —exclamó Lili.

—No. De ninguna manera. Son tejidos. Ropas. Un momento… Parece que llega otro camión… Sí, van a cargar otro camión cuando terminen con este.

—Ropas… ¿Qué clase de ropas? ¿A qué se dedica exactamente esa fábrica?

—Bueno, confeccionan batas de trabajo, «monos», y cosas así. Ah: la fábrica es uno de los negocios de un coreano llamado Moo Sik Bae. No es ningún secreto.

—Moo Sik Bae —musitó Lili; y de pronto, se irguió vivamente… ¿Podrían ser uniformes, eso que están cargando? Uniformes

militares, se entiende.

—¿Uniformes…? Claro. ¿Por qué no?

Lili miró a Simón-Seúl, y luego a los otros Simones; los cuatro estaban lívidos. ¡Uniformes militares! ¡Esto sí que tenía sentido con el secuestro de un general!

—Simón —murmuró la espía—, voy a pasarle el contacto con Simón-Seúl, para que usted le vaya guiando por la radio hacia esa fábrica, y, si los camiones parten antes de que nosotros lleguemos, nos vayan guiando en su seguimiento. No los pierdan de vista pase lo que pase. ¿De acuerdo?

—*Okay*. Póngame con el jefe… Quiero decir con…

—Es su jefe, yo entiendo eso. Espere dos minutos a que estemos en el coche, y reanudarán la conversación. Dos minutos, Simón.

—Sí, espero.

Lili se puso en pie, tendió la radio a Simón-Seúl, y señaló hacia fuera de la casa. Los cuatro hombres salieron, y Lili fue al pequeño quirófano privado, donde Igor Krevlin yacía todavía en la camilla de operaciones, vigilado por otro agente de la CIA constituido en ayudante del médico, debido a sus conocimientos de medicina.

—Simón, nos vamos. Si ve que Krevlin despierta, o sucede algo que le preocupe, despierte inmediatamente al doctor.

—Muy bien. ¿Pasa algo importaste?

—Pasará muy pronto —murmuró Baby.

11

—Solo como simpática información —dijo el agente de la CIA que conducía el coche—: estamos llegando al paralelo treinta y ocho. Si esos dos camiones no se detienen pronto, nos vamos a complicar la vida todos: cruzaremos el paralelo.

—No los pierda de vista, simplemente, Simón —dijo Lili.

—*Okay*.

Por delante de ellos, a tanta distancia que en ocasiones perdían de vista las luces rojas de posición de los dos camiones, estos iban saltando por los caminos prácticamente intransitables que habían tomado después de abandonar la carretera algo más arriba de Uichongbu, al norte de Seúl. Luego, habían visto un río, que Simón-Seúl había señalado mencionando su nombre: Inchin.

En la noche oscura, también el coche de los espías americanos iba rebotando en el desigual terreno del camino, pese a sus buenos amortiguadores. Afuera solo se veían estrellas. Hacía el suficiente frío en aquella parte para que las ventanillas del coche, ocupado por cinco personas, se fuesen empañando continuamente. Viajaban sin luces de posición, y, por supuesto, menos aún habían de encender los faros. Era un viaje infernal, que continuamente echaba a Lili hacia los lados del coche, y hacia el techo. Hacia los lados no había problema, pues viajaba entre Simón-Seúl y otro Simón, pero había estado varias veces a punto de llegar con la cabeza al techo del vehículo…

—De aquí a Seúl hay menos de cincuenta millas, ¿verdad? —preguntó de pronto Baby.

—Sí.

—Llame. A ver qué nos dicen de Paek.

Simón-Seúl contactó con los agentes que se habían quedado en la capital coreana, y el que dirigía la operación de rastreo de Woo Young Paek concretamente, atendió sus preguntas. Y sus respuestas

sonaron claramente dentro del coche:

—Paek fue, después de salir del hospital, al Chosun Jotel, donde estuvo apenas cinco minutos. De allí, fue al apartamento de Oliver Bannion, y de aquí a la casa del general Kim. Finalmente, fue a la casa de Moo Sik Bao, en Camino del Cielo de Pukak, y todavía está ahí dentro. Evidentemente, está nervioso. Muy nervioso.

—¿Tanto que no ha ido al depósito de cadáveres? —preguntó sorprendida Lili—. ¿O en Seúl no hay depósito de cadáveres?

—¿Al depósito de cadáveres? —preguntó a su vez Simón—. ¿Tenía que ir allí?

—Bueno, ha podido pensar que Bannion murió por el camino y lo llevaron allá, en lugar de al hospital, como sin duda han hecho con la muchacha rusa…

—Ah, no. La muchacha rusa fue llevada en otra ambulancia del mismo hospital, y por el momento está en el depósito de este. Por el momento, no tenemos noticias de que nadie se haya presentado a preguntar por ella, ni por Bannion. Pero vigilamos también el hospital, desde luego.

—Está bien. No pierdan de vista a Paek. Es todo, Simón.

—Hasta otra —se despidió el agente que estaba en Seúl.

La comunicación fue cortada. Lili miró hacia delante. Las luces rojas aparecían y desaparecían, daban saltos… Solo un par de minutos más tarde, el espía que conducía frenó de pronto, y enseguida apagó el motor.

—¿Qué ocurre? —exclamó Simón-Seúl.

—Se han detenido. He visto perfectamente cómo se apagaban las luces.

—Quizá las has perdido de vista…

—No. Esta vez se han detenido, y las han apagado.

El silencio era total. Lili bajó un poco el cristal de una ventanilla, y un aire frío penetró como una cuchillada dentro del coche, para alivio de todos. Baby estuvo muy atenta con su finísimo oído, durante unos segundos, pero no captó nada. El silencio era terrible.

—Está bien —murmuró—… Dos de ustedes vendrán conmigo. Usted y usted. Tocó en el hombro al conductor del coche y a Simón-Seúl. Los tres se apearon, pero Lili mantuvo la portezuela abierta unos instantes, mientras decía a los otros dos agentes:

—Si no volvemos, y las cosas se ponen mal para ustedes, regresen a toda prisa a Seúl, y avisen inmediatamente a nuestros militares de más alta graduación de lo que ocurre.

—Quizá si fuésemos los cinco…

—No. Si algo pasa, alguien tiene que poder volver a Seúl. Tengan cuidado.

Segundos después, los dos espías que quedaron dentro del coche veían desaparecer a sus tres compañeros en la oscuridad.

Una oscuridad no total, lívida y fría. Sobre Baby y los dos agentes de la CIA las estrellas emitían su luz azulada, como pedacitos de hielo.

Y a esa luz, poco después, distinguían las formas de los dos camiones. Se acercaron un poco más, y entonces vieron la pequeña casa, entre algunos pinos. Junto a la casa, un automóvil, que relucía levemente en la oscuridad, pero con tono más intenso a la luz que salía por la puerta de la casa, que se cerró entonces, sin que hubiesen podido ver más que algunas siluetas.

—¿Quién debe de haber ahí? —susurró Simón-Seúl.

Baby lo miró, dispuesta a contestar, pero en aquel momento Simón la tocó en un brazo. Lo miró, y el espía señaló hacia la casa, un poco más allá de donde habían visto el coche. La vista de Simón era muy buena…, afortunadamente para los tres. Porque si hubiesen intentado algo contra aquella casa, se habrían encontrado con no menos de veinte hombres, que ahora los veían moverse, acercándose a los camiones.

Acostumbrados ya a la relativa oscuridad, los tres distinguieron muy pronto la indumentaria de aquella veintena de hombres.

—Soldados —murmuró Lili—… Son soldados, ¿no es cierto?

—Sí. Y yo diría que soldados del Norte.

—No se muevan de aquí —dijo Lili.

Y antes de que sus compañeros de la CIA pudiesen reaccionar, Baby se apartó de ellos, dirigiéndose por entre matorrales y pinos hacia los camiones. A medida que se acercaba iba viendo mejor a los soldados. Eran coreanos, desde luego. Y con uniforme de Corea del Norte. Se habían detenido cerca de los camiones, entre estos y el coche, y estaban conversando. Sus voces llegaron hasta Baby, pero no pudo entender nada… De la cabina de uno de los camiones saltó un hombre, que acudió hacia el grupo. Este hombre no llevaba

uniforme de ninguna clase.

Por debajo de la puerta de la casa se veía una raya de luz. Solo eso. Parecía que no había ventanas, o, en todo caso, estaban cegadas, para que la luz no llegase al exterior. El tono de las voces de los soldados llegaba cada vez más nítidamente a oídos de Baby, que se detuvo a poca distancia del camión más retrasado. ¿Diez metros, quizá? Estuvo calculando la distancia, vacilando. Luego, se colocó de modo que el camión se interpusiera entre ella y el grupo de soldados, empuñó la pistola, y corrió hacia el camión. En un instante, con la agilidad de una gatita, la espía internacional se encaramó a la caja del camión, y cayó silenciosamente sobre los blandos fardos que lo llenaban casi hasta el borde. Las voces coreanas seguían llegando hasta ella. Por supuesto, ya no tenía frío. Ni pizca de frío.

Con gestos nerviosos, dando tirones, consiguió abrir uno de los fardos. Uniformes de soldados del Norte. Lo cerró, abrió otro, y encontró lo mismo: más uniformes. Otro de los fardos contenía botas. Camisas, calcetines, kepis… ¿Cuál era la jugada de Moo Sik Bae al confeccionar uniformes de soldados del Norte en su fábrica de Seúl? ¿Un simple negocio privado? ¿Un absurdo, por no decir estúpido contrabando…?

De alguna parte llegó de pronto un resplandor amarillento, y Baby respingó. ¡Habían abierto la puerta de la casa! A toda prisa, saltó del camión, no por la parte más cómoda, por atrás, sino por un lado, desdeñando la altura. El impacto de caída fue tan fuerte que sus rodillas crujieron, y en el pie derecho notó un tirón tremendo, mientras rodaba hacia delante. Se puso en pie, desapareció corriendo entre los matorrales…, y apenas dos segundos más tarde los soldados comenzaron a subir a los camiones.

Agazapada, Lili se tocó el tobillo derecho, en busca de una lesión, que parecía no existir. Algunas voces llegaban hasta ella. Se oyó el zumbido de un motor al ser puesto en marcha. Enseguida, otro. Los dos camiones, zumbando apagadamente, comenzaron a alejarse.

Delante de la casa, recortada ahora a la luz que salía por la puerta, la espía vio la silueta de un hombre alto, de largos cabellos. Aquel no era coreano, desde luego. Los camiones se perdieron hacia el Norte, y el hombre entró en la casa y cerró la puerta…

El ruso apareció en la puerta del cuarto donde los tres prisioneros habían permanecido durante aquellos días. Sus dos ayudantes coreanos, y el brutal sujeto que había reventado los ojos a la desdichada Shima, se volvieron a mirarlo. Y lo mismo hicieron Sun Man Kim y Wilson Dover. Por su parte, Shima permanecía inmóvil, sentada, apoyada de espaldas a la pared. Wilson Dover evitaba mirarla, y hacía muy bien, porque la imagen de la muchacha era sobrecogedora. No quedaba absolutamente nada de su belleza, era ya solamente una sucia piltrafa, un despojo humano. Golpeada, violada, sucia de todo, con los ojos convertidos en dos horripilantes agujeros negros llenos de costras, la imagen de Shima solamente podía producir una estremecedora mezcla de pena y espanto. Ya no cantaba la canción folclórica *Arirang*. Ni se movía. Incluso parecía que ni siquiera respiraba.

—Bien —dijo festivamente el ruso—…, ¡todo está en marcha, caballeros! Dentro de muy poco, la localidad de Kaesong será arrasada por tropas norcoreanas, que se dedicarán a la más espantosa brutalidad que puedan concebir. Digamos que nunca antes se habrá visto tal cantidad de crímenes de guerra en tan poco terreno y tiempo. Para ustedes, en especial para el terco general Kim, tengo un premio especial: podrán presenciarlo todo. ¿Les gusta la idea?

Ni Dover ni Kim contestaron. Estaban macilentos, barbudos, derrotados. Los habían mantenido con un mínimo de asquerosa comida…, que Dover incluso lamentó haber ingerido cuando lo acometieron las náuseas al ver lo que hacían con la bella Shima, con sus ojos…

—¿Qué los pasa? ¿No les seduce la idea de presenciar una… batalla? No deben preocuparse. Ustedes estarán a salvo, en un coche o cualquier otro vehículo. Como les decía, lo que esperábamos ya ha llegado, y está ahora camino de la frontera en dos camiones, que serán recibidos por personal norcoreano sobornado allí. Todo pensado, todo previsto… Y como adelantaremos la Guerra de Primavera, aunque los surcoreanos nos estén esperando no servirá de nada, ya que la deben de estar esperando para el ocho de abril, no para mañana. ¿Cierto, general?

Sun Man Kim miró al ruso, pero no dijo nada. El ruso alzó las cejas, como perplejo ante tanta falta de comunicabilidad. Miró al

espía americano, que sostuvo su mirada, en silencio.

—¿Y usted, yanqui? ¿Tampoco tiene nada que decir?

—No —susurró Dover.

—Bueno, no vamos a enfadarnos por eso. Cuando uno no tiene nada que decir, lo mejor es permanecer callado, ciertamente. Como la amiguita del general…, ¡preciosa criatura! Tiene usted buen gusto, general.

—Usted —jadeó Dover—… usted es un sádico… ¡Maldita sea su estampa, usted no es un espía, usted es un cerdo canalla, un maldito canalla sádico que el diablo…!

El pie del ruso cortó el torrente de insultos, incrustándose con terrible fuerza en el vientre de Wilson Dover, que lanzó un alarido, se encogió, y cayó de lado, desencajadas las facciones, desorbitados los ojos.

—Y la próxima vez, le haré tragarse todos sus dientes, amigo Wilson —dijo el ruso—… Aunque no sé si habrá próxima vez, porque dentro de un par de horas partiremos nosotros también hacia el norte, y ya no volveremos a vernos hasta el momento de la… batalla en Kaesong. Después de la cual, usted y el general Kim serán fusilados honorablemente como prisioneros de guerra. ¿Tiene algo que decir ahora?

—Cer… do… —jadeó Dover—… ¡Cerdo mal… maldito…!

El ruso frunció el ceño, y sacó velozmente la pistola, provista de silenciador, con la que apuntó a Dover.

Este cerró los ojos, pero fue solo un instante. Se tragó la amargura del miedo, y abrió los ojos, mirando fijamente al ruso. Este sonrió…, desvió el arma, y apretó el gatillo. La parte superior de la cabeza de Shima reventó, alcanzada en la parte superior de la frente por la bala. Un estallido de sangre, masa encefálica y astillas de hueso salpicó a todos lados, mientras el cuerpo de la muchacha sufría una terrible sacudida. Sun Man Kim emitió un gemido, y se dejó caer de lado, cerrados los ojos. Wilson Dover notó de nuevo las terribles náuseas, pero esta vez no tenía nada que vomitar, lo que fue aún peor…

El coreano de la cabeza rapada se echó a reír, divertidísimo, mientras sus dos compañeros permanecían impasibles.

La sola idea de mirar a Shima hizo rebrotar las náuseas de Wilson Dover, cuyo cuerpo se tensó en violentas arcadas en vacío.

—Pero… ¿qué le pasa, amigo Wilson? —Se interesó amablemente el ruso—. ¿No se encuentra usted bien? Vamos, vamos, no se lo tome así, hombre… Es que éramos demasiados para un solo coche. Ahora somos seis. Todavía somos demasiados, pero seis podremos arreglárnoslas. Siete habríamos sido demasiados… ¡Y para lo que servía ya la muchacha! ¿No está de acuerdo?

Dover había dejado de estremecerse en violentas arcadas. Tenía los ojos llenos de lágrimas, la boca como hinchada de un gusto amargo que le subía del estómago…

Fue a través de esas lágrimas de náuseas, en esos amargos momentos, cuando Wilson Dover vio abrirse la puerta del cuarto y aparecer lo que habría jurado que era una cabeza provista de una hermosa cabellera rubia.

El ruso, de espaldas a la puerta, no vio nada, pero sí oyó algo, porque se volvió vivamente, con un súbito gesto de alarma en su rostro… Él sí vio perfectamente, nítidamente, a la muchacha de la cabellera rubia; y su reacción, fruto del sobresalto, fue la peor que podía haber tenido: lanzó un grito, alzó la pistola hacia la rubia…

Plof, chascó la pistolita que la rubia empuñaba.

Todavía pudo el ruso lanzar otro grito cuando la bala le acertó justo entre los ojos, en el entrecejo, con una precisión absolutamente extraordinaria. El impacto no fue muy fuerte, pero sí tuvo fuerzas la Muerte, que empujó al ruso hacia atrás, rígido, muerto en el acto por la pequeña bala que se había alojado en su cerebro. Cayó con fuerte golpe ante Wilson Dover, que sacudió la cabeza para desprender las lágrimas de sus ojos.

Oyó el grito del coreano de la cabeza rapada, y llegó a tiempo de verlo abalanzarse contra la muchacha rubia, que no se inmutó, ni vaciló lo más mínimo, ni retrocedió un solo milímetro; extendido el brazo, volvió a disparar. La bala penetró en la rapada cabezota del coreano por su ojo derecho, y se alojó en el cerebro, pero el hombre aún corrió un par de metros hacia la rubia, que se apartó siempre sin alterarse, dejando que la mole se desplomase tras ella, sin mirarla siquiera.

Su verde mirada estaba dirigida hacia los dos coreanos, que la miraban, lívidos, incapaces de reaccionar. La pistolita osciló de uno a otro.

—Vuélvanse de espaldas —ordenó en inglés.

Los coreanos no se movieron. La rubia frunció el ceño. Movió la pistola describiendo un pequeño círculo.

—De espaldas —insistió—. Giren. ¡Vamos, de espaldas!

Al mismo tiempo, movía la mano izquierda, con claros gestos para que ambos alzaran los brazos. Finalmente, los dos coreanos parecieron comprender, alzaron los brazos, y se volvieron. La rubia se acercó a ellos, alzó la pistola, y golpeó a uno en la parte posterior de la cabeza. El coreano emitió un gemido, y comenzó a desplomarse…, mientras el otro se volvía velocísimamente y saltaba contra la rubia.

El pie derecho de la implacable visitante se hundió en el bajo vientre del coreano en espeluznante *mae gerí* de karate, y el hombre cayó de rodillas ante ella, lanzando un aullido y llevándose las manos a los genitales; la pistola le golpeó en lo alto de la cabeza, y cayó de bruces, como aplastado, quedando inmóvil casi al mismo tiempo que el otro, que había rodado por el suelo.

Durante unos segundos, la rubia estuvo mirando a uno y otro coreano. Luego, miró a Shima, palideció, desvió rápidamente la mirada, y cerró los ojos.

—¿Baby? —jadeó Wilson Dover—. ¡¿Baby?! Los verdes ojos se abrieron.

—¿Está usted bien, Simón? —musitó la rubia.

—¡Dios…! ¡Es usted! ¡Tenía la esperanza de que apareciera por aquí, pero… era más un sueño que una esperanza!

La rubia se acuclilló frente a él, le pasó una mano por la hirsuta barba de varios días, e insistió:

—¿Está bien?

—Sí. Yo sí… ¡Pero a esa pobre muchacha la… la han…! ¡Ha sido espantoso!

—Tranquilícese. Todo está bien ahora…, en lo posible. Les desataré inmediat…

Baby dejó de hablar, volviéndose vivamente hacia la puerta del cuarto, alzando la pistolita. Pero se tranquilizó en el acto, al ver aparecer a Simón y Simón-Seúl, armas en mano.

—No hay nadie más en la casa —dijo Simón, con voz un tanto ronca.

Como el otro Simón, estaba mirando a Wilson Dover; se acercaron ambos, y se acuclillaron junto a Lili Connors. Simón-Seúl

forzó una sonrisita. El otro Simón consiguió murmurar, en tono de mal conseguido buen humor:

—Vaya, Wilson… No se puede decir que hayas estado de vacaciones, ¿eh?

—Desátenlo —dijo Lili.

Se desplazó hasta el general Kim, que la miraba con expresión atónita, demudado el rostro. El coreano parpadeó cuando la bella rubia se inclinó hacia él.

—¿Quién es usted? —susurró.

—Me parece que ya lo ha oído, general Kim: soy la agente Baby, de la CIA. Sus problemas han terminado…, por el momento.

—¿Qué quiere decir? —Palideció aún más Sun Man Kim.

—Mucho me temo que la información que voy a facilitarle va a disgustarle profundamente.

—¿Mi hija…?

—Su hija está bien.

Sun Man Kim lanzó un profundo suspiro, y su mirada fue un instante hacia el cadáver del ruso.

—Ese hombre intentó secuestrarla… ¡Y dijo que no desistían de conseguirlo, que lo volverían a intentar!

—No se preocupe demasiado por su hija. Aunque a decir verdad está en una situación que quizá resulte comprometida, ya que se halla alojado en estos momentos en casa de Moon Sik Bae.

El rostro del general Kim se iluminó.

—¡Oh, bueno, si está con Moon, no hay que preocuparse…!

—Quizá sí. Depende de cómo reaccione el señor Bae. Cabe en lo posible que intente utilizar a su hija como rehén, presionándole a usted para que nadie le moleste.

—No… no comprendo… ¡Moo es uno de mis mejores amigos…!

—Quizá. Quizá lo fue hasta ahora, pero mucho me temo que en sus circunstancias recurrirá a cualquier procedimiento con tal de protegerse.

—Pero… protegerse ¿de qué?

Baby terminó de desatar a Sun Man Kim, y le tendió las manos.

—Le ayudaré a ponerse en pie… Quizá no puedan caminar, pero no es problema…

—¡¿Protegerse de qué?! —Casi gritó el general.

—Si tanta prisa tiene por enterarse de cosas desagradables, se

las diré. Pero será camino de Seúl, general. Veamos si puede caminar.

Wilson Dover ya estaba en pie, pero se sostenía solo gracias a la ayuda que le prestaba su compañero Simón.

Simón-Seúl se acercó a ayudar a Baby a poner en pie a Sun Man Kim.

Este era un hombre todavía joven, y fuerte, pero menos que el agente de la CIA con el que había compartido el cautiverio. Sus piernas no pudieron sostenerle de ninguna manera, después de aquellos días de forzada inmovilidad, atado de pies y manos…

—Puedo perfectamente cargar con él —dijo Simón-Seúl.

—Y yo ayudaré a Wilson —dijo el otro espía. Lili asintió.

Se inclinó sobre el ruso, y lo registró.

Se lo quedó todo, no solo las llaves del coche que había junto a la casa.

—¿Cómo se llama? —musitó Simón-Wilson Dover—. Solo sabemos que es ruso, pero no su…

—No es ruso.

—¿Cómo que no es ruso? —Se pasmó Dover—. ¡Ya lo creo que…!

—Lo que quiero decir es que no es un colega nuestro, Simón. Puede que sea un ruso, pero no un agente de la MVD trabajando oficialmente para Rusia. Bueno, todo lo oficialmente que pueda trabajar un espía, se entiende.

—¿Quiere decir… que ese hombre, aunque sea ruso… no es un agente secreto soviético?

—Exactamente eso quiero decir —asintió Baby—. Debe de ser uno de tantos rusos que viven la aventura de su vida por cualquier parte del mundo, sin más ideales que ganar dinero sea como sea. Fue contratado para simular ser un agente de la MVD, pero no lo es. Y estoy dispuesta a jugarme mi cabeza en ese sentido. Si él dijo que era un colega nuestro, simplemente, mintió. Les han estado engañando… Ya hablaremos de todo camino de Seúl. Ahora, vayan a instalarse cómodamente en el coche… ¿Quiere decir algo, general?

Sun Man Kim asintió. Su mirada fue un instante hacia el cadáver de la muchacha.

—¿Qué… qué hacemos con Shima? —preguntó.

—Lo que usted quiera. Podemos dejarla aquí, o podemos llevarnos su cadáver a Seúl, para que usted disponga de él como considere conveniente. ¿Qué prefiere?

—Me gustaría… no dejarla aquí.

—De acuerdo. Llévenlos a los dos al coche y vengan a ayudarme.

Un minuto más tarde, Simón y Simón-Seúl se reunían dentro de la casa de nuevo con Baby, que ya había encontrado una manta en una habitación. Simón utilizó las cuerdas con las que habían estado atados Sun Man Kim y Wilson Dover para sujetar bien la manta alrededor de los despojos de Shima, formando un fardo. Mientras tanto, Baby y Simón-Seúl registraron más a conciencia al falso ruso, y a los dos coreanos, y al gigante de la cabeza rapada.

No hubo ni la más mínima sorpresa al no encontrar en ninguno de ellos nada que tuviese el menor valor informativo.

—Dover dice que los iban a llevar al otro lado del paralelo treinta y ocho. Lili frunció el ceño un instante.

—Entiendo. Eso significa que nadie se sorprenderá si viene a esta casa y la encuentra vacía, ¿no es eso?

—Sí. Y si nos llevamos el coche pensarán que han enterrado u ocultado por ahí el cadáver de la muchacha y han partido hacia la frontera.

—Bien. Dejaremos la casa vacía. Ocultaremos al ruso y al de la cabeza afeitada, y nos llevaremos prisioneros a los otros dos. Si tenemos suerte, quizá sepan algo…, aunque lo dudo. Estos personajes suelen ser todos carne de cañón: obedecen órdenes concretas, y no saben nada más. Lleven a la muchacha al maletero del coche y vengan para encargarse de estos otros. Yo llamaré a nuestro coche, para disponer de dos vehículos y repartirnos en ellos. Regresaremos a Seúl a toda prisa.

12

La señorita Connors demostró bien pronto y de modo indiscutible que cuando la CIA le otorgaba el mando de sus dispositivos en cualquier parte del mundo en la que se hallase, sabía lo que hacía. Sus dotes de organización quedaron evidentes, con rapidez fulgurante.

Los dos coches llegaron a la casa donde estaba el herido Oliver Bannion, es decir, el ruso auténtico Igor Krevlin. El cadáver de Shima fue llevado a una habitación, la misma en la que instalaron a los dos prisioneros coreanos, que ya habían recobrado el conocimiento, bajo la vigilancia armada y atentísima de dos Simones. En la sala se reunieron Baby, Simón-Seúl, el otro Simón, Wilson Dover, y el general Sun Man Kim; estos dos últimos quedaron instalados en el sofá, cómodamente, y el agente de la CIA que se había quedado en la casa para atender la presencia de Krevlin se ofreció a preparar café y unos bocadillos para todos. El médico, ajeno a las cuestiones propiamente de espionaje, se quedó con Krevlin en el quirófano.

—Si han olvidado algo —dijo Lili, ya fumando todos—, podemos esperar todavía unos minutos. Hagan un esfuerzo. ¿Recuerdan algo más?

Sun Man Kim y Wilson Dover se miraron, reflexionaron, volvieron a mirarse. Por el camino, Dover había explicado a Baby todo lo que habían ido sabiendo gracias a la locuacidad del falso ruso, y a su vez, Baby les había explicado a ellos los acontecimientos que había afrontado por su parte.

—Yo no recuerdo nada más —dijo por fin Dover.

—Yo tampoco —murmuró el general.

—De acuerdo. En ese caso, lo primero que tenemos que hacer es ocuparnos de ese ataque a la localidad fronteriza de Kaesong. De ninguna podemos permitir que eso suceda, así que… ¿Tenemos

alguna buena, buenísima relación con alguien importante en el ejército, Simón?

—Naturalmente —asintió el espía, desconcertado, y señalando a Sun Man Kim—: empezando por el general Kim…

—No, no, no… Me refiero a «nuestro» ejército, a las tropas norteamericanas que todavía permanecen en Corea.

—¿Qué dice usted? —exclamó el general Kim—. ¿Piensa dejarme al margen de todo esto?

—Así es, general. A usted y a todo lo que huela a ejército surcoreano. No se indigne —sonrió amistosamente—… Estoy segura de que cuando le explique mis motivos los comprenderá perfectamente.

—Así lo espero —farfulló Sun Man Kim—… ¿Qué motivos son esos?

—Si le dejo intervenir a usted, y avisa al mando coreano, y, como cabe suponer, envían ustedes tropas a la frontera donde se va a producir el ataque esta madrugada, las cosas pueden complicarse mucho. Así que lo haremos de otro modo: contactaremos con uno de nuestros militares, le pondremos al corriente de lo que se está preparando, y le pediremos que envíe tropas *norteamericanas* a Kaesong, con cualquier pretexto. Se puede simular… ¡qué sé yo!, unas maniobras, una operación logística, recogida de material norteamericano… Cualquier cosa servirá. Apenas llegar a Kaesong, los soldados norteamericanos se instalarán muy visiblemente en la frontera, con tal cantidad de pertrechos de guerra que solo un cretino dejaría de comprender que atacar esa localidad sería un suicidio en masa. De este modo, el ataque será suspendido, todo quedará en unas tontas maniobras de los yanquis, y el asunto quedará resuelto, en ese aspecto. ¿Le parece bien?

Sun Man Kim se removió, inquieto. Pero, al mirar uno a uno a los agentes de la CIA, tuvo que comprender que cualquier objeción por su parte no solo sería mal vista, sino incomprendida…, a menos que él, en esa objeción, presentase un plan mejor. Pero… ¿qué otro plan mejor que el de la bellísima rubia?

—Bueno… No sé. Parece todo tan… natural.

—¿Está de acuerdo, entonces?

—No sé. Pero no se me ocurre nada mejor que eso, francamente.

—Entonces, procederemos así. ¿Alguien tiene algo que objetar,

quizás?

—Claro que no —sonrió Simón-Seúl.

—En ese caso, parta inmediatamente en busca de nuestro militar más cualificado para atender la situación, Simón. Me parece innecesario recomendarle la máxima discreción, ¿verdad?

—Verdad. Pero si encuentro oposición, o incredulidad…

—Dígale usted a nuestro militar que si lo desea podemos ponernos en contacto directamente con la Casa Blanca…, pero que cualquier responsabilidad que se derive de los retrasos que eso origine será afrontada totalmente por él.

—*Okay*. ¿Puedo mencionarla a usted?

—Debe mencionarme.

—Si eso no le convence, le parto la cara.

—De acuerdo —sonrió la divina espía—… Pero tendría que dejarlo para después. Ya puede marcharse.

Sin más, Simón-Seúl hizo un gesto de despedida, salió de la sala, y segundos después de la casa. Llegó el café, y los bocadillos. Sun Man Kim y Wilson Dover fueron los que más agradecieron ambas cosas, aunque tuvieron la sensatez de mostrarse moderados. Lili Connors, que los miraba amablemente, la emprendió con un bocadillo, dejando bien patente su excelente apetito y carencia de remilgos.

—Bien… Necesitamos ahora un militar surcoreano en el que se pueda confiar absolutamente…

—¿Yo no? —La miró estupefacto Sun Man Kim.

—No, general. Por una razón muy sencilla: no quiero que nadie sepa que usted ha sido rescatado, ya que eso podría dar lugar a una variación de planes por parte de las personas que han organizado todo esto. Por ejemplo: podrían adelantar el momento del ataque a la localidad de Kaeson, anticipándose a la llegada de los soldados norteamericanos. Si usted interviene, alguien puede ser muy indiscreto, voluntaria o involuntariamente. A todos los efectos, usted continúa en paradero ignorado, quizás incluso muerto.

—Pero esto… esto es una locura. ¡Yo podría…!

—No. Usted se quedará aquí, a salvo, bien protegido y oculto. Y nada de recurrir a amigos de usted. ¡Ni hablar de eso! Buscaremos por nuestra cuenta un oficial surcoreano —miró a los Simones—… Necesito un oficial joven, inteligente, audaz, que tenga capacidad

de mando, y, por supuesto, valiente. ¿Conocen alguno así?

—Sin duda —asintió un Simón—. Podemos encontrar a varios de esas características.

—¿Y que confíe en los americanos? —sonrió Baby.

—Eso reduce el número —sonrió también el espía—… Pero podemos encontrar algunos.

—Busquen al mejor. Vaya usted mismo a por él, y cuando lo tenga en el coche, llámeme por la radio. No mencione ningún nombre, ni grado militar. Cuando tenga a nuestro hombre, lo llamaremos simplemente «Korea». ¿Entendido?

—Claro.

—Pues buena pesca, Simón —sonrió de nuevo Lili Connors.

Otro agente de la CIA abandonó la casa. El que habíase ocupado del café y los bocadillos miraba anhelante a Baby… ¿Acaso él no iba a ser utilizado?

—Usted se quedará aquí, con Wilson y con el general. Sus conocimientos de medicina serán muy convenientes si alguno de los dos se encontrase mal más adelante.

—Pero está el doctor…

—El doctor tendrá que pasarse la noche cuidando a Krevlin, porque no quiero que ese ruso muera. Usted se quedará aquí, por si le necesita, y básicamente al cuidado de Wilson y del general Kim. Quiero que esta casa esté bien protegida, así que espero de usted, y de nuestros dos compañeros que están ahora con los coreanos, que cuando yo regrese nada haya cambiado de como lo dejo al marcharme. ¿Está claro, Simón?

—Sí —refunfuñó el espía.

—¿Se va usted? —murmuró Wilson Dover.

—Dentro de unos minutos —asintió Lili Connors.

Con el bocadillo en una mano, abandonó la sala de estar, y pasó al quirófano. El médico, que dormitaba en una banqueta, alzó la cabeza, y la miró un tanto hoscamente.

—Lo siento —sonrió Baby—: todos vamos a pasar mala noche, doctor.

—Me resignaré.

—¿Cómo está el herido?

—Sigue su curso, yo diría que favorablemente.

—Estupendo.

Baby se acercó a Igor Krevlin, y estuvo unos segundos contemplando el pálido rostro del espía. Luego, asintió, se despidió del médico con un gesto, y regresó a la sala. Allá, se tomó otro café, recogió su maletín, y se quedó mirando a Simón.

—No me decepcionen —musitó.

—Todo estará como ahora cuando usted vuelva —gruñó el espía —… ¿Adónde va?

—Voy a darle una alegría a alguien que debe de estar muy, muy, muy preocupado por mi desaparición…

La señorita Connors abrió la puerta de su habitación en el Chosun Jotel, y sonrió al ver en el pasillo a Woo Young Paek, que le lanzó una mirada inquieta, escrutadora.

—Hola, Woo —saludó alegremente—. Pasa, por favor.

El coreano entró, esperó a que ella cerrase la puerta, y exclamó:

—¿Qué te ha pasado? ¡Me he vuelto loco buscándote por…!

—Calma, calma. La idea se me ocurrió cuando iba en la ambulancia, pero ya no podía avisarte, así que la secuestré.

—¿Qué idea?

—Pues pensé que si habían intentado matar a Krevlin, volverían a intentarlo, y me pareció mejor llevarlo a un sitio donde nadie pudiera encontrarlo. Si los rusos pretenden matar, es decir, rematar a Igor Krevlin, tienen trabajo.

—De modo que lo tienes escondido… ¡Buena idea! ¡Pero debiste avisarme!

—Ya te he dicho que se me ocurrió cuando me iba con la ambulancia. Me pareció mejor dejar que todos creyesen que las cosas seguían su curso y que Krevlin era llevado al hospital, así que me fui con la ambulancia. Luego, como yo no sabía cómo ni dónde localizarte, me dije que lo mejor era regresar al hotel, convencida de que tú debías de estar buscándome, y de que, seguramente, habías colocado a un hombre en el hotel para que te llamase en cuanto apareciera… ¿He acertado, según parece?

—Claro que has acertado —gruñó Paek—. En cuanto me avisaron de que estabas aquí vine a toda prisa. Bueno, aquí estoy, ¿no?

—Afortunadamente —asintió Lili, sonriente, y abrazándose al coreano—… Supongo que has traído coche.

—Claro.

—Bien. En ese caso, eres tú quien decide… ¿Qué prefieres que hagamos ahora? ¿Ir a ver a Krevlin…, o quedarnos aquí y esperar a la mañana?

—¿Quieres decir… quedarnos los dos aquí… toda la noche? ¿En esta habitación?

—Yo creo que cabemos los dos —se tornó maliciosa la expresión de Lili Connors—… Y eso, pese a que solo hay una cama…

Se apretó más contra él, ahora alzando los brazos para colgarse de su cuello. Woo Young Paek se estremeció cuando la loca de Lili. Connors se unió a la suya; se nublaron sus sentidos, la sangre comenzó a calentarse cuando deslizó sus manos entre los cuerpos de ambos, presionando los turgentes senos de la espía americana…, que gimió sin dejar de besarle… La cabeza de Paek comenzó a dar vueltas…

De pronto, se apartó bruscamente de Lili.

—¿Qué te pasa? —exclamó ella, muy abiertos los ojos por la sorpresa—. Me pareció que querrías… Bueno, tú mismo me propusiste…

—Lo deseo —jadeó Paek—… ¡No sabes cuánto deseo poseerte! Pero este momento no me parece oportuno, después de lo que ha ocurrido. Creo que debemos ocuparnos de Bannion…, de Igor Krevlin. Si continúa con vida, le obligaremos a decirnos toda la verdad…

—¿Prefieres estar con Krevlin que conmigo?

—Vamos, no seas infantil —sonrió torcidamente Paek—… Los dos somos adultos… y espías. Estamos metidos en algo demasiado importante para, dadas las actuales circunstancias, dedicar nuestro tiempo al amor, Lili.

—Quizá tengas razón —murmuró ella—… Está bien. Entonces ¿vamos a donde tengo al colega ruso?

—Es lo mejor. Lo siento, pero estoy seguro de que lo comprendes.

—Claro que sí —pareció que a Lili le costase sonreír—. Podemos ir allá inmediatamente.

—Mientras Krevlin no haya muerto cuando lleguemos… no apartarse de su lado hasta que quede fuera de peligro. Me ha costado una buena cantidad de dólares, pero no importa: puesto que la CIA quiere buen servicio, que lo pague. ¿No te parece?

—Sí. Vamos.

—Espera. No quiero comprometer a ese médico, Woo. En ti confío plenamente, pero no quiero que nos siga ninguno de tus hombres. Los espías de tercera categoría nunca saben tener la lengua quieta. Y no discutas: o vamos solos, o no vamos.

—Le diré a mi compañero que se quede en su puesto, frente al hotel —asintió Paek.

Segundos más tarde, ambos salían de la habitación, y medio minuto después lo hacían del hotel. Paek señaló su coche, se metieron dentro los dos, y el coreano miró a la norteamericana.

—Tú dirás adónde vamos… Oh, entiendo. Espera.

Paek salió del coche, se volvió hacia otro algo más alejado, a cuyo volante había un hombre, y le hizo claras señas de que debía quedarse allí… Cuando se alejaron del Chosun Jotel, Lili Connors se aseguró de que nadie les seguía, y entonces murmuró:

—Vamos al Camino del Cielo de Pukak. Paek la miró asombrado, casi respingando.

—¡Claro…! ¡Lo has llevado a la casa de Moo Sik Bae!

—No. Pero queda cerca. La verdad es que sé ir a esa casa, pero no sabría decirte la dirección. Te iré guiando. De momento, hacia el Camino del Cielo de Pukak.

Hicieron el camino en silencio prácticamente, cambiando solo algunos comentarios intrascendentes.

Muy pronto alcanzaron el Camino del Cielo de Inwang, al que seguía el Camino del Cielo de Pukak. Era casi medianoche, el tránsito de vehículos era poco menos que nulo…

—Para, Woo.

—¿Aquí? —La miró él, sorprendido.

—Sí. Antes de ir adonde tengo a Krevlin quiero decirte toda la verdad.

Paek detuvo el coche a un lado, paró el motor, y apagó las luces. Al resplandor de las luces de la ciudad, detrás de ellos y a la derecha, podían verse perfectamente el uno al otro.

—¿Toda la verdad? —musitó el coreano.

—Quería hacer el juego por mi cuenta, pero no me parece… correcto. No te lo mereces, Woo. Los dos nos entendemos bien, hemos sido leales el uno con el otro en todo momento… ¿No es así?

—Eso creía yo… hasta ahora —masculló Paek—. ¿Qué es

exactamente lo que tratas de decirme?

—Tengo motivos para sospechar de los amigos del general Kim.

Un relámpago pareció cruzar por los ojos de Woo Young Paek.

—¿Estás bromeando? —susurró.

—No.

—¿A qué amigos te refieres?

—Verás… Igor Krevlin pudo decir algunas palabras. Poca cosa, pero suficiente para mí. Sé cuándo un hombre miente y cuándo no lo hace, Woo. Y Krevlin no me ha mentido al decir que los rusos no tienen nada que ver con esto.

—¡Vamos…!

—Yo le creo. Así que me puse a pensar: si los rusos no tienen nada que ver con esto… ¿quién está dirigiendo este extraño asunto? De modo que movilicé a mis compañeros de la CIA, y les ordené que vigilasen a los amigos de Sun Man Kim.

—¿Eso has hecho? —Casi gritó Paek—. ¿Sin decirme nada?

—Te lo estoy diciendo ahora, ¿no? Estoy desconcertada, pero tengo la certeza de que los amigos del general son los que lo han organizado todo. ¿Y sabes por qué, Woo? Pues, porque mis compañeros vieron algo extraño en una de las fábricas de Moo Sik Bae, el hombrecillo de la casa-fortaleza.

—¿Qué vieron? —Se tensó la voz de Paek.

—En realidad, casi nada. Después de recibir mis órdenes se distribuyeron para vigilar a varios amigos del general Kim. Cuando llegaron a la fábrica de tejidos de Moo Sik Bae vieron salir de allí dos camiones. Decidieron seguirlos, así que se desentendieron de la fábrica y fueron detrás de los camiones. Los estuvieron siguiendo, siempre hacia el norte.

—Está bien, está bien… ¿Qué pasó?

—Tuvieron que desistir. Los camiones se detuvieron en determinado momento, y algunos hombres se dejaron ver. Mis compañeros comprendieron entonces que habían sido vistos, así que dieron marcha atrás con el coche, para esconderse. Cuando volvieron al camino, ya no pudieron encontrar los camiones.

—Ya. Pero no comprendo… ¿Qué tiene eso de… extraño?

—¿Qué es lo que envía Bae al Norte en sus camiones? Estuve pensando en ello un buen rato, y finalmente se me ocurrió que podrían ser uniformes, por ejemplo. Uniformes de soldados, se

entiende. Quiero que tú me ayudes a resolver este enigma: puedes moverte con más soltura que yo en Seúl, y sobre todo entre los amigos del general. Si tú investigas un poco, de ti no desconfiarán. Quería que supieses esto antes de que hables con Krevlin, porque sé que piensas que tiene algo que ver, y yo sé que no es así.

—Y quieres que yo escuche al ruso con la mente limpia y clara, sin ideas preconcebidas.

—Sí, Woo.

—Me parece inteligente. ¿Qué más cosas sabes?

—Saber, no sé nada. Ya te digo que son sospechas. Pero hay otro detalle más, que me tiene muy inquieta. Es respecto a la hija del general: ¿por qué ese empeño de Moo Sik Bae y los demás en tenerla en la casa del anciano solitario?

—No se me ocurre… ¿Qué has pensado tú?

—Pienso que muy bien podrían simular que la tienen para protegerla, pero que en realidad piensan utilizarla para presionar con ella al general Kim, haciéndole ver y saber que la tienen en su poder, y que la matarán si él no hace lo que ellos le piden.

—¿Y qué le piden?

—No lo sé. Pero si ya quisieron llevarse una vez a Mian Sun y no les salió bien, quizás ahora hayan recurrido a la astucia, y mientras todos creemos que la están protegiendo es posible que tomen película de la muchacha, y se la enseñen a Sun Man Kim diciéndole que la tienen prisionera. Lo presionarán. Sea lo que sea lo que quieran del general Kim, hay que impedir que lo consigan…, así que he tenido una idea que me gustaría explicarte después que hayas hablado con Igor Krevlin y que me digas que estás de acuerdo conmigo.

—¿Dónde está Krevlin exactamente?

—Ahí, en una casa abandonada, entre los árboles. Uno de mis compañeros está con él, cuidándole.

Woo Young Paek volvió la cabeza hacia los pinos, cuya densidad no permitía ver nada después de unos pocos metros. Asintió con la cabeza, y preguntó:

—¿Cuál es tu idea?

—Prefiero que antes veas a Krevlin, y hables con él.

—No es necesario. Estás empezando a convencerme. ¿Cuál es idea?

—He pensado que tú y yo podemos engañar a Moo Sik Bae. Podemos ir los dos a su casa, y supongo que nos dejarán entrar, sea la hora que sea…

—Sin duda. ¿Y qué más?

—Bien… Una vez dentro de la casa, nosotros nos ocuparemos de Mian Sun. Quiero decir que iremos a donde ella esté, dentro de la casa, y nos quedaremos a su lado, protegiéndola de cualquier ataque desde el interior de la casa. Ya sé que Bae tiene dentro bastantes hombres, pero podemos engañarlos, y contenerlos desde que se den cuenta del asalto hasta que entren los soldados.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué soldados?

—Los que tú vas a pedir al ejército surcoreano, para que asalten la casa de Moo Sik Bae. Mientras ellos la toman por asalto, nosotros protegeremos a Mian Sun, y cuando la situación esté dominada, si conseguimos que los soldados capturen con vida a Moo Sik Bae o a algún otro, le obligaremos a que nos diga dónde está el general y cuáles son, exactamente, sus planes.

Paek se quedó mirando fijamente los relucientes ojos de Lili Connors. Estuvo así tanto tiempo, tan inmóvil, que la rubia se removió, inquieta.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta mi plan? ¿No te parece bueno?

—Por el contrario —susurró Paek—… Es bueno. ¡Maldita seas, es demasiado bueno!

—¿Demas…? ¿Qué haces?

Woo Young Paek había sacado velozmente la pistola, y Lili la vio, apuntándole al pecho.

Su gesto de desconcierto fue magistral.

—Te crees muy lista, ¿verdad? —Gruñó Paek.

—Pero… Pe-pero, Woo… ¿qué… qué haces con…?

—¡Pon las manos donde yo las vea! ¡Y no se te ocurra tocar ese maletín! ¡Ponlas bien a la vista…, en el salpicadero!

—Sí, sí… Pero, Woo, no sé qué te pasa… Si he dicho algo que te haya molestado…

—¡Maldita seas! ¿Que si has dicho algo que me haya molestado? ¡Todo!

—No… no comprendo…

—Me arrepiento ahora de no haberte matado. Un buen momento habría sido cuando fuimos a Pusan: les habría dicho a tus

amigos de la CIA que nos habían atacado los del helicóptero, que te habían matado. ¡Y habrían podido comprobar que, en efecto, fuimos atacados por un helicóptero! Pero no podía ser… ¡Te necesitábamos viva! ¡He tenido en mis manos a Baby, pero tenía que dejarla viva, y dejarla marchar después de utilizarla! ¡Cinco millones de dólares que se esfumaban, que se iban de mis manos…!

—Bueno, Woo, si así están las cosas, supongo que es porque hay en juego más de cinco millones de dólares, ¿no es así?

—¡Claro que hay muchísimos más de cinco millones! Es algo de tal envergadura que… ¿Me estás interrogando?

—No, no. Es solo que creo entender que has estado jugando sucio, y como no comprendo el motivo, pues… me gustaría saberlo. Así de sencillo.

—No te voy a decir nada… ¡Nada! Ya no podremos utilizarte como habíamos pensado, pero al menos tendré la satisfacción personal de cobrar cinco millones de dólares por tu cabeza. Conozco a unos agentes chinos que estarán encantados de comprarla.

—Pero si me necesitáis, no puedes matarme… Además, creo que tú mismo me dijiste que mi cotización estaba en los diez millones de dólares americanos. ¿O no fue así?

—Así fue. Pero mi amigo chino querría su parte. Cinco millones son suficientes para mí. ¿Necesitarte? Es cierto, todo se planeó contando con tu intervención, y con tu prestigio dentro del espionaje internacional… Pero podremos arreglárnoslas sin ti. Aparte de que, sabiendo tanto, ya no seguirías nuestro juego, claro está.

—¿Por qué no? Quizá podríamos entendernos, Woo. Si hay algo que de veras estime es mi propia cabeza. A cambio de ella, y de… una pequeña parte de esa fabulosa suma que está en juego, podríais seguir contando con mi colaboración…, que aún sería mejor si sabía con exactitud lo que tenía que hacer y decir. ¿De qué se trata?

Woo Young Paek movió la cabeza.

—Eres lista —rechinó su voz—… ¡Eres lista, de eso no cabe duda! ¡Pero no me trates a mí como a un tonto! Sé muy bien que jamás aceptarías tomar parte en esto. Simplemente, estás tratando de engañarme. Olvídalo: no vas a conseguirlo. Y ahora, vas a salir del coche por la misma puerta que lo haga yo, deslizándote por los asientos, y con las manos en la cabeza. Si las mueves de ahí, te

meteré una bala en la frente. ¿Está claro?

—Woo: ¿no quieres decirme de qué se trata?

—¡No! Lo único que quiero ahora es que me lleves a donde está el ruso… ¡Tendré que estudiar el modo de que todo siga los cauces previstos! Sí… Creo que podré organizarlo de modo que parezca que los rusos os han encontrado, que han rematado a su compañero, y os han asesinado a ti y al tuyo. ¡Quizás así aún sea mejor que del otro modo!

—Es decir, que piensas asesinarme… como hiciste con la muchacha rusa, ¿verdad?

—Sí. ¡Sal detrás de mí! ¡Y ya sabes cómo debes hacerlo!

—Está bien, Woo. ¿De verdad no quieres que sigamos conversando, que intentemos llegar a un acuerdo? Ya que no aceptas mi participación con vosotros, quizá querrías sincerarte, y ser tú quien se pusiera de nuestra parte… ¿Qué dices?

—Todo está dicho. Venga, ¡afuera!

Paek salió del coche, siempre apuntando a Lili Connors, que puso sus manos en la cabeza y se deslizó por los asientos. Fuera ya del coche, Paek movió la pistola.

—Condúceme a esa casa en ruinas, o lo que sea.

Brigitte Montfort, Lili Connors, Baby, no contestó. Comenzó a caminar, cruzando el Camino del Cielo de Pukak, siempre con las manos en la cabeza, y llevando tras él a Woo Young Paek… Para este, el Camino del Cielo de Pukak se convirtió en el camino del Infierno: no se oyó nada, salvo el chasquido de la bala contra la frente del coreano, que crujió como madera seca. Fue un sonido escalofriante, acompañado de un breve grito de Paek, al que siguió el ruido de su cuerpo al caer de espaldas en la carretera.

Quedó tendido cara al estrellado cielo, inmóvil, con los ojos casi fuera de las órbitas, la boca torcida en un gesto de dolor. Lili Connors bajó las manos, suspiró, y regresó, acuclillándose junto a su colega coreano, cuya muerte había sido fulminante. La espía le quitó la pistola de entre los crispados dedos, y movió la cabeza con un gesto de reproche.

—Debiste aceptar alguna de mis condiciones, Woo —susurró—. O cuando menos, recordar en todo momento que yo no he sobrevivido tantos años a gente como tú por simple casualidad…

Por entre los pinos se oía ya rumor de alguien acercándose a

toda prisa.

Lili se incorporó, y casi enseguida vio a los tres hombres que se acercaban.

Llegaron a la carretera, y uno de ellos, que llevaba un rifle con mira telescópica iluminada en la mano derecha, miró a Paek y preguntó:

—Supongo que lo he hecho bien, Baby. Puesto que, tal como usted previno, salió en actitud de prisionera, comprendimos que él se disponía a matarla… ¿O no?

—Ha sido un buen tiro, Simón —asintió la rubia—. Y además, se lo merecía. ¿«Korea»? —preguntó, señalando al coreano que acompañaba a los dos espías.

—Sí —sonrió el joven coreano, de hombros anchos, macizos, tendiendo la mano—. Soy el cap…

—¡No! Usted es «Korea», y yo soy Baby, eso es todo.

—Como guste. ¿Qué es lo que ocurre?

Lili señaló el cadáver de Paek, y luego miró a sus compañeros.

—Métanlo en el maletero de su propio coche. Mientras tanto, yo voy a ver si convenzo a «Korea» de que debe aceptar mi plan.

Los dos agentes de la CIA arrastraron el cadáver de Paek, que Lili y «Korea» estuvieron mirando. Pero de pronto, «Korea» miró a la espía, y preguntó:

—¿Qué plan?

—Creo haber captado que es usted capitán… ¿Le gustaría ser coronel mañana por la mañana?

Los dientes de «Korea» relucieron, blanquísimos.

Lili también sonrió.

—Es una pregunta tonta, ¿verdad? Bueno, ya veremos si se lo parece cuando le explique lo que tiene usted que hacer para conseguir ese ascenso fulminante. ¿Cuántos hombres podría usted reunir dispuestos a obedecerle en todo lo que les mandase?

—¿Hombres? ¿Quiere decir… soldados?

—Soldados de Corea del Sur —asintió Baby.

—¿Serían suficientes doscientos?

—¿Puede conseguir eso? —exclamó Lili.

—Dígame qué es lo que quiere usted, señorita Baby.

—De acuerdo. Antes de dos horas…

13

Eran poco más de las dos de la madrugada cuando el coche de Woo Young Paek se detenía delante de la puerta de la casa-fortaleza de Moo Sik Bae. Pero el coche no llegaba conducido por Paek, ciertamente, sino por la señorita Connors, que se apeó, se acercó a la puerta, y tiró de la cadenita.

A los pocos segundos, la pequeña puerta construida en la gran puerta se abrió, y Lili distinguió las siluetas de dos hombres.

—Soy Lili Connors —dijo esta rápidamente—… Supongo que alguno de ustedes ya me conoce. Estuve ayer aquí con el señor Paek visitando al señor Bae, y… ¿Entienden inglés?

Se quedó mirándolos, como impaciente. Los dos hombres, a su vez, la contemplaban en silencio, indecisos. Uno de ellos dijo algo al otro, que desapareció.

—Escuche —se impacientó aún más Lili—, tengo que…

El coreano hizo un gesto con la mano, y la espía comprendió: tenía que esperar. Pero no fue mucho, apenas diez segundos. Con el coreano que se había marchado apareció otro, que se colocó frente a Lili, mirándola de tal modo que esta supo que la había reconocido.

—¿Habla usted inglés?

—Sí, hablo algo inglés, lo hablo.

—¿Me conoce usted?

—Conozco a la señorita. Bien recibida por señor Bae.

—Eso es —suspiró la rubia—. Tengo que ver inmediatamente al señor Bae. Ha ocurrido algo que él debe saber cuanto antes.

El hombre miró hacia el coche, asintió, y habló en coreano con los otros dos. Luego, miró de nuevo a Lili.

—Entre con el coche, y vaya a casa. Yo avisa a señor Bae.

—Gracias.

El hombre desapareció. Lili regresó al coche, y cuando las

puertas estuvieron abiertas entró en la fortaleza. Recorrió el camino hacia la casa mirando a ambos lados, pero no pudo ver nada. Ni un solo hombre. Sin embargo, ella sabía que había allí los suficientes hombres para que Moo Sik Bae se considerase seguro y a salvo en su fortaleza.

Detuvo el coche delante de la casa cuando el coreano que hablaba inglés entraba en esta. Mientras Lili se apeaba, el coreano habló con otro que había abierto la puerta, y acto seguido se adentró en la casa, mientras el otro le hacía señas a Lili, que se reunió con él. El hombre le indicó que entrase, y cerró la puerta. Le hizo un gesto, y Lili lo siguió, hasta la gran sala donde el día anterior había conocido a Moo Sik Bae.

Este apareció un par de minutos más tarde, con la fatiga del sueño interrumpido en el rostro, pero muy abiertos los ojos, expresando alarma. Llegó terminando de anudar el cinturón que sujetaba un extraordinario kimono negro con adornos amarillos. Iba descalzo.

—Señorita Connors… ¿Qué ocurre?

—No lo sé bien, pero temo que nada bueno —se adelantó ella para aceptar la arrugada mano del anciano—: ¡Paek ha desaparecido!

Bae parpadeó.

—¿Ha desaparecido? ¿Qué quiere decir?

—¡Pues que ha desaparecido! No sé si sabe usted lo que ocurrió con Oliver Bannion…

—No… Todo lo que sé es que se fue esta tarde a atender asuntos personales, y que no ha regresado, que yo sepa. Estuvimos llamándolo a su apartamento, por deseo de Mian Sun, pero nadie contestaba al teléfono. No puede imaginarse lo que me costó tranquilizar a Mian Sun…

—Ella tiene motivos para estar inquieta. ¡Oliver Bannion es en realidad un agente secreto ruso!

—¿Qué me dice usted? —exclamó Moo Sik Bae.

—Lo que oye. Paek y yo lo seguimos hasta Walker Hill, donde hizo contacto con una muchacha, pero los mataron a ambos. Es decir, a Bannion lo hirieron. Yo me fui con él en una ambulancia, pero apenas habíamos rodado un centenar de metros alejándonos del casino cuando tres hombres detuvieron la ambulancia, hicieron

bajar a los empleados del hospital, y a mí me llevaron con ellos y con Bannion, a una casa abandonada. ¡Me estuvieron interrogando, pero finalmente pude escapar, cuando llegó un médico y se distrajeron…! ¿Usted no sabe dónde está Paek?

—No… No tengo ni idea. Estuvo aquí precisamente buscándola a usted, pero se fue y no sé nada más. ¿Qué hombres eran esos que la capturaron a usted?

—No lo sé… ¡Bueno, estoy segura de que eran rusos, desde luego! Paek y yo ya sabíamos que Bannion es en realidad un ruso llamado Igor Krevlin… ¿Se lo dijo Paek a usted?

—No… No.

—Pues así es. He pensado…

Lili miró vivamente hacia la puerta, donde acababa de aparecer el joven y apuesto Joon Ki Byun, ataviado con un kimono parecido al de Bae, y también descalzo.

—¡Señorita Connors! ¿Qué está pasando?

—¡Estoy buscando a Paek!

—¿Aquí? —Se sorprendió Byun.

—Ya no sé dónde buscarlo… Señor Bao, como lo decía, he pensado que quizá los rusos hayan capturado a Paek, y solo se me ocurre un modo de dar con él para intentar rescatarlo: hablar con Mian Sun.

—¿Con Mian Sun? —Se pasmó Bao—. No comprendo.

—Bueno… Ella y Bannion han estado sosteniendo unas relaciones intensas, que yo definiría como íntimas, ¿no está de acuerdo? Lo que pienso es que quizás en algún momento Bannion pudo hablarle a Mian Sun de algún lugar, o de algo que pueda servirnos…

Bae no salía de su asombro.

—¿Cree usted, señorita Connors, que un agente ruso le confiaría secretos a Mian Sun?

—No, no, no… Es evidente ahora que lo que buscaba Bannion de Mian Sun era una posición cómoda cerca del general Kim, con el que habrá conversado tantas y tantas veces sobre toda clase de temas. Podemos tener la seguridad de que Bannion, es decir, Krevlin, se las habrá arreglado en muchas ocasiones para sonsacar información diversa al general Kim.

—Sí, pero…

—¡Ya sé que Mian Sun no habrá recibido confidencias de Bannion! Y mientras ella siga creyendo que él se llama Bannion y que es inglés, no reaccionará. Pero si le decimos que Bannion se llama en realidad Igor Krevlin, que es un espía ruso que la ha estado engañando…, entonces es posible que ella recuerde algo, algún detalle que pueda ayudarnos. ¿Comprende mi idea, señor Bae?

—Sí… Y no me parece mala. Mian Sun va a llevarse un disgusto enorme, señorita Connors.

—Lo siento mucho…, pero nosotros no tenemos la culpa.

—En efecto. Bueno, subamos a despertar a Mian Sun para…

—Sería mejor que hablase yo con ella. Déjenme ir diciéndole las cosas despacio, a mi manera…, de mujer a mujer.

Byun y Bae cambiaron una mirada, y luego el anciano asintió.

—De acuerdo. Joon, lleva a la señorita Connors a la habitación de Mian Sun, y luego ven aquí: vamos a ver si conseguimos alguna noticia de Paek llamando por teléfono a varios sitios.

—Bien.

Lili y Byun salieron de la gran sala, y subieron al primer piso. Joon Ki Byun se detuvo delante de una puerta, tan sólida como las demás, de reluciente madera de teca.

—Aquí es. Volveré abajo para…

—No. Es mejor que entre conmigo, Byun. Hay algo que usted tiene que saber.

El apuesto coreano parpadeó; enseguida, asintió, asió la manilla de la puerta, la bajó, y empujó. Encendió la luz y se apartó, cediendo el paso a Lili, detrás de la cual entró. Lili cerró la puerta, y buscó la cama en la enorme habitación. En el lecho, Mian Sun se removió, abrió los ojos, parpadeó, y se sentó de un salto.

—¿Qué…?

No dijo nada más, porque la sorpresa la hizo enmudecer, al ver a la señorita Connors empuñando una pistola, con la que apuntaba al no menos sorprendido Joon Ki Byun.

—No se mueva de ahí, Mian —susurró Lili—… ¡Y no piense en salir de este dormitorio pase lo que pase!

—¿Qué significa, esto? —preguntó fríamente Byun.

—Significa —explicó no menos fríamente Lili— que el juego ha terminado… casi completamente, señor Byun. Sé casi toda la

verdad, así que he dispuesto las cosas a mi modo. Baje a decirle al señor Bae que si antes de cinco minutos todos sus hombres, y él mismo, y usted, no han salido de esta casa, desarmados, y con los brazos en alto, para ser detenidos, doscientos soldados van a asaltarlos. ¿Está claro?

—Usted está loca —jadeó Byun.

—¿Eso piensa? Muy bien: los cinco minutos empiezan a contar a partir de que termine mi llamada —Lili dejó el maletín en el suelo, y con la mano izquierda sacó del escote la pequeña radio, que activó—... ¿Simón?

—A la escucha.

—Atentos a mi señal.

—Pierda cuidado.

Lili cerró la radio, la guardó, y sonrió secamente al demudado coreano.

—Cinco minutos, señor Byun. Vaya a decírselo al señor Paek. Y no olvide el detalle: doscientos soldados están esperando asaltar esta… fortaleza. Ustedes elijen. Y ahora, salga de aquí.

—Pero… ¿qué pasa? —exclamó Mian Sun.

—Usted no se preoc…

Joon Ki Byun consideró que Lili Connors se distraía lo suficiente hablando con la muchacha, y, sin pensarlo dos veces, saltó rápidamente contra la espía internacional.

Se equivocó completamente, pues Lili no le perdía de vista.

Pero, también Lili se equivocó, porque juzgó suficiente golpear a Byun con la pistola en la cabeza…, y no pudo conseguirlo. El brazo derecho del coreano se alzó, flexionado, y el antebrazo de Lili chocó contra él como si lo hiciese contra una barra de hierro, con tal fuerza que la pistolita casi saltó de su mano, y un latigazo de dolor recorrió su cuerpo partiendo del antebrazo.

En el mismo instante en que Lili comprendía su error, y adivinaba que tenía ante ella a un experto *taekwondoka*, duro como el acero, el puño izquierdo de Nyun salía disparado, como un émbolo, hacia el centro del pecho de la espía, respaldado por el profundo y sonoro *kiai* que brotó del vientre del coreano.

—¡Chíaaaaa!

La agente Baby habría muerto en aquel instante, con el corazón paralizado por el tremendo golpe, si sus reflejos hubiesen sido más

lentos. Pero, al mismo tiempo que comprendía la verdad, iniciaba ya el salto hacia atrás, de modo que el puño del coreano, si bien la alcanzó entre los senos y la derribó, había perdido ya la potencia mortal, al aumentar la distancia hasta el impacto. Aun así, el golpe fue tremendo, y Baby rodó por el suelo, con la sensación de que una bomba de aire acababa de explotar en su tórax.

Rodó por las frías piedras, esforzándose en permanecer consciente, concentrándose en la pistola, que sujetó con fuerza. Se puso de rodillas en cuanto terminó de rodar..., y lanzó un grito de sobresalto cuando, por encima de ella, volando a más de metro y medio de altura, vio a Byun, con las piernas flexionadas, los puños cerrados y cruzados ante el pecho...

—¡Chíaaaaa!

¡Bssss, bssss!, silbaron los dos pies del coreano, pasando en sendos impactos por encima de la cabeza de Lili cuando esta se dejó caer de bruces.

El coreano cayó un par de metros más allá, ágil como un gato, y se volvió..., al mismo tiempo que Lili volvía a girar, quedando tendida en el suelo, boca arriba, alzando la cabeza para ver a Byun, y buscándolo con la pistola...

—¡Chíaaaaa!

Lo vio de nuevo en el aire, directo hacia ella... Plof, chascó la pistolita de cachas de madreperla.

El *kiai* de Byun se truncó en un alarido de dolor, y el coreano perdió toda la fuerza en el aire. Su airosa figura se descompuso, como un globo que se desinfla, y cayó rodando por el suelo, muerto en el acto, con una bala en el corazón.

Durante unos segundos, ni Mian Sun ni Baby reaccionaron. La primera, debido al espanto. La segunda, no menos espantada por el riesgo que había corrido ante la inesperada potencia del apuesto y, aparentemente, delicado Joon Ki Byun, pero, además, porque sentía el pecho como si se lo estuviesen prensando, y la cabeza le daba vueltas. Sin embargo, tuvo que reaccionar cuando en el exterior comenzaron a oírse voces en coreano, y casi enseguida, la puerta tembló bajo poderosos golpes.

Baby metió la mano izquierda en el escote, y sacó la pequeña radio, que había sido aplastada, dejando en la carne una marca rectangular, de bordes bien marcados. Por supuesto, no

funcionaba… Notando el pecho como hundido, Lili se deslizó a gatas hacia donde había dejado el maletín, lo abrió, y sacó el pequeño detonador con mando a distancia, cuyo botón apretó enseguida…

Afuera, frente a la casa, el coche de Woo Young Paek reventó en poderosa explosión, lanzando un volcán de fuego a todos lados, y una negra bola de humo. En diversos puntos del jardín se oyeron voces de alarma, gritos, rumor entre los arbustos…, y comenzaron a aparecer hombres armados, con gesto de alarma y desconcierto.

Y más lejos aún, fuera de los muros de la casa-fortaleza, Simón vio el gran resplandor un instante antes de que la violenta explosión llegase a sus oídos. Junto a él, «Korea» respingó…

—¡Hay que atacar! —exclamó Simón—. ¡Ahora, capitán!

Junto a «Korea», un soldado captó la seña de su capitán, se llevó la corneta a los labios, y emitió un solo toque. En el acto, comenzaron a encenderse grandes focos, se oyó rumor de motores, y de un contingente de hombres que apareció corriendo hacia los muros…

El resplandor fue visto por Mian Sun, en la ventana. Fue como si la noche se hubiese iluminado en rojo… El estampido atronó los oídos de la coreana, que volvió su desorbitada mirada hacia la periodista americana.

—¡Salga de la cama y colóquese pegada a la pared, pero no frente a la puerta! —gritó Lili.

Mian Sun obedeció, como una autómata. La puerta temblaba más fuertemente bajo los golpes, por entre los cuales se oían de nuevo voces en coreano. Frenéticamente, Baby comenzó a montar el tubo-fusil, lo dejó a un lado, y buscó el tarro de crema facial donde guardaba las destructoras cápsulas. Todavía le dolía el pecho y le zumbaban los oídos, pero no podía relajarse: la explosión del coche había sido planeada por ella con vistas a llamar la atención de los hombres del interior de la casa hacia el exterior, para que acudiesen allí…, donde quedarían bajo las armas de los soldados coreanos que, con las escalas de cuerda provistas de ganchos en los extremos, ya debían de estar escalando los muros…

Pero, evidentemente, no todos los hombres de Moo Sik Bae acudían al patio, ya que la puerta seguía retemblando, cada vez con

más fuerza. Baby introdujo por fin una cápsula por el extremo del tubo-fusil, y miró hacia la puerta, aspirando hondo… Por la ventana comenzó a llegar el tronar de las armas, gritos de dolor… La oscuridad pareció diluirse en un instante cuando aparecieron las luces que proporcionaron un insólito día de claridad amarilla. En alguna parte, se oía el crepitar de una ametralladora…, y enseguida, otra.

La puerta seguía crujiendo. Y de pronto, el cerrojo saltó. Un instante más tarde la madera crujió, con más fuerza, y se partió. Los siguientes golpes terminaron de abrir un amplio boquete, que fue agrandado en un instante. Para entonces, Lili oía los chillidos de Moo Sik Bae, y, de pronto, lo vio, demudado el rostro, detrás del grupo de hombres que acababan de derribar la puerta y que movieron sus armas hacia la espía internacional.

Baby apuntó con el tubo-fusil, y apretó el disparador.

Se oyó un leve zumbido, y simultáneamente, los hombres de Moo Sik Bae, y este mismo, quedaron envueltos en una llamarada cuyo calor casi chamuscó las cejas y pestañas de Brigitte Montfort. Un humo blanquecino apareció y desapareció rápidamente, dejando ver los cadáveres envueltos en llamas de Bae y sus hombres, calcinados fulminantemente.

A toda prisa, Baby introdujo otra cápsula en el tubo-fusil, y lo apuntó hacia el ennegrecido boquete de la puerta. Ante sus ojos, en el pasillo, todavía ardían los cadáveres. Pegada a la pared de piedra, Mian Sun Kim, aterrada, lloraba, encogiéndose, ocultando el rostro con las manos.

Alrededor de las dos, se había desatado el infierno. Pero no fue un infierno muy duradero.

En realidad, apenas duró un minuto. Afuera dejaron de oírse las ametralladoras y demás armas, y los gritos humanos… que se oyeron entonces dentro de la casa. Pero solo por unos pocos segundos. Sonó algún disparo aislado, voces de mando… Luego, el fuerte pisar de botas militares sobre las losas, y más voces de mando, ahora sin disparos que las respaldasen.

Las pisadas de las recias botas militares llegaron delante de la puerta, y se detuvieron.

Alguien estaba contemplando los calcinados cadáveres.

—¿Señorita Baby? —Se oyó.

Brigitte Baby Montfort suspiró, bajó el tubo-fusil, y dijo:

—Pase, «Korea».

El apuesto oficial coreano apareció, con indumentaria de campaña, y sosteniendo cruzado ante su pecho un subfusil. Tras él, varios soldados, y, casi enseguida, Simón, que llegó jadeante…, y que lanzó un fuerte suspiro al ver a Lili Connors sana y salva.

—Todo controlado —sonrió «Korea».

—¿Ha tenido muchas bajas? —murmuró Lili.

—Siempre hay bajas —frunció el ceño «Korea»—, pero han sido muy pocas. Poquísimas, si las comparamos con lo que habría podido suceder en Kaesong si…

—¿Podemos disponer inmediatamente del helicóptero? —cortó Lili.

—Desde luego. Me gustaría ir con ustedes, pero tengo que quedarme aquí. ¡Voy a tener que dar muchas explicaciones a mis superiores, señorita Baby!

—No se preocupe por eso…, coronel —consiguió sonreír la espía, aunque desganadamente—: no tendrá usted ningún problema, se lo garantizo.

—¿También me garantiza lo del grado de coronel?

—Sí.

«Korea» se quedó muy serio ante la no menos seria respuesta de la hermosa muchacha rubia, la cual se acercó a Mian Sun, la consoló, y luego la ayudó a vestirse. Cuando terminó, Simón las estaba ya esperando para conducirlas adonde esperaba el helicóptero que «Korea» ponía a disposición de la espía más peligrosa del mundo…

Abajo, el mundo parecía emerger entre jirones de niebla. A los mandos del helicóptero, Simón dirigió una mirada de reojo a su compañera de vuelo, cuyo aspecto revelaba una fatiga que iba en aumento No era para menos, ciertamente. Toda la acción, todas las ideas, habían partido de ella. Y ahora, en lugar de haberse quedado en la casa del general Kim a descansar, como debía de estar haciendo Mian Sun, custodiada por dos docenas de soldados al mando de un teniente, Baby estaba volando aproximadamente sobre el paralelo treinta y ocho, en la fría amanecida.

—¿Ve usted algo? —preguntó Simón.

—Todavía no. Pero siga volando… En cuanto aparezca la

primera luz del día podremos echar un vistazo a la situación… Quiero estar segura de que todo termina bien por aquí.

El agente de la CIA asintió.

Todo bien terminado, ningún detalle suelto. Ni uno solo.

Así se trabajaba con la agente Baby: con todas las garantías.

Y tampoco en lo último falló Baby. Llegaron las primeras livideces del día, las nieblas se disiparon, el cielo quedó despejado, todavía con algunas estrellas brillando pálidamente… El helicóptero pasó por encima de un pequeño contingente de tropas norcoreanas, que estaban estacionadas a unas pocas millas de la frontera a la altura de la localidad de Kaesong… Desde la frontera, llegaron dos vehículos de reconocimiento. Dos minutos más tarde, el contingente de tropas norcoreanas emprendían una retirada silenciosa, hacia las montañas…, donde sin duda alguna aquellos hombres se quitarían los uniformes y se separarían, volviendo a sus vidas…, y dejando de ser falsos soldados norcoreanos.

—Desde luego —dijo Simón—, viendo a esos hombres nadie dudaría de que son soldados del Norte.

—Pero no lo son, Simón. Como los falsos rusos que custodiaban a Wilson Dover y al general Kim. Son aventureros que han sido contratados con tiempo, entrenados, aleccionados… Después de masacrar Kaesong, habrían desaparecido, y habrían dejado enfrentados los ejércitos de Corea del Norte y Corea del Sur. Una mentira criminal…, que habría dado lugar a la Guerra de Primavera.

—Deberíamos publicar la verdad en los periódicos, para que el mundo supiera que, aunque siempre sea por medio de usted, la CIA hace también cosas buenas.

—Nada de periódicos. En cuanto a la verdad…, todavía no está toda dicha. Volvamos.

Simón emprendió el regreso. Pasaron por encima de un gran contingente de soldados norteamericanos que efectuaban unas maniobras cerca de la frontera, a poquísima distancia de la localidad de Kaesong. El espía sonrió.

—¡Menudo susto se habrán llevado esos coreanos al ver nuestras tropas! Oiga…, ¿qué ha querido decir con eso de que todavía no está dicha toda la verdad?

14

El helicóptero tomó tierra delante mismo de la pequeña casa, y, desde una ventana, Wilson Dover vio saltar a tierra a su compañero y a Baby. Era casi mediodía, y el sol, un sol de promesas primaverales, lucía en un cielo de bellísimo y nítido azul…

—¿Es ella? —preguntó el general Kim, sentado en un sillón.

—Sí.

—Bien. Espero que nos dé una explicación definitiva… ¡No puedo permanecer más tiempo aquí, sin saber lo que está pasando…!

—No se preocupe por eso —dijo Simón-Seúl—. Ya le dije hace un rato, cuando regresé de la frontera, que todo está bien allá. No ocurrió nada, ni nada va a ocurrir ya.

—Está bien. Pero yo debería… presentarme al Mando coreano. No entiendo por qué me retienen ustedes aquí.

—¿Retenerle? —Le miró Simón-Seúl, tan asombrado como los demás agentes de la CIA presentes—. ¡No me parece muy amable su modo de corresponder a nuestras atenciones, general Kim!

—Bueno… Perdonen. Tiene razón. Pero yo debería…

—Ella ha llegado. Lo que se tenga que hacer, lo sabremos muy pronto. Recibirá usted todas las explicaciones que precise, se lo aseguro.

Simón-Seúl abandonó la salita…, y regresó a los pocos segundos, acompañado de Baby y del Simón que la había acompañado en el helicóptero.

—Buenos días a todos —sonrió la rubia—… ¿Todo bien por aquí?

—Todo perfecto…, excepto lo referente al general Kim: no esta conforme con sentirse prisionero nuestro.

—Bueno —farfulló Sun Man Kim—, no es necesario que insista en eso… No me he expresado bien, eso es todo. De todos modos,

espero que comprendan mi estado de ánimo, mi inquietud…

—¿Por su hija? —preguntó Lili.

—Sí, claro. Y por otras cosas…

—Por su hija no se preocupe, general: dentro de un par de días, cuando Igor Krevlin, es decir, Oliver Bannion, esté en condiciones, se irá con él, en un helicóptero, rumbo a Vladivostok…, desde donde espero que Krevlin sea mucho más confortablemente trasladado a Moscú, para recibir las felicitaciones de sus superiores y un nuevo destino que le permita vivir con felicidad junto a la dulce Mian Sun.

Cuando Lili Connors terminó de hablar, el silencio resultó impresionante. Los agentes de la CIA permanecían impasibles, pero Sun Man Kim estaba mudo de asombro.

—Pero… ¿qué dice usted? —Pudo reaccionar por fin—. ¡Mi hija no tiene por qué irse a vivir a Rusia!

—Bueno, eso es cosa de ella y de Krevlin, realmente. Por mi parte, es solo una suposición. Lo seguro es que se irá con él, pues estoy plenamente convencida de que se aman de verdad. ¿Por qué privar del amor a dos personas, general?

—No… no entiendo sus intenciones… ¡No la comprendo!

—¿Sabía usted que Igor Krevlin se acercó a su hija con las intenciones de espiarlo a usted de cerca, general?

—¡Claro que no! Pero…

—Pues así fue. Pero, la vida tiene estas cosas: el terrible y perverso espía soviético se enamoró de su víctima; lo que comenzó con fingimiento, terminó en realidad. Así pues, y considerando que Igor Krevlin no ha hecho nada que atente contra mi visión del espionaje, contra mi modo de entender el espionaje, regresará a casa con su amor.

—¡Soy yo quien debería decidir esto, no usted! ¡Mi hija…!

—Su hija, general, va a recibir muy pronto la triste noticia de que su padre ha sido asesinado. Quedará sola, ama a Krevlin, este tendrá que abandonar Corea… ¿Por qué perder también al hombre que ama?

—Pe-pero… pero… ¡yo no he sido asesinado!

—Esa es una cuestión que tiene fácil remedio.

Sun Man Kim estaba lívido. Miraba de uno a otro, esperando una aclaración. Pero tuvo que comprender que en aquella reunión,

solamente una persona tenía la voz cantante.

Así que volvió a mirar a la señorita Connors.

—No entiendo… lo que usted trata de decir…

Baby suspiró, y se dejó caer, con gesto de gran cansancio, en otro sillón, frente al general. Ni siquiera tuvo que hacer un gesto para que uno de los agentes de la CIA encendiera un cigarrillo y se lo entregara.

—Gracias, Simón —sonrió la fatigada espía—… En cuanto a usted, general, creo que como mejor estará es muerto. Me explicaré, no se preocupe. En primer lugar, le diré que nadie, salvo los que estamos aquí, sabe que usted fue rescatado, así que cuando mi compañero Dover diga que a él pudimos rescatarlo, pero que a usted ya lo habían asesinado, todos le creerán. Es decir que, prácticamente, usted ya está muerto.

—¿Por qué? —Casi gritó Sun Man Kim.

—Es una decisión mía.

—¡Usted está loca, no puede…!

—No estoy loca, ni hay nada en el mundo que pueda impedirme terminar este asunto a mi manera. Sepa, general, que sus amigos van a ser detenidos muy pronto. Me refiero a In Suk Yi, Jung Pyo Song, y otros, que estos mismos irán delatando. Por supuesto, también le delatarán a usted, pero se echará tierra al asunto, por… sugerencia mía, ya que no quiero causar dolor a su hija. Siempre es mejor, más llevadero, creer que nuestro padre ha muerto heroicamente que enterarse de que ha sido ejecutado por traidor y criminal… Criminal a secas, no criminal de guerra, ya que esa Guerra de Primavera, ni siquiera era una auténtica guerra, sino… eso, una maniobra criminal. Pero no de los rusos. ¡Tonterías! Era una maniobra de usted y de sus amigos. Mire, no voy a extenderme en explicaciones, pues todos sabemos la verdad. ¡Qué gran actor habría sido usted!

—¿Yo? —jadeó Kim, demudado.

—Usted. Todo eso de su secuestro, su cautiverio… Todo mentira, todo destinado a que Wilson Dover escuchase los planes de los «rusos», para que luego los explicase a la CIA cuando, milagrosamente, ustedes dos consiguieran escapar, cosa que estaba prevista, ¿no es cierto, general? ¿Cómo dudar de las palabras de usted, y de un agente de la CIA… y de lo que dijese la agente Baby?

¡Todo el mundo habría culpado a los rusos de la guerra que se habría provocado entre Corra del Norte y Corea del Sur! Inútil habría sido, por parte de los norcoreanos, decir que ellos no sabían nada, que los soldados que habrían cometido aquella masacre bestial no eran de ellos… ¿Cómo habrían de creerles, si los pocos supervivientes de Kaesong habrían visto perfectamente soldados del Norte? Solo que las víctimas de Kaesong no sabrían que aquellos hombres eran la escoria de toda la península coreana, reclutados por personas ajenas a los rusos y a Corea del Norte…, y que los «soldados» norcoreanos solo tenían de tales sus equipos. ¿De dónde sacaron esos equipos? Sencillo: de la fábrica de Moo Sik Bae en su mayor parte. Pero, además, habrían conseguido armas y otras clases de material robándolo en alguna guarnición norcoreana… ¿Creerían a los norcoreanos auténticos? ¡Claro que no! Porque, además, esa… tropa de criminales habría actuado con gran acierto militar, bien dirigidos… ¿Y sabe quién es el autor de esa preparación de la criminal campaña militar, general Kim?

—¿Quién?

—Usted. Todo eso precisaba de una organización militar de importancia, de considerable envergadura. Si realmente los norcoreanos hubiesen tramado eso, ellos tienen allá generales y equipo de sobra. No habrían tenido ninguna necesidad de secuestrarlo a usted, ni habrían necesitado para nada el equipo que pudiera enviarles Moo Sik Bae… ¿Lo comprende?

—Sí… Sí.

—Así que, tras planearlo todo, usted fue «secuestrado» junto con Wilson Dover, que sería un inapreciable testigo para cuando consiguiesen «fugarse». Solo que para entonces, ya todo habría comenzado, ya estaría en marcha esa Guerra de Primavera que nada ni nadie podría detener, considerando lo que habría ocurrido en Kaesong. Usted se incorporaría al ejército de Corea del Sur, y esta, ayudada por Estados Unidos, cabe pensar que habría derrotado a Corea del Norte…, a menos que los rusos se hubiesen complicado la vida, cosa que, dadas las acusaciones que pesarían sobre ellos, se guardarían muy bien de hacer. Por lo tanto, Corea del Sur ganaría esa guerra. ¿Y luego, general? ¿Qué pasaría luego? ¿Qué ganarían ustedes y sus amigos?

Sun Man Kim se pasó la lengua por los labios.

—¿No contesta? ¿Acaso espera ayuda de alguien, cree en los milagros extraordinarios? Nada favorable a usted va a suceder ya nunca, general. Moon Sik Bae está muerto, y Joon Ki Byun, y los demás serán detenidos. Ellos dirán la verdad, si usted no quiere hacerlo.

—Pensamos… pensamos extendernos por toda Corea… Cuando hubiésemos ganado la guerra ayudadas por Estados Unidos, solo… solo habría una Corea.

—Entiendo —parpadeó Baby—… ¿Debo creer que sus motivos eran patrióticos, general?

—No… No. Se trataba de aprovechar luego la condición de vencedores para copar todos los mercados norcoreanos, de tal modo que mi grupo controlaría económicamente todo el país. Usted… no sabe dónde se ha metido… Hay implicada en esto muchísima gente importante, incluso otros militares de alta graduación. Un grupo muy poderoso…

—… Que habría convertido toda Corea en su negocio particular. ¿No es eso?

—Sí.

Hubo un breve silencio. Luego:

—Toda esa gente, sea quien sea, será detenida, después de ser delatada por sus amigos, general. Todo ha fracasado. ¿Sabe en qué ha quedado la Guerra de Primavera que usted planeó? Pues ha quedado en una pequeña escaramuza entre doscientos soldados y los hombres de Moo Sik Bae. ¡La verdad es que eso sí ha sido una Guerra de Primavera, comparada con la que usted había planeado!

Derrotado, Sun Man Kim se pasó las manos por la cara, y luego miró de nuevo a Lili Connors.

—¿Cómo ha sabido usted la verdad? ¿Quién se la ha dicho?

—¿Quién? Yo misma. Había algo que no acababa de convencerme, algo que me parecía… poco lógico, pero que comenzó a tomar forma en mi mente cuando conocí a Hong Chong Myung… Ah, veo en sus ojos un destello de furia, de odio… Y lo comprendo. Usted sabe muy bien quién es Hong Chong Myung, ¿verdad?

—Sí.

—¡Claro que lo sabe! Lo supo hace tiempo… Supo que su joven y preciosa muñequita Shima le engañaba con el atractivo y joven

Hong Chong Myung. ¿Y qué hizo entonces…? Nada. Esperó. Y mientras esperaba fue madurando su venganza…

—Por Dios —jadeó Wilson Dover—… Lo que… lo que usted está… sugiriendo no es posible, Baby… ¡No puede ser posible!

—Lo es, Simón. ¿Para qué querían los «rusos» a Shima? ¿Para torturarla delante del general y obligar a este a hablar? ¡Vamos…! Y si iban a recurrir a este procedimiento, habría sido mucho más inteligente secuestrar directamente a la hija del general, antes de que cundiese ninguna clase le alarma…, incluso antes de secuestrar al general mismo, al que podían obligarle a hacer lo que quisieran amenazándole con matar a su hija. Pero no… A quien se llevaron fue a Shima, junto con usted, el hombre de la CIA que sabían que controlaba al general… ¿Acaso no habría sido mucho más locuaz el general si delante de él hubiesen estado torturando a su hija? Por eso, los «rusos» dijeron que lo habían intentado: para que usted los oyese. Pero la verdad era que, desde el primer momento, estaba planeado llevarse a Shima. Y ello, porque el general Kim tenía que vengarse del engaño…

—¿Quiere decir… que él sabía… que matarían a la muchacha?

—¿Que si lo sabía? ¡Pero, Simón, todo lo que le hicieron a esa pobre muchacha fue ordenado por el general, el cual estuvo viéndolo y disfrutando de su venganza! ¿No es así, general?

Wilson Dover volvió su horrorizado rostro hacia Sun Man Kim, en cuyas facciones hubo una brusca crispación.

—Sí, así es… ¡Sí, sí, sí, sí, sí…! ¡Yo ordené que la torturasen delante de mí, y que la violasen salvajemente, que la golpeasen, que le arrancasen los ojos con los que tanta dulzura me había mentido, y la lengua…! ¡Sí, sí, sí, sí! ¡Yo ordené eso, y yo fui quien disfrutó viendo cómo la hacían pedazos delante de mí…! ¡Sí, sí, sí! Yo iba a ser muy poderoso después de la Guerra de Primavera, y pensaba tener a Shima a mi lado… ¡Lo pensaba así, la amaba! ¡Y entonces, cuando lo estábamos planeando todo, me enteré de lo de ese muchacho…! ¡Yo lo planeé todo, y no me arrepiento de ello, ni de lo que disfruté viendo cómo la violaban aquellos bestias, y cómo le reventaron sus malditos ojos de embustera…!

Sun Man Kim se detuvo de pronto, y quedó jadeante, mirando de uno a otro con ojos saltones, inyectados en sangre. Wilson Dover había ocultado el rostro entre las manos, y se estremecía en

violentos sollozos que le provocaban las imágenes de Shima, que nunca olvidaría. Y mientras tanto, había tenido junto a él al artífice de todo, al que simulaba dolerse tanto como él, al hipócrita, al planeador de miles de muertos en una masacre, en una mal llamada Guerra de Primavera que solo habría sido una acción criminal…

—Salga de aquí —se oyó de pronto la voz susurrante de Lili Connors—… ¡Salga de aquí, no puedo matarle yo, pues el asco me lo impide! ¡Salga!

La incredulidad apareció en el desencajado y sudoroso rostro de Sun Man Kim.

—¿Me deja marchar? —jadeó.

—Salga —señaló Baby hacia la puerta—… ¡No puedo soportar ni siquiera su visión! ¡Salga de aquí inmediatamente!

El general se puso en pie, vacilante, incrédulo, mirando a los agentes de la CIA, temiendo que de un momento a otro comenzasen a disparar contra él.

Pero no fue así. Nadie hizo intención ni siquiera de tocar sus armas. Sin salir de su asombro, Kim comenzó a caminar hacia la puerta. Y todos continuaron inmóviles. Lili Connors ni siquiera lo miraba, había bajado la vista al suelo… De pronto, Sun Man Kim lanzó un grito de alegría, y echó a correr hacia la puerta. Salió de la salita a toda prisa…, y se dio de cara contra un hombre.

Sobresaltado, alzó la cabeza, chillando, convencido de que lo habían engañado.

Pero no.

No era un agente de la CIA provisto de una pistola quien estaba allí, frente a él.

Sun Man Kim vio al hermoso joven cuyo rostro parecía de cera, y por el que se deslizaban, en silencio, enormes lágrimas. Lo vio y lo identificó en el acto: Hong Chong Myung, el maldito que…

Y entonces, Kim vio también el cuchillo en la mano del muchacho, y oyó su ronco sollozo, y vio tras las lágrimas el fuego espantoso del odio.

—No… ¡No, no…!

El cuchillo centelleó en el aire. Fue como un relámpago. Un relámpago de frío acero, que degolló de tal modo a Sun Man Kim que su cabeza casi quedó separada del tronco, colgando hacia la espalda…, y obligando al cuerpo a seguir su peso, a caer.

Dentro de la sala, Lili Connors alzó la mirada, y la dirigió hacia Simón-Seúl.

—Arrojen al mar el cadáver de Shima y del general. Luego, ocúpense de ese muchacho. Le costará reaccionar, pero al final lo conseguirá. Ayúdenlo, con su amistad, con dinero, con lo que sea, hasta que se recupere.

Simón-Seúl asintió. Lili se puso en pie, salió de la sala, evitando mirar el cuerpo caído en el suelo y al joven coreano, y fue por el pasillo hacia el quirófano. Cuando se detuvo junto a la camilla en la que todavía continuaba Igor Krevlin, los ojos del ruso dejaron de contemplar el techo, y se quedaron fijos en los de ella.

—¿Qué tal, señor Bannion? —consiguió sonreír Baby. Igor Krevlin se pasó la lengua por los labios.

—Creo… creo que… que estoy bien…

—Por supuesto que está bien. Y aún lo estará más. Solo es cuestión de un poco de tiempo.

—¿Qué piensa… hacer conmigo?

—¿Con usted? No se me ocurre nada. ¿Por qué tengo que hacer algo con usted?

—Usted sabe… sabe muy bien que… que soy un… espía…

—Precisamente por eso, Igor —susurró Baby, en ruso, pasando una mano por la frente del espía—… Precisamente por eso le he preparado a usted una hermosa primavera, en la que encajará muy bien esa frase de la que nadie hace mucho caso: hagamos el amor, no la guerra. ¿Y qué tiempo mejor para hacer el amor… que una primavera sin guerra?

Este es el final

El *signore* Tomasini estaba regando un macizo de hermosas flores cuando a sus oídos llegó el rumor de un motor de automóvil. Luego, inmóvil, oyó alejarse el vehículo. Pero nadie llamó, nadie tiró de la cadenita que había a un lado de las verjas de entrada a Villa Tartaruga.

Y el corazón de Angelo Tomasini, de Número Uno, dio un golpe tremendo dentro del pecho. Si nadie llamaba, podía ser que quienquiera que hubiese llegado en el coche no iba a Villa Tartaruga, pero… ¿adónde podría ir, si no, puesto que en aquella parte de la soleada isla de Malta, en eterna primavera, solo estaba Villa Tartaruga? También podía ser que quien había llegado tuviese llaves, y no necesitase llamar para entrar… Y eso fue lo que hizo latir de aquel modo el corazón del espía.

Todavía inmóvil, movió solo los ojos, para mirar de soslayo hacia el sendero. Por entre pinos y flores vio, como un destello, un ojo azul, una larga cabellera negra, suelta. Angelo Tomasini aspiró hondo, en silencio…, y continuó regando las flores, sujetando con una de sus fuertes manos, que parecían de bronce, la manguera.

Oyó por fin el suave crujir de la tierra. Y entonces, se volvió.

Brigitte Montfort se detuvo. En una mano tenía una maleta. En la otra, el maletín rojo con florecillas azules. La mirada de Número Uno fue hacia los azules, grandiosos, bellísimos ojos. Luego, hacia la boquita sonrosada, que sonrió dulcemente.

—Hola —dijo Brigitte Montfort.

—Hola, ¿qué tal? —Correspondió Número Uno.

—Bien. ¿Y tú?

—Estupendamente. ¿Te gustaría regar un poco?

Brigitte dejó en el suelo la maleta y el maletín, se acercó, y tomó la manguera, apuntando el chorro de fresca agua hacia los arbustos de flores.

—No eches demasiada agua —recomendó Uno—… Es malo dejarlas secas, pero con demasiada agua se pudren.

—Sí, ya sé. Están muy bonitas.

—Aquí hace casi siempre buen tiempo, pero, claro, en primavera todavía es mejor.

—Sí… La primavera es muy hermosa. He pensado que podría pasar unos cuantos días aquí, contigo, si no tienes otros compromisos.

—Nada que no pueda posponer. ¿Vienes de Nueva York?

—No. De Corea. Te he traído un regalo de allá. Es una hermosa figurita de la dinastía… ¡Oh, Uno!

Fue ella la que no pudo resistir más.

Soltó la manguera, y se echó en brazos de Angelo Tomasini, que la rodearon y la apretaron contra su pecho.

En el suelo, la manguera parecía una larga culebra nerviosísima, agitándose, echando agua a todos lados con un susurro fresco y primaveral. Pero esto ya no le importaba nada a Número Uno. Apretando a Brigitte contra su pecho, percibiendo el aroma de su piel color de sol, el perfume de sus cabellos, notando el latir del corazón de ella contra el suyo, el mejor espía masculino de todos los tiempos ni siquiera pensó en el regalo que Brigitte le había traído de Corea.

¿Un regalo?

¡Ya lo tenía entre sus brazos…!

FIN

Notas

[1] *Kiseng* es el nombre que reciben las bailarinas y cantantes en Corea. Están en casas que reciben el mismo nombre, y en ella atienden a los clientes, siempre masculinos. Buenas conversadoras, conocedoras de la historia de su país, cultas, simpáticas, encantadoras… Una *Kiseng* es en Corea el equivalente a la *Geisha* en Japón. < <

[2] *Ondol* es una capa de papeles encerados, brillantes, que recubre el piso en las casas coreanas. Bajo el piso está la calefacción, de modo que la casa siempre se mantiene caliente. < <

[3] Véase *Su Majestad Baby*. <<

[4] Reina de los Ojos Azules. < <